FACUNDO MANES

DECIR PRESENTE HACER FUTURO

LA REVOLUCIÓN DEL CONOCIMIENTO COMO MOTOR DEL PROYECTO ARGENTINO

Planeta

Decir presente hacer futuro
La revolución del conocimiento como motor del proyecto argentino

Facundo Manes

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Foto de Facundo Manes: ©Alejandra López

Todos los derechos reservados

© 2019, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

AV. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: julio de 2019

Digitalización: Proyecto451

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-6748-4

A Josefina, por recordarme diariamente que hay más en la vida que el estudio del cerebro y la pasión por la Argentina.

A Manuela y Pedro y a todos los jóvenes argentinos

a quienes les debemos un sueño colectivo.

A Mateo Niro, que es parte de este libro

y de lo mejor de la Argentina.

NOTA

La voz, se suele decir, es lo primero que se olvida de los que ya no están. Por eso quiero traerlas a cuento, ya que, desde su propia invención hace miles de años, una de las maneras de conjurar el olvido fue la escritura, y con ella, el libro. Me interesa que vuelvan a escucharse esas voces diversas, que a veces susurraron y a veces gritaron, pero que de una forma u otra acá están. Es la voz de mi padre, el doctor Pedro Manes, la que acostumbraba escuchar cuando agitada me decía que otra vez tenía que salir a atender una emergencia porque una persona así lo requería, que para eso el país lo había formado y le seguía confiando esa responsabilidad. Él era médico rural, y amaba profundamente su trabajo y la Argentina. Mi padre fue un gran hombre, a quien recuerdo y extraño. Él nos decía frecuentemente a mi hermano Gastón y a mí que en la vida había dos cosas que valían la pena: el conocimiento y el amor. Y eso era así porque ambas provenían de las dos cualidades más lindas y nobles que puede tener un ser humano: la inteligencia y la generosidad. También está la voz de mi madre, Dora, una firme ama de casa, que peleó para que no nos faltara nada en aquel pasado y para que, a través de la educación, accediéramos a las herramientas para desarrollarnos durante toda la vida. Siempre tuvo en claro y nos repitió como lema –lo hace aún hoy– la importancia de la educación.

Ahí están también las voces de mis amigos mayores de Salto, donde crecí, de esos que me esperaban cuando iba de pibe de una punta a la otra del pueblo y me contaban sus historias y aventuras, me confesaban conquistas o males de amores y me dictaban, incluso sin proponérselo, sabios consejos. En esa infancia ocurría el milagro de escuchar a los grandes que, con sus maneras y humores, sabían mostrar distintos caminos por dónde andar. Recuerdo especialmente a mi querido Néstor Rollin que una tarde me dijo: “En este país, que exagera la retórica, hay que desconfiar de los elogios, sobre todo si son demasiado enfáticos y grandilocuentes”. Así solía hablarme mientras, con parsimonia provinciana, armaba la tipografía de

algún volante en su imprenta.

Crecer en un pueblo me dio la posibilidad de escuchar todas las voces todo el tiempo. Por ejemplo, tuve el inmenso privilegio de vivir a solo media cuadra de la casa de Guillermo "Chino" Cepeda, una leyenda futbolística local. El mismo que alguna vez, en una final del campeonato, erró a propósito un penal, porque el árbitro se había equivocado al cobrarlo (este hecho tan singular inspiró el relato de otro amigo de Salto, Antonio Dal Masetto). ¡Grandes valores, todo a la vuelta de la esquina! Fue el mismo "Chino" Cepeda, el que, ya grande, en las mesas del Club Compañía, nos enseñó a jugar al ajedrez. Un ajedrez hecho de tiempo, no de codicia. Así se aprende.

Mi paso por la escuela secundaria ocurrió en pleno comienzo de la democracia. En ese momento las voces que se oían eran de los que volvían del exilio por la dictadura, de los políticos que pasaban en campaña con sus discursos, de los compañeros con quienes vivimos la experiencia de crear el Centro de Estudiantes de nuestro colegio. Fue un ambiente único en el que pudimos descubrir, juntos, la renovada posibilidad de vivir en libertad. La escuela me enseñaba por la mañana y la imprenta "Gutenberg" de los hermanos Rollin, por la tarde, donde, encima de aprender escuchándolos, ganaba unos pesos por el trabajo.

Hemos dicho muchas veces que uno olvida casi todo. Y así es. Pero ¿qué recordamos? Lo que nos emociona. Por eso es inolvidable para mí el sonido del tren en el andén poniéndose en marcha para llevarme hasta la estación de Once a estudiar la extensa, sacrificada y fascinante carrera de medicina en la Universidad de Buenos Aires. La ciudad me recibió como recibe a propios y extraños: con intensidad, con cariño, con furia. Ser un saltense en Buenos Aires me impactó más que, luego, ser un porteño en Cambridge. Nuestro país es tan grande como un mundo. Me resonaban las bocinas, las sirenas, los ecos del subterráneo, pero también, aún hoy, la voz del profesor Tomás Mascitti cuando me decía: "Hay que lograr tener la sabiduría vertical del árbol, que equilibra sus raíces con el follaje". Él supo impulsarme en el estudio de ese órgano único y misterioso que es el cerebro humano; y también transmitirme la pasión por nuestro país. Lo escuchaba como lo que él era, un líder que tenía muchas inquietudes, que le interesaban la ciencia, la literatura y la

Argentina. Tener grandes maestros es tener la mitad del camino recorrido.

Cuando terminé la Facultad decidí perfeccionarme en el exterior, en Estados Unidos e Inglaterra, para poder volver lleno de experiencias con colegas de otras universidades y laboratorios del mundo. Por ese entonces, en Cambridge tuve el privilegio de dialogar largo tiempo con César Milstein y así escucharlo de cerca. Me hablaba de nuestro país con gratitud, justo él que le había retribuido con un premio Nobel. Era una persona sencilla y generosa, como toda la gente verdaderamente sabia, que con su tono de voz pausado me decía: "Repatriar a los científicos maduros es difícil, pero se deben generar las condiciones para que la gente joven que quiera hacer algo por su país pueda regresar".

Durante los fríos días en Inglaterra también solíamos tener reuniones con otros investigadores. Debatir acerca de complejos temas científicos en inglés y entre profesionales, que en su mayoría eran egresados de los institutos más distinguidos del mundo, era un gran desafío cotidiano que podía retacearme el ánimo, no solo porque a veces no se trataban mis temas más próximos, sino porque el idioma inglés lo empecé a hablar con fluidez algunos años después. Un día, recuerdo, discutíamos sobre problemas estadísticos sumamente complicados y, en medio de la reunión, volví a oír interiormente esas voces de mi pasado que me dieron fuerza y pensé: "Ellos vendrán de los mejores institutos, pero ninguno trabajó en la imprenta Gutenberg de Salto".

Regresé a la Argentina en 2001 porque este es mi país. Es una sensación única sentirse en el lugar propio. La situación se había vuelto muy difícil para todos acá, ¡cómo olvidarlo! Decidí regresar de todos modos porque estaba convencido de que era el momento en que debíamos exigir a la voluntad, al esfuerzo y a la inteligencia para enseñar, para alimentar, para curar, para recomponernos como sociedad. Pero ¿por dónde empezar? Intentaría hacer lo mejor posible a partir de aquello para lo que me había preparado, una manera de militar por el país desde un lugar específico. Así surgió el proyecto de crear un instituto que estudiara el cerebro humano con el método científico, no solo enfermedades neurológicas y psiquiátricas sino también la toma de decisiones, la memoria, el aprendizaje, las conductas morales y sociales, entre otras. En la

Argentina, en ese momento, había, por un lado, expertos neurólogos y psiquiatras que investigaban clínicamente y trataban enfermedades, e investigadores de ciencias básicas estudiando la memoria y otros procesos cognitivos en animales; y, por el otro, el psicoanálisis. Pensaba que era necesario ampliar los modos de abordar estos estudios y, a su vez, que mi sociedad comprendiera que eso era factible. Teníamos la ilusión de que nuestro país apareciera en el mapa mundial de las neurociencias cognitivas humanas y se transformara en un faro en esta área. Estaba convencido de que podríamos lograrlo. Decidimos armar equipos locales que produjeran, desde acá, investigaciones que tuvieran impacto mundial. Recuerdo las palabras de mi hermano, que una tarde de esas me dijo con la sabiduría que mezcla el pueblo, la ciudad y el mundo: "Hagámoslo y punto". Así fue que, junto con él, con amigos y con colegas, fundamos el Instituto de Neurociencias Cognitivas (INECO). Solía repetir cuando contaba este sueño: "¡Vamos a hacer un Instituto Di Tella de las ciencias!". ¿De dónde venía esa idea? De la posibilidad de ver muchas instituciones, muchos laboratorios y muchos investigadores. Pero también me resonaba la voz de ese prócer llamado René Favaloro: "La ciencia es una de las formas más elevadas del quehacer espiritual pues está ligada a la actividad creadora del intelecto, forma suprema de nuestra condición humana".

A propósito de él, aprendí a querer al doctor René Favaloro gracias a mi padre que admiraba entrañablemente a este médico, científico y referente social que pensaba en el país y su gente antes que en él mismo. Para quienes, como yo, somos médicos egresados de la universidad pública, el concepto que engloba la misión de Favaloro, "medicina de excelencia para todos", es un juramento hipocrático íntimo, personal y público. Por eso también para mí fue una responsabilidad colaborar, a partir de la creación del Instituto de Neurociencias de la Fundación Favaloro, con el sueño de René de estudiar el corazón y el cerebro. Y, por supuesto también un honor, cuando me convocaron a ser rector de su prestigiosa Universidad.

Del mismo modo puedo recordar mi propia voz que, como cualquier chico, también contaba a los demás sobre mis sueños. Varios de ellos se fueron haciendo realidad. Para lograr esa transformación, del deseo al hecho, dos cosas fueron claves: las

personas que me ayudaron y las instituciones que lo hicieron posible. Entre aquel niño que corría de un lado al otro por las calles de Salto y este adulto pasó el tiempo y, con él, esas manos generosas y voces sabias que me guiaron y acompañaron, y también pasó la educación pública, esa institución fundada por personas con inconmensurables propósitos, que apostaron por crear herramientas poderosas para el desarrollo de generaciones y generaciones. Y lo lograron.

Para cualquier idea del porvenir, necesitamos algo que guíe y motive a las personas y a las comunidades: un propósito. Porque si quitásemos ese deseo movilizador que ofrece una razón para levantarse cada mañana, para estudiar, para trabajar, para transitar las calles de nuestras ciudades, para ser paciente, para atender las emergencias sin dejar de tener en cuenta el largo plazo, ese porvenir quedaría hueco, soso. Un propósito es lo que guía a los investigadores para llevar adelante su tarea cotidiana en sus laboratorios de manera silenciosa y empecinada para que se alcance el conocimiento novedoso. Un propósito es el que tienen los maestros y las maestras que cada día emprenden la aventura de ir con su guardapolvo a cumplir el rol esencial de enseñarles a aprender a niñas y niños. ¿Alguien puede dudar de que van movilizados por un objetivo noble, fundamental? Como el que tienen los trabajadores de los hospitales que curan, como los voluntarios de los comedores que aportan su granito de arena para paliar el presente y sueñan con un futuro mejor para todos.

Hoy, la televisión, los diarios nacionales y las grandes editoriales se interesan por los desarrollos que podamos trasmitir ligados a nuestro campo, pero también a la otra gran pasión: la Argentina. De esta posibilidad de comunicación a gran escala, sé que lo más fructífero no está en lo dicho sino en su eco: cada mensaje que me hacen llegar, la conversación con cada uno después de las presentaciones, el abrazo afectuoso. Todas son voces que no hacen más que dar fe de esa frase que Jorge Luis Borges le dijo a Raúl Alfonsín hacia 1983, justo antes de que asumiera como presidente: “Los argentinos no solo tenemos el derecho sino el deber de la esperanza”.

Este libro que aquí comienza está hecho con las voces que escuché durante toda mi vida. Esas que enseñaron, que aconsejaron,

que protegieron. Ojalá sea un eslabón de una cadena que permita, de algún modo, servir a mis compatriotas. Sobre todo, a los más jóvenes. Como una carrera de postas, hoy somos nosotros los responsables de hacer un país mejor, más que por nosotros mismos, por ellos. Y sabemos muy bien –y eso nos avergüenza– que todavía estamos en deuda en ese sentido. Necesitamos pensar y hacer un país para los que vengan. Es nuestra responsabilidad y estoy convencido de que podemos lograrlo.

Para eso, debemos reflexionar y debemos actuar. Y saber que estas acciones no son contrapuestas sino complementarias. Nuestro país supo tener una tradición en la cual la actividad política y la intelectual no estaban partidas. Grandísimos ejemplos de esto son Alberdi, Sarmiento, Bartolomé Mitre, Perón, Jauretche y Frondizi, entre tantos otros. Una realidad escindida de una reflexión teórica no solo constituye una crítica a los políticos, sino también a los pensadores. ¿Puede existir un aspecto sin el otro? Quizás sí, pero uno y otro campo quedan empobrecidos. La reflexión entre cuatro paredes sin esa capacidad de poner a prueba las teorías se puede volver recursiva, endogámica. Y la práctica política sin reflexión se puede volver superficial, ramplona. A veces me pregunto qué dirían de esta Argentina actual aquellos grandes argentinos si vivieran. Estoy seguro de que también verían el futuro con esperanzas. Nuestra historia de siglos, y también lamentablemente nuestra historia reciente, estuvo signada por la sangre y la violencia de Estado, el argentino lobo del argentino. Que hoy estemos viviendo en paz y en democracia es algo por lo que debemos sentirnos felices y, a partir de eso, tener la firme intención de pensar y hacer una Argentina mejor. En eso estamos.

INTRODUCCIÓN

Existe un término médico que define a aquellas personas incapaces de reconocer su enfermedad o sus dificultades: anosognosia. Esta alteración es considerada de manera amplia como un "déficit de conciencia de la enfermedad". El hecho de que estas personas no adviertan los síntomas que padecen o les resten importancia tiene un impacto negativo en su condición porque retrasa la consulta y la búsqueda de tratamiento.

Aunque muchas veces se dice que la Argentina está "sobrediagnosticada" y pensamos entonces que conocemos de sobra todas nuestras falencias y debilidades, debemos pensar más bien si no sufrimos de un comportamiento social de anosognosia. Quizás sea por eso que nos frustramos al encontrarnos en un círculo de tropiezos, década tras década, como si se tratara de un laberinto del que no podemos salir. Tampoco logramos ponernos de acuerdo para encauzar un proyecto de desarrollo verdaderamente equitativo y sustentable. Nos falla el plan, pero lo que está faltando quizás es saber desde dónde partimos y hacia dónde queremos ir.

La Argentina es un país profundamente desigual. Y cada vez más. Al menos, un tercio de la población vive en condiciones de pobreza. Cuatro de cada diez chicos presentan algún tipo de malnutrición. Más de un millón y medio de personas pasan hambre. En algunos lugares, como en el conurbano bonaerense, el 75% de los adolescentes son pobres. Se trata de una inmoralidad como pocas, pero también de una torpeza para el desarrollo de un país. La verdadera riqueza de una nación no está en sus recursos naturales sino en la capacidad de crear de quienes viven en ella. ¿Cómo vamos a dejar que nuestro principal bien, su gente, no se nutra, no estudie, no invente, no viva bien? La lucha contra la pobreza es un imperativo ético y a la vez el plan económico más eficaz para la Argentina.

Otra realidad nacional que negamos es que la calidad educativa se ajusta cada vez menos a los estándares internacionales y a las necesidades reales –presentes y futuras– de nuestros niños, niñas y

jóvenes. Además, no ponemos como prioridad el desarrollo científico-tecnológico, la verdadera vía hacia el desarrollo económico y social sustentable. También descuidamos el medioambiente y no logramos tener instituciones verdaderamente transparentes y eficaces.

Cada uno de nosotros, como parte fundamental de la sociedad, debemos asumir esta situación. Mentirnos a nosotros mismos, creernos "condenados al éxito" o que "una cosecha récord nos va a salvar" no solo no nos ayuda, sino que entorpece el camino. Por eso, hace falta que modifiquemos esta forma de pensar, no evadir la situación para poder reconocer nuestros problemas y así buscar –entre todos– las mejores soluciones posibles. Necesitamos dejar de perder el tiempo en debates chabacanos e intrascendentes y convencernos de que el verdadero desarrollo está basado en el conocimiento. La sociedad tiene que presionar por este paradigma como lo hizo en los 80 por la democracia y los líderes deben tener el coraje para tomar las decisiones que se necesitan.

Una habilidad clave de los seres humanos para llevar a cabo nuestras acciones de manera exitosa es la "metacognición" –me disculpo nuevamente por incluir un término científico en un libro que, en principio, no lo es, pero estoy convencido de que nuestros conocimientos específicos, cualquiera sean, sirven mucho para reflexionar sobre cuestiones que van más allá de ellos–, esa cualidad que nos permite reflexionar sobre los pensamientos propios, evaluar las decisiones que tomamos, emitir juicios sobre nuestras propias ideas y reconocer debilidades y fortalezas. Sirve también para el aprendizaje, cuando tomamos una estrategia probada para un problema del pasado y lo aplicamos a un desafío nuevo. Cuando hacemos esto, nos convertimos en una especie de audiencia de nuestro propio desempeño intelectual, nos volvemos observadores activos y reflexivos de nuestro pensamiento. Dos aspectos fundamentales están involucrados en esto. Estos son, por un lado, la habilidad de pensar sobre lo que pensamos, aprendemos y conocemos; y, por otro, la capacidad de planificar, autorregular y monitorear la manera en la que lo hacemos.

Si bien todos tenemos esta habilidad metacognitiva, no somos igualmente exitosos al momento de ponerla en práctica. Diversas investigaciones exponen que quienes son eficientes en la resolución

de problemas tienen más desarrolladas estas habilidades metacognitivas. Por lo tanto, suelen reconocer los errores en el propio pensamiento y monitorear los procesos de reflexión. Ahora bien, también es posible estimularla y desarrollarla más eficazmente. Poner en marcha entre todos esta habilidad supone una sociedad que se piensa, que reflexiona críticamente sobre sus decisiones, capaz de identificar sus errores y de ponerse de acuerdo para tener un propósito común que ordene las acciones individuales. Ninguna sociedad se ha desarrollado gracias a un personalismo salvador ni a un gobierno iluminado. Los cambios reales se logran gracias al reconocimiento, a la planificación y a la inversión estratégica sostenida en el tiempo, lo cual demanda a su vez un gran consenso político y social. La estabilidad de la economía es un instrumento necesario pero no va a rendir los frutos del desarrollo y la equidad si no sentamos las bases para que la Argentina que soñamos sea un derecho de todos y no un privilegio de pocos.

Para todo ello, es fundamental la implementación de políticas de Estado dirigidas a mejorar el sistema educativo, fortalecer el sistema científico-tecnológico, y vincular ambos a una estrategia de desarrollo sostenible que aumente la productividad, genere más empleos de calidad y contribuya a una redistribución progresiva del ingreso. Para crecer de forma sostenida un 4% anual en las próximas décadas, necesitamos convertirnos en un país de innovación permanente. Y claro que esto es posible. Con estímulos específicos, se puede amalgamar nuestra capacidad científica con los procesos productivos y así generar bienes con mayor valor agregado que impliquen empleos de calidad. Los avances que se han originado en biotecnología y en genética animal son un ejemplo de que esto es realizable con políticas de incentivos permanentes. Solo hay que integrarlos en un plan serio de desarrollo nacional. Así lo hicieron los países que transitaron un camino de crecimiento sostenido y así lo tenemos que hacer nosotros. Debemos ser suficientemente humildes para aprender de las experiencias de otras naciones, sin perder de vista nuestra realidad.

La “meritocracia” sin igualdad real de oportunidades es falaz y radicalmente injusta. El conocimiento y las oportunidades no pueden ser para unos pocos ni para una elite. Debemos garantizar el

derecho de todos al bienestar. Construir una Argentina que crezca donde cada uno, sin importar de dónde venga, tenga la posibilidad de alcanzar sus sueños. Es hora de dejar de lado las mezquindades políticas y sectoriales, reconocer lo que nos pasa y decidir adónde debemos ir. Es tiempo de levantarnos y empezar a andar.

Algunos de los principales retos de nuestro país en un mundo cambiante e hiperinterconectado seguramente tienen que ver con la necesidad de incrementar las habilidades y conocimientos de quienes lo habitan, nuestra innovación y creatividad. Porque si los argentinos queremos prosperar en un entorno global y dinámico, es vital que demos lo mejor de nuestros recursos. Pero, ¿cuáles son? Los Estados y las instituciones en general tienen un rol primordial en la creación de un contexto en el que cada uno (otra manera de decir "todos") tenga la oportunidad de dar lo mejor de sí. La prosperidad personal y de la comunidad, la igualdad y la justicia social en nuestro país dependerán del aprovechamiento cabal del talento de nosotros mismos. Alentar y colaborar unos con otros para potenciar las capacidades será crucial para el devenir personal pero también social, es decir, nuestro futuro crecimiento y bienestar.

La ciencia ha progresado asombrosamente en las últimas décadas; y esto permitió tener a disposición de los decisores políticos y económicos renovados conocimientos para brindar apoyo a las personas, a las familias y a las organizaciones y así promover el desarrollo humano y lograr el bienestar personal y social.

¿A qué llamamos "desarrollo humano"? Se trata de la promoción de los recursos cognitivos y emocionales de una persona: su capacidad de aprendizaje flexible y eficiente, las habilidades sociales y de adaptación frente a los desafíos y tensiones del entorno. Por lo tanto, condiciona su calidad de vida y la manera en que es capaz de contribuir eficazmente a la sociedad. Por su lado, el bienestar es un estado dinámico que se ve reforzado cuando somos capaces de cumplir con nuestros objetivos personales y sociales al mismo tiempo que logramos un sentido dentro de la sociedad.

Diversos factores que analizaremos a lo largo de este libro impactarán drásticamente sobre el país en las próximas décadas y es necesario tenerlos en cuenta ya. Por ejemplo, la esperanza de vida aumentará de manera impactante. Nuestro concepto de lo que constituye la vejez cambiará. Debemos pensar cómo asegurar que el

número creciente de personas mayores mantenga las mejores condiciones y, de esta manera, preservar su independencia y bienestar. También es fundamental tomar decisiones para fortalecer ese bien invalorable. Esto, además de fructífero en sí, también es una estrategia muy eficaz para revertir el torpe estigma de la vejez. Por otra parte, las nuevas tecnologías y la globalización seguirán presentando grandes desafíos a nuestra economía y nuestra sociedad cada vez más basada en el conocimiento. Los niveles de habilidades serán críticos para la competitividad y la prosperidad. Para esto será crucial la formación permanente y la promoción de contextos creativos y de innovación con el fin de que todos, cumplamos la función que cumplamos, podamos potenciar nuestras capacidades. La preparación para hacer frente a los nuevos desafíos tiene que comenzar temprano en la vida fomentando la mejor disposición para aprender. Ligado a esto, otro punto fundamental es la educación. La relación entre ciencia y educación puede colaborar para el rediseño de políticas educativas y programas para la optimización de los aprendizajes en el mundo actual. Científicos y educadores, en un trabajo interdisciplinario, pueden contribuir a la búsqueda de respuestas sobre algunas claves del desarrollo de nuestros niños y jóvenes: cómo piensan, cómo sienten.

La inversión en educación de calidad redunda con creces en la sociedad. Esto que parece obvio debe plasmarse como prioridad de nuestra sociedad argentina y constituirse en pilar y política de Estado. De verdad.

La Argentina actual está tejida de una multiculturalidad creciente y un cambio de estructuras familiares y sociales que nos impulsan a una interacción cada vez mejor entre nosotros. Se trata de una gran oportunidad para reconocer más la virtud de la diferencia y, también, para conformarnos como sociedad integrada. El éxito en esto puede promover un ciclo virtuoso de oportunidades, mayor inclusión y cohesión social; el fracaso, por su parte, puede alimentar tensiones, aumentar la fragmentación de la sociedad y la exclusión social. No podemos fallar en estos aspectos.

Debemos estar convencidos de que aquella política que priorice el desarrollo humano es la que nos permitirá crecer y, de esta manera, cumplir con uno de los objetivos que nos exige el preámbulo de la Constitución Nacional: la promoción del bienestar

general.

*

Muchas veces, por mi especialidad, cuando me piden que defina en poquísimas palabras qué es el cerebro humano, suelo responder: un órgano social. Lo solemos describir de esta manera categórica porque se trata de un elemento complejo y fascinante que no puede entenderse aislado y sin conexión con el otro. La supervivencia de nuestra especie depende, en gran medida, de un funcionamiento social efectivo. Las habilidades sociales facilitan nuestro sustento y protección. Si queremos entender a los seres humanos, la comprensión de las capacidades relacionadas con la sociabilidad cobra un rol fundamental. Por ejemplo, los niños, al nacer, deben instantáneamente conectarse con las conductas protectoras de sus padres y madres. Y ellos deben cuidarlos lo suficiente. Aunque otros animales pueden correr más rápido, tener mejor olfato o luchar mejor que nosotros, nuestro desarrollo evolutivo se destaca por las habilidades sociales: la capacidad para comunicarnos con los demás, para entender al otro y ser entendidos, para planificar y trabajar juntos, para afianzar tradiciones colectivas, para reunirnos y celebrar fiestas patrias, para abrazarnos en un partido del mundial de fútbol. Podemos entender con mayor claridad esta noción si hacemos una analogía –casi un lugar común, por cierto– entre el funcionamiento del cerebro y el de una computadora en la actualidad. En el caso de que la máquina se encuentre desconectada de Internet, aunque se trate de un equipo de última generación y muy potente, no tendrá una prestación del todo plena y significativa. Más bien, su impulso será pobre, limitado, de bajo vuelo. Lo mismo sucede con nuestro cerebro.

Transformarnos en personas adultas no significa volvernos autónomos y solitarios, sino, por el contrario, depender de otros y, sobre todo, que otros puedan depender de uno. De hecho, el dolor de sentirse solo y aislado de los que están alrededor funciona como un alerta del sistema biológico frente a una amenaza o potencial daño al cuerpo social, del mismo modo que cuando detecta dolor físico, hambre o sed y se disparan conductas claves para asegurar respuestas (proteger el tejido dañado, comer, beber) que nos permiten la supervivencia. Hemos dicho ya que muchos investigadores sostienen que la evolución del cerebro humano fue

impulsada en parte por la capacidad de la especie de vivir en grupos cada vez más complejos. Los seres humanos somos eminentemente seres sociales y como tales tenemos que pertenecer a un colectivo. Esto quiere decir que poseemos un deseo intenso de formar y mantener relaciones interpersonales duraderas y significativas.

Desde el inicio de la humanidad, fueron las relaciones sociales las que cumplieron un rol clave para nuestra supervivencia. Vivir en grupo le permitió al ser humano organizar cacerías, recolectar alimentos, protegerse entre sí, crear refugios y aumentar la oportunidad de encontrar pareja, entre muchas otras cualidades fundamentales. Los demás intervienen de manera central para que cada uno de nosotros seamos como somos. Intentar comprender al ser humano de manera aislada es no comprenderlo. Entendernos fuera de la interacción con otros es reducirnos a casi nada. El contexto formatea nuestras prácticas de manera preponderante, y también nuestra manera de ser.

Nuestros humores, sueños, memorias, miedos y decisiones están condicionados por el entorno. A pesar de tener el 100% de genes en común, si desde muy pequeños dos hermanos gemelos pasaran su vida en lugares distantes uno de otro, seguramente tendrían modos de ser mucho más diferentes entre sí que si se criaran juntos. ¿Por qué un jugador de fútbol de cualquier equipo que andaba más o menos cuando pasa a otro club explota (o viceversa)? Si el individuo es el mismo, ¿qué fue lo que se modificó? ¿Por qué algunas instituciones formativas como escuelas y universidades terminan siendo semilleros de premios Nobel? ¿Por qué hay personas, empresas, instituciones que generan de manera permanente la innovación, la creatividad, la superación? Si, en todos los casos, la pelota también es la misma, los pupitres, las computadoras y los pizarrones son los mismos; lo que cambia es la persona en relación con los demás, y eso influye en la motivación, en la autoexigencia, en el clima de equipo.

Una de las frases más repetidas sobre este diálogo entre uno y el universo fue la del pensador español José Ortega y Gasset, quien dijo eso del yo y su circunstancia. Justamente fue él quien tuvo muchísima influencia en el pensamiento argentino décadas atrás. Él visitó varias veces el país (de hecho, vivió acá algunos años), brindó

conferencias y publicó un libro de ensayos con el nombre de Meditación del pueblo joven. De ahí surge también ese otro lema célebre de “Argentinos, a las cosas”, que azuza a ese carácter chamuyero que parecemos tener. “Acaso lo esencial de la vida argentina es eso: ser promesa”, dice también, reclamando cumplirla de una vez o callar.

Detengámonos unos renglones para hablar de la especificidad del cerebro argentino. En realidad, más bien, debemos decir que nuestro cerebro es igual al del resto de los seres humanos. Los mismos rasgos biológicos generales, estructuras anatómicas y funciones están en todas las personas de todas las culturas. Pero, al mismo tiempo y aunque parezca contradictorio, todos los cerebros son diferentes porque la interacción de los genes con el ambiente –el contexto social, los gustos y las experiencias– hace que el cerebro de cada uno esté cambiando permanentemente a lo largo de la vida. A veces pensamos que tomamos decisiones de manera autónoma, pero en realidad muchas están moldeadas por las experiencias almacenadas en nuestro cerebro.

Aunque no seamos conscientes de que ocurre, la cultura influye en la forma en que vemos el mundo, en la manera en que enfocamos los problemas y cómo los resolvemos. En todo ello inciden la relación con el pasado y el futuro, la moral y las emociones, la interacción con el otro, el modo de entender y buscar la felicidad. Es así que la toma de decisiones está fuertemente atravesada por las acciones y pensamientos de quienes nos rodean de manera próxima pero también por la sociedad en la que vivimos, por las historias comunes y por las normas sociales establecidas.

La cultura es el conocimiento adquirido para afrontar la vida, es compartida por un grupo específico de personas y se trasmite de generación en generación. Algunos definen la cultura como “las creencias habituales y valores que los grupos étnicos, religiosos y sociales transmiten de forma casi inalterada de generación en generación” o como “la conformación de un repertorio o juego de herramientas, hábitos, habilidades y estilos con los cuales las personas construyen las estrategias de acción”. Personas de diversas culturas a menudo hacen las cosas de manera muy distinta. Las culturas difieren en sus normas (lo que se supone que la gente debe hacer en ciertas situaciones), en sus valores (proteger el honor de la

familia) y en sus formas de pensar.

Los seres humanos somos sofisticadas máquinas de aprender y tenemos la capacidad de modificarnos a nosotros mismos constantemente para mejorar nuestras respuestas frente al ambiente. Una manera en que realizamos esto es formando modelos de respuesta frente a ciertas situaciones típicas o repetitivas. Nuestro cerebro identifica regularidades del ambiente o contextos específicos y desarrolla paquetes de información y patrones de conducta más o menos fijos para esos contextos. Pensemos en cuando vamos al supermercado, allí sabemos qué vamos a encontrar y de qué manera vamos a comportarnos. La psicología cognitiva llamaba a estos modelos mentales "guiones", porque organizan nuestra conducta de un modo predecible y estructurado.

Pensemos ahora también en un género musical: cuando escuchamos un tango, unos pocos acordes nos permiten saber qué podemos esperar luego, y podemos saber también de qué temas nos hablarán sus letras. Como estos hay muchos ejemplos de cómo formamos patrones mentales sobre eventos, que nos permiten identificar más rápido ciertas situaciones y actuar en consecuencia. Esto nos hace más eficientes, evitando que tengamos que volver a procesar una misma situación una y otra vez como si fuera nueva. Algunos de estos mecanismos son muy simples y automáticos, como los hábitos motores, y otros muy complejos, como los esquemas cognitivos que formamos sobre nosotros mismos y sobre el mundo. Estos esquemas son sistemas de creencias y actitudes profundamente arraigadas, que se construyen en la infancia a partir de los diferentes modelos (familia, escuela, cultura, sociedad y otros significativos) y que se viven como verdades a priori. Estos patrones nos permiten organizar nuestra experiencia y nos dan un marco para entender el mundo. La formación de esquemas contribuye, a su vez, a organizar y preservar la identidad personal. Estos son centrales en el concepto que tenemos de nosotros mismos, por eso son muy resistentes al cambio y tienden a autoperpetuarse. Es como si usáramos lentes de un color determinado y entonces generamos una tendencia a ver las cosas de ese color. No se trata solo de las ideas, sino también de respuestas emocionales. Vemos el mundo a través de esquemas, y transitamos por él, intentando confirmarlos. Nos aferramos a ellos, incluso cuando nos perjudican. Todos

construimos esquemas que nos sirven porque funcionan como ordenadores de los datos de la realidad. Cumplen una función práctica y económica. Concentran información, son cómodos, seguros y resultan familiares.

Las percepciones de los eventos influyen sobre las emociones y los comportamientos de las personas. Es decir, lo relevante no está puesto sobre las situaciones que la vida nos presenta, por fuera de las personas, sino más bien en la interpretación que se realiza de esas situaciones. Ante una misma situación, diferentes personas pueden atribuirle significados diferentes. ¿Cómo se explica esto? Estos sesgos mentales funcionan como una suerte de atajos que nos permiten resolver de manera simple y sin demasiado esfuerzo problemas en la vida cotidiana. Para entender mejor este concepto, podemos imaginarnos que nuestra mente es como una cámara fotográfica que cuenta con ajustes manuales y automáticos. Estos últimos nos sirven para captar rápida y fácilmente un paisaje o una escena. Los sesgos actuarían análogamente de esta manera. Por ejemplo, un sesgo frecuente es el pensamiento dicotómico, que plantea oposiciones blanco o negro (¿será por esto que los argentinos no podemos salir de la grieta?). Este sesgo se expresa en una concepción extremista de los eventos que, por ejemplo, asume que nunca les va a ir bien o cuando asume que determinado político es bueno o es malo. Otro sesgo del pensamiento es la minimización o maximización de los hechos. Consiste en amplificar los aspectos negativos de una situación a la vez que se minimizan los positivos, por ejemplo, si se consiguió un ascenso laboral, se asume que se trata de suerte y no de un logro personal (¿será este nuestro sesgo tanguero?). Algunos investigadores proponen que los sesgos pueden filtrar la memoria, en consecuencia, sostienen que las personas con depresión recuerdan predominantemente la información negativa.

Muchas veces, las personas tienden a tomar distancia de los hechos que van en contra de sus creencias. ¿Por qué sucede esto? ¿Cómo es que estas creencias tienen tanto poder por encima de los datos y las evidencias? Uno de los fenómenos que se han propuesto para explicarlo es llamado “disonancia cognitiva”, y se trata de la tensión incómoda que resulta de sostener simultáneamente dos actitudes u opiniones conflictivas o contradictorias entre sí. Es lo que sentimos cuando nos enfrentamos con evidencias que amenazan

nuestro autoconcepto. Incluso ante datos o hechos que nos objetan tendemos a reforzar nuestras opiniones preestablecidas y a estar aún más convencidos de nuestra verdad.

Las personas cambiamos los hechos para adaptar las creencias preconcebidas con el objetivo de disminuir la incomodidad de la disonancia cognitiva. Este comportamiento, conocido como "razonamiento motivado" (seleccionamos los datos coincidentes con lo que queremos creer y reforzamos así nuestros preconceptos en un movimiento de retroalimentación y, como gesto contrario, evitamos, ignoramos, le quitamos valor o simplemente olvidamos lo que los contradice). Nuestros sesgos son responsables de que, muchas veces, interpretemos la información de manera ilógica, que realicemos juicios irracionales y, por eso, tomemos decisiones desacertadas. Representarían mecanismos de reducción de la disonancia cognitiva y, en consecuencia, permitirían mantener una suerte de equilibrio mental en las decisiones y acciones.

Uno de estos, justamente, es el denominado "sesgo de confirmación", ya que se trata de la tendencia a buscar información que apoya las creencias u opiniones que sostenemos, mientras que evitamos la que las contradice. Así, tendemos a leer los editoriales de los diarios que confirman nuestras convicciones políticas, miramos en la TV los programas que coinciden con nuestra visión de la realidad y seguimos en redes sociales a quienes opinan cosas parecidas a nosotros. Partimos de ideas previas y en las discusiones y los debates buscamos la información que las confirme. Tendemos, entonces, a negar o ignorar las evidencias que las contradicen. Este sesgo también atañe a la interpretación. Se considera que existe una interpretación sesgada cuando ante pruebas ambiguas o neutrales se interpretan los datos unidireccionalmente de acuerdo con la propia postura. El sesgo de confirmación interviene en el afianzamiento de los estereotipos que construimos sobre las personas. Cuando conocemos a un extranjero vamos a preguntarle por los gustos y las actividades que asociamos como típicas de su país. Es decir, vamos a buscar la información que reafirme nuestros estereotipos. Así, dejamos de lado y olvidamos aquello que se contrapone con nuestros supuestos; mientras que tendemos a aceptar y recordar los datos que son consistentes con los estereotipos. ¿Cómo, entonces, no nos va a parecer obvia nuestra postura, si, en realidad, no

estamos recordando los argumentos que existen en contra? Podemos recordar cualquier discusión que hayamos tenido en algún bar entre amigos por una cuestión determinada: muy probablemente, después de interlocuciones airadas, argumentaciones sesudas y apelaciones a la falacia argumentativa ad hominen (lo que comúnmente llamamos "chicanas"), al concluir, nadie haya cambiado su opinión inicial. Todo esto se exacerba si se trata de asuntos que afectan las emociones o que atañen ideas muy arraigadas. Como resultado, lo más común es que no solo no hayamos cambiado de opinión sino que se refuerce y aumente la confianza en el propio sistema de creencias. Asimismo, tendemos a considerar a los expertos como más legítimos y respetables en tanto apoyen lo que creemos. Y más todavía: somos mejores para aprender y recordar los hechos que coinciden con nuestra forma de ver el mundo, fenómeno que se conoce como "aprendizaje selectivo". Así también actúa el llamado "reflejo Semmelweis", la tendencia a calificar las evidencias contrarias como menos válidas o más débiles.

Ahora bien, si los sesgos son los responsables de que sostengamos creencias distorsionadas e imprecisas y de que tomemos decisiones que no siempre son las más acertadas, ¿por qué siguen siendo útiles? La respuesta a esta pregunta implica reconocer algunas de las ventajas de esta forma de decidir. Nos enfrentamos cotidianamente a una tarea casi imposible: darle sentido a un mundo ruidoso y ambiguo. Es por eso que se vuelve indispensable tomar atajos. Así, estos sesgos ayudan a procesar la información y dar respuesta a situaciones a las que se debe enfrentar de manera rápida. Utilizamos un sistema de toma de decisiones sin mayor esfuerzo en la mayoría de las situaciones cotidianas. En estas, no procesa la información de manera enteramente lógica y racional, porque ello demandaría demasiado tiempo y recursos cognitivos (nuestros antepasados, en medio de la oscuridad del bosque, si veían una sombra no se ponían a reflexionar si se trataba de una rama o un animal salvaje; simplemente huían. En términos evolutivos, sobrevivir es muchas veces más importante que conocer la verdad).

Más que analizar minuciosamente todos los datos de los que se dispone, nos apresuramos a tomar la información a partir de patrones sistemáticos, que no siempre son correctos o veraces, pero

permiten interpretar rápidamente los hechos nuevos en coherencia con nuestros pensamientos. De esta manera, se liberan recursos para otras tareas.

Esto mismo es lo que ocurre cuando alguien elige creer en una anécdota parcial u opinión personal sobre una consolidada evidencia científica que requiere más análisis. Por supuesto que, otras veces, cuando es indispensable porque no disponemos de una respuesta ya moldeada o porque surge un conflicto que necesita mayor entendimiento, nuestro cerebro posee mecanismos para realizar un análisis más detallado y completo de la información que suponen más esfuerzo mental.

Claro que estos temas fueron abordados a lo largo del tiempo por diversas teorías y disciplinas, y hoy se refleja de manera cabal en la tan transitada idea de "posverdad", en la que hechos objetivos son secundarios en relación con la apelación a las emociones y a la creencia personal previa, fortalecida con las nuevas tecnologías en tanto siempre se hallará evidencia a favor de cualquier cosa que queramos creer y en contra de lo que no. Asimismo, los algoritmos tienden a sugerirnos, a través de la predicción, propuestas alineadas con nuestras lecturas y búsquedas previas.

Aunque no es una tarea fácil, para moderar el efecto de los sesgos cognitivos en nuestras creencias, decisiones y conductas es importante saber que existen, reflexionar sobre esto y ver qué se hace en consecuencia. Además, es necesario cuestionarlos cuando esas ideas esquemáticas repercuten de manera negativa. Para ello, hay que flexibilizar y poner en práctica el pensamiento crítico y el razonamiento científico. Las personas con mayor capacidad de pararse en distintos lugares, de observar a través de diferentes perspectivas y de permitirse abordar diversas ideas están más expuestas a una multiplicidad de estímulos y a la generación de respuestas más creativas. Del mismo modo, ayuda a comprender a los demás, sobre todo a aquellos que no piensan de la misma manera que nosotros.

Porque, sumado a todo lo dicho, los sesgos cognitivos también son claves para establecer vínculos y conectarnos con los otros. Por definición, la noción de comunidad tiene que ver con los intereses comunes.

Reflexionar sobre las ideas que guían nuestro comportamiento

personal y social y, en el caso necesario, modificarlas es dificultoso, incluso cuando se trata de hábitos perjudiciales para nosotros mismos, porque implica abandonar la zona de confort conocida por algo nuevo que puede, al principio, generar cierto malestar. Para hacerlo tendríamos que sacar la mente del “modo automático” y aunque sea trabajoso, ponerla a trabajar de “modo manual”. Flexibilizar y poner en tela de juicio nuestros pensamientos, especialmente aquellas cogniciones que interfieren negativamente con nuestra vida es una estrategia de gran ayuda para cada uno y para la comunidad. Pensemos, sin ir más lejos, si los argentinos no necesitamos en forma urgente hacer un esfuerzo cognitivo, entender que si la evidencia nos mueve de lugar, eso no perturba nuestra esencia, escuchar al otro y respetarlo, reconocer que existen cristales a través de los cuales cada uno mira, asimilar y tener empatía para lograr, más allá de las diferencias sobre el pasado y el presente, ponernos de acuerdo en políticas comunes que nos lleven a un futuro de desarrollo y equidad de una vez por todas. Ojalá que este libro pueda contribuir para estas cosas.

Capítulo 1

El sentido de una nación

Lo sabemos: la memoria es clave para el sentido de uno mismo y del mundo. También para manejar las exigencias cotidianas de cada día. Aprender, por ejemplo, es poner en funcionamiento un proceso de adquisición de información nueva y la memoria es la que hace posible la persistencia de esa información para que pueda ser recuperada más tarde. Por eso, cuando se dice que el ser humano es el único que tropieza dos veces con la misma piedra, de lo que se está hablando, más que de la torpeza de las piernas, es de la vulnerabilidad de la memoria para lograr el conveniente aprendizaje.

Al referirnos al tema de la memoria, podemos abordarlo de manera literal (neurocientífica, psicológica, biológica, etc.), pero también en una acepción metafórica. Con la palabra "memoria" también solemos llamar a artefactos tecnológicos, genéricos, jurídicos, etc., con capacidad de registro sobre el pasado: "Memoria y balance", en términos contables; "Mis memorias", como género literario; "Memoria externa", en informática; "¡Memoria, verdad, justicia!", como exigencia y lema político y social. Sin ir más lejos, la invención de la escritura tuvo como una de sus intenciones fundamentales la fijación de la palabra en un soporte externo para que perviviera de manera inmutable a lo largo del tiempo. Aunque con una valoración negativa, la escritura para el rey Tamo en el Fedro de Platón se comportaba como un auxiliar externo del espíritu al que se le confiaba la reproducción del recuerdo en caracteres materiales.

Los argentinos solemos tener una relación compleja con nuestro pasado. Una de las marcas más exageradas de esa relación está tratada en la famosa novela Santa Evita de Tomás Eloy Martínez, con el derrotero del cadáver de Eva Perón. Sabemos que ese hecho se volvió determinante para las pujas políticas que convulsionaron

durante varias décadas a nuestro país, y quizá por eso mismo también fue cifra de innumerables discursos, ensayos, documentales de cine y televisión. De modo extraordinario, a su vez, a partir de la muerte de Evita, se ha escrito vasta literatura, tanto que sería posible componer una riquísima antología de los grandes escritores argentinos del siglo XX cuyo nudo del relato fuese ese y solamente ese. La relación con nuestros muertos, entonces, se constituye como una manera de discusión permanente con el pasado. Obviamente que, en esta conversación inquietante, el lenguaje cumple un rol primigenio (para que exista diálogo se necesitan al menos dos partes pero también se necesita discurso).

Un importante teórico del nacionalismo, Benedict Anderson, propuso hace varias décadas una definición muy interesante de nación: "Una comunidad políticamente imaginada como inherentemente limitada y soberana". ¿Por qué la llama "comunidad imaginada"? Porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de la comunión.

Uno de los factores primordiales para la consolidación de esa comunidad imaginada es la lengua. De alguna manera, es a través de ella que se logra el apego a los frutos de esa imaginación. La lengua nos liga con un pasado sin horizonte. En palabras del mismo Anderson, "nada nos une afectivamente con los muertos más que la lengua". Discutimos más por el pasado que por el futuro. Es por eso que esa relación permanentemente incómoda aparece en nosotros en un recurrente conflicto, más que por las cosas, por el nombre de las cosas. Es así que una de las acciones más recurrentes en nuestro país, que se manifiesta sobre todo en los albores de los ciclos políticos (sean de administraciones nacionales, provinciales o municipales, pero también de pequeñas instituciones, clubes, sociedades de fomento), tiene que ver con la épica de la denominación (puede ser también por cambiar los colores). Recordemos sin ir más lejos la puja por el nombre del Centro Cultural "Néstor Kirchner" o los batallones de operarios pintando los laterales de las autopistas para cambiar el color cuando cambió el signo partidario en cualquier municipio o cualquier provincia. En esas disputas que parecerían a simple vista estar en conflicto

porciones del presente y del futuro, lo que más bien está en juego es la redacción de la historia, es decir, el dibujo del camino que nos trajo andando hasta acá aunque no importe bien adónde nos lleva.

Otra expresión fehaciente de la memoria colectiva son los monumentos, porque también hablan de nosotros. En este último caso, se trata por supuesto de elementos físicos que se erigen como símbolos pero no solo en la figura que representan en sí, sino en las autoridades que lo mandaron a hacer y emplazar (¿por qué él y no otro?, ¿merecía esta persona una monumentalización?, ¿por qué lo pusieron ahí?, etc.); en el contexto que cambia (¿lo sacamos?, ¿si lo sacamos no estamos faltando el respeto a nuestros antepasados que decidieron ponerlo ahí?, ¿qué hacemos con ese objeto del pasado una vez que lo saquemos?); y, por último, la problemática por la conservación pública del monumento y el cuidado que hacemos los ciudadanos de él (sus mutilaciones, sus hurtos, sus intervenciones, la indiferencia). El de Cristóbal Colón y el de Juana Azurduy son también ejemplos próximos de estas circunstancias a las que nos referimos.

Como hemos visto, el culto a los muertos, los nombres y los monumentos son elementos a través de los cuales interpelamos de manera más o menos conflictiva a nuestro pasado y ejercemos la memoria. No son los únicos casos, claro. Podríamos explayarnos también sobre los actos escolares en los días festivos, sobre los museos históricos desplegados a lo largo y a lo ancho de nuestros país, sobre las canciones patrias, sobre las tradiciones populares como los cantos de fogón o de la cancha de fútbol, entre otros más, pero creemos que estos sirven como botones de muestra de nuestra memoria colectiva.

Los ecos de nuestra historia

En las series animadas que veíamos en nuestra infancia, era bastante común que representaran a la memoria como un arcón en la cabeza de los personajes en el cual se guardaban los recuerdos. Así, cuando algunos de estos eran requeridos, se recuperaban intactos, se los usaban y de la misma manera se los volvían a guardar. Aunque resulte sorprendente, nada de eso puede estar más alejado de cómo funciona la memoria humana y, por ende, de sus comunidades.

Uno de los campos más fascinantes dentro de los estudios

neurocientíficos es, justamente, la memoria. ¿Qué es lo que recordamos exactamente? ¿El hecho tal cual sucedió? ¿Nuestra percepción del hecho? ¿El último recuerdo sobre el mismo hecho, es decir, recordamos nuestra propia memoria? ¿Cuánto influyen los demás en ese recuerdo? ¿Recordamos de la misma manera a lo largo de toda nuestra vida? A diferencia de lo que muchas veces se piensa, la memoria no es un fiel reflejo de aquello que pasó sino más bien un acto creativo, uno de los más creativos en el funcionamiento de nuestras mentes. Cada recuerdo se reconstruye de nuevo cada vez que se lo evoca. Aquello que recordamos –una imagen de un paisaje, una frase de nuestro abuelo, un aroma de nuestra infancia– está influido por el contexto de almacenamiento y recuperación que la rodea. La relación entre la memoria y el hecho o elemento que se recuerda es sumamente compleja y apasionante.

Existe un tipo de memoria, la autobiográfica, que define a la colección de los recuerdos de nuestra historia. Esta nos permite codificar, almacenar y recuperar eventos experimentados de forma personal, con el distintivo de que, cuando opera, tenemos la sensación de estar reviviendo el momento. Ese componente personal le da una particularidad esencial a la memoria autobiográfica: está definida por lo episódico, es decir, podemos asignarle un tiempo y un espacio a cada una de nuestras memorias, pero también suele involucrar la evocación de información semántica sobre el lugar o hecho que se evoca (por ejemplo, para recordar cuándo fue la última vez que uno fue a comer a un restaurante chino, tiene que recordar primero lo que es un restaurante chino). Cuando recordamos este tipo de eventos, no solo recordamos dónde fue y con quién estábamos, sino también los sentimientos y las sensaciones vividas. Esto tiene sentido porque las estructuras cerebrales que están involucradas en la memoria autobiográfica alimentan a su vez circuitos neurales ligados con las emociones. Los hechos autobiográficos con fuerte carga emocional se recuerdan más detalladamente que los hechos rutinarios con baja implicancia emocional. ¿Acaso no conservamos recuerdos muy precisos del día que nació nuestro hijo o nuestra hija? ¿O del instante que tuvimos una noticia muy desgraciada o un evento muy dichoso?

Del mismo modo y teniendo en cuenta este mismo proceso,

podemos preguntarnos si existen las memorias colectivas. ¿Es posible que varias personas tengan recuerdos diferentes sobre el mismo hecho, pero que después de conversar sobre eso, se neutralicen las memorias individuales y alcancen una memoria común? ¿No es esto lo que sucede cuando los medios de comunicación nos recuerdan incidentes ocurridos hace algunas semanas o meses, pero agregan su interpretación y alteran para siempre nuestro recuerdo? ¿No es así cuando se expande un rumor entre vecinos? ¿No es de esta manera cuando todos recordamos lo mismo?

Investigadores de las ciencias sociales consideran que las memorias colectivas son símbolos públicos mantenidos por la sociedad. Algunos filósofos han discutido esto al notar que toda cognición y toda acción surge de la interacción entre uno y el mundo. Por lo tanto, consideran arbitrario trazar un límite tan claro entre la psicología, que estudiaría lo que ocurre en la cabeza de cada uno, y otras disciplinas (como la sociología), que estudiarían lo que ocurre en el mundo.

La interacción social, como dijimos, puede alterar nuestros recuerdos. El concepto de “contagio” hace referencia a la difusión de un recuerdo, sin importar si es verdadero o falso, de una persona a otra a través de la relación con el otro. Un equipo de investigación de la Universidad de Sussex dedicó un estudio a aproximarse a la manera en que una persona puede intervenir en la memoria de otra. Para ello, a algunos se les indicó realizar una tarea de manera individual y a otros en pareja. A cada uno de los miembros de las parejas se les dio una imagen similar pero con pequeñas diferencias entre sí (los participantes creían que eran la misma). Luego de estudiar las imágenes por separado, tenían que recordarla entre los dos e individualmente decir qué recordaban. Como resultado, los investigadores encontraron que el falso reconocimiento de ítems fue mayor en aquellos que trabajaron en parejas que en aquellos que lo hicieron individualmente. De esta manera, se evidencia la forma en que el otro puede influir a la hora de facilitar la formación de la memoria colectiva. Una fórmula tautológica, entonces, sería decir que recordamos más lo que recordamos más. Pongamos el ejemplo cualquiera de la memoria sobre los presidentes argentinos. Si tenemos que hacer una lista, ¿de cuáles nos acordamos? ¿Por qué

algunos son más comúnmente olvidados que otros? Veamos por qué. Investigadores de la Universidad de Washington analizaron los resultados de un test en el cual se les pedía a 415 estudiantes universitarios que recordaran la mayor cantidad de presidentes estadounidenses posible en orden correcto. Este test se realizó en 1974, en 1991 y en 2009. La tendencia fue que recordaron a los primeros junto con los últimos ocho o nueve y algunos pocos en el medio que habían gobernado durante momentos importantes de la historia. El mismo patrón no solo lo aplicamos para las listas de palabras o para presidentes sino también para eventos históricos, programas televisivos o memorias personales. Esto sucede porque el cerebro evolucionó de forma tal que las habilidades y los conocimientos más útiles están más accesibles en la memoria (como ocurre en un motor de búsqueda de la computadora). Cuanto menos se utiliza un concepto, menos accesible a la memoria estará. La pregunta que debemos hacernos inmediatamente es, ¿quién determina la importancia de un hecho? Es por eso que debemos una vez más considerar el rol clave de la educación y los medios de comunicación a la hora de actualizar esas memorias necesarias en nuestra mente. La sociedad debe evidenciar, debatir y poner en cuestión de manera permanente cuáles son los usos y disposiciones de esas memorias.

Más que un arcón donde se guardan las historias de lo que nos pasó, la memoria humana parece ser un atril que nos permite garabatear, sobre los trazos del pasado, aquello que imaginamos.

Que todos sepan mi sufrir

Y si a mi pueblito volver yo pudiera

a mi viejo pueblo al que no he regresado

si pudiera volver al poblado que siempre me llama,

que siempre me espera,

si a mi pueblo volver yo pudiera

no lo haría ni mamado.

LES LUTHIERS

La mayoría de las personas que visitan nuestro país tienen entre sus planes tomar contacto, de forma más o menos profunda, con nuestro tango y/o folclore. Y es cierto que si alguien formara parte de la minoría de los que no tienen esas intenciones, lo más probable es que por algún rincón de sus recorridas criollas se topen de improviso y de manera inevitable con algo de eso.

A todas luces, el tango es uno de los fenómenos culturales que más emparentado está con el modelo del argentino en el que tanto los otros como nosotros mismos nos vemos representados. En ese género artístico que atraviesa diversas disciplinas, pero sobre todo la danza, la música y la poesía, sobresalen ciertos rasgos distintivos que lo hacen un tipo de expresión fácilmente reconocible. Uno de ellos es la pena por el tiempo perdido. La nostalgia y la melancolía operan sobre el presente hacia un pasado ideal fatalmente acabado e imposiblemente anhelado.

Pensemos algunos aspectos más de nuestra relación compleja con el pasado que ya anticipamos en las páginas anteriores. ¿Por qué el pasado muchas veces parece más valioso que el presente? Porque tendemos a pensar de manera mucho más abstracta el pasado remoto que el presente. En la cotidianeidad hay detalles que nos producen cierta sobrecarga y tedio (pagar los impuestos, viajar de un lado al otro, parar en los semáforos, cepillarnos los dientes), y se esfuman del recuerdo, se desvanecen de la memoria justamente por su insignificancia. ¿Qué queda? Los trascendentes momentos pasados. Por otro lado, en esa mirada en perspectiva, también desaparece el estrés de la incertidumbre general del presente, ya que vemos el partido con el diario del lunes. Y algo muy importante sabemos de ese hecho del pasado: que, haya pasado lo que haya pasado, no nos morimos. En cambio, el hoy nos presenta la amenaza de lo desconocido. Es por eso que la emoción que produce un evento y su relación con el tiempo son elementos fundamentales de cierta idealización de ese pasado.

Lo que dice sobre la nostalgia el Diccionario de la Real Academia Española es que se trata de “una tristeza melancólica originada por el recuerdo de una pérdida” y, como otra acepción más circunscripta, una “pena de verse ausente de la patria o de los deudos o amigos”. Quizás sea por eso mismo que cierta propensión melancólica de nuestras artes es atribuida a la composición inmigratoria y a la idealización del pasado, de aquello que fue dejado. Pero si fuese inicialmente así, ¿no lo debería ser también de los Estados Unidos y Australia, por ejemplo?

Lo notable de esta nostalgia es que en el tango (y en nosotros mismos) se elabora con un mérito ambiguo: por un lado, con un culto exagerado del pasado perdido que nos distingue, nos vuelve sentimentales, seres profundos; y por el otro, como un pueblo anclado en triunfos pretéritos, que no puede echarse a andar. En un sentido o en el otro, un ser quejoso, como se dice del bandoneón.

Uno de los tópicos que recorre el tango es el del amor que se esfumó, que solo persiste como figura fantasmagórica. Pero a partir de eso, la acción que propone el canto no es la de la búsqueda sino la del lamento que no puede tener sosiego.

Si un extraterrestre bajara en este momento por algunos minutos, y debiéramos explicarle esta cosa de nuestro ser melancólico, podríamos hacerle escuchar el famosísimo tango “Nostalgias” de Enrique Cadícamo. Ahí, el poeta confiesa que quiere emborracharse para olvidar un loco amor que más que amor es un sufrir; pero, lejos de eso, termina levantando la copa, ya no para forzar la desmemoria sino para celebrarla, y así brindar por los fracasos de ese y todos los amores del mundo. No sería improbable que el extraterrestre nos preguntara, luego de escucharlo: “¿en qué quedamos?” Así parece que somos.

¿Es posible la vuelta del amor? No, pero como un espejismo, ese ansia de recupero es lo que motoriza el propio arte y como contradicción, la felicidad generaría la extinción del poema triste y del poeta romántico y atormentado. La vuelta es imposible, o, más bien, siniestra, como lo narra “Volvió una noche”, en el que el poeta esgrime a los cuatro vientos que las horas que pasan ya no vuelven más y solo queda un fantasma del viejo pasado que ya no puede resucitar.

Así como en el tango es el amor, un tópico del folclore es la

melancolía por la tierra dejada:

Nostalgiosa llevo el alma,
por las calles de la ciudad:
gusto a polvo, mi silbido largo
suspirando zambas se me va.
El recuerdo de mi tierra,
por la sombra me subirá
y mis ojos por el cielo lejos,
con las golondrinas volverán.

Lo dice en forma de canción Jaime Dávalos. Esta realidad se manifiesta por la necesidad del que sale de su tierra en busca de mejores condiciones de vida, y extraña intensamente el lugar en donde nació y se crió (por lo general, el trayecto es del campo a la ciudad: "Busco al fondo de la calle un cerro, pero encuentro el cielo y nada más", un ejemplo de la misma canción).

¿Somos los argentinos melancólicos y nostalgiosos? Puede ser. ¿Queremos serlo? También puede ser. Pero cualquier discusión sobre nosotros mismos no debe mover un ápice las cualidades de expresiones artísticas tan extendidas como el tango y el folclore. Porque podemos poner en cuestión, tal como Borges discutió la relación refleja entre el Martín Fierro y los gauchos, la pretendida simbiosis que existiría entre estas artes y los argentinos. En tal caso, seamos como queramos ser.

Costumbres argentinas

Cuando leemos libros de historia de la Argentina, muchas veces nos preguntamos cómo los argentinos pudimos haber tomado una decisión que seguramente, si hubiese sido abordada de manera individual, habría resultado diferente. Para no considerarnos dotados de excepcionalidades distintas a las humanas, debemos recordar que somos una especie que desarrolló una capacidad extraordinaria para vivir en grandes grupos comunitarios. Esta vida en sociedad tuvo implicancias en nuestra conducta, y, por lo tanto, la toma de decisiones muchas veces no puede ser realizada –ni analizada– de manera particular, sino colectivamente. Por ejemplo, solemos buscar el reconocimiento social, que actúa como recompensa ante determinadas acciones que tienen un valor en la comunidad. El valor del reconocimiento social es tan alto que en ciertas ocasiones puede llegar a influir en la conducta de una

persona en mayor medida que un incentivo monetario. Así las personas tienen un estímulo para tomar decisiones que estén alineadas con los intereses del grupo.

Asimismo, la toma de decisiones depende de nuestras preferencias, creencias y recursos, que se forman a partir de las relaciones sociales. El conjunto de las relaciones sociales del que formamos parte (la red social) es la principal fuente de información acerca de qué conductas son adecuadas y qué actitudes debemos tener respecto a determinados asuntos. Dentro de una red social los individuos pueden aprender conductas nuevas o pueden recibir refuerzos para las conductas que ya poseen, que transforman a esta en una pieza fundamental del orden social. De hecho, es más probable que una persona adopte una conducta nueva o genere un cambio si alguien cercano o importante lo hace (de ahí, en realidad, el neologismo de “influencer”).

Muchas de nuestras actitudes, que juegan un rol esencial en el momento de tomar una decisión, surgen de las relaciones entre personas. La forma en la que vemos el mundo y lo pensamos parte de la comprensión que tiene nuestra comunidad sobre él. Como vimos, conceptos, relaciones, categorías, estereotipos y todo aquello que compone nuestra forma de entender el mundo conforman modelos mentales. Cuando los compartimos se fortalecen la cohesión y la cooperación dentro del grupo, y esto facilita el entendimiento al momento de resolver problemas colectivos.

Dentro de un grupo también surge una serie de creencias compartidas sobre lo que es esperable y lo que no (también conocidas como normas sociales), las que determinan en gran medida la toma de decisiones de sus individuos. Seguir normas está en nuestra naturaleza, venimos al mundo con un mecanismo que nos permite observar las interacciones de los que nos rodean e imitarlas, algunas veces de forma consciente y otras veces de forma no consciente. De hecho, el proceso de establecimiento de las normas sociales sucede en la mayoría de los casos de forma implícita, sin que haya alguien eligiendo deliberadamente su aplicación. De esta manera, las normas sociales afectan nuestra toma de decisiones la mayoría de las veces de forma no consciente, a veces para bien y otras para mal. Así, por ejemplo, un estudio en Francia mostró que los adolescentes que pensaban que sus pares

tomaban más alcohol que el que realmente tomaban, tendían a presentar mayores ingestas de alcohol ellos mismos. También venimos programados para observar a los demás y castigar su conducta cuando se desvía de la norma (por un lado, la ruptura de una norma genera fuertes emociones en nosotros y, por otro lado, al castigar la violación de una norma en nuestro cerebro se activan circuitos de recompensa). Las identidades sociales que desarrollamos, las redes sociales y las normas sociales que rigen en nuestro entorno tienen una gran incidencia en el proceso de toma de decisiones. Preguntarnos sobre nuestras motivaciones y actitudes como comunidad es clave para consolidarlas en el caso de que así lo decidamos y, caso contrario, transformarlas colectivamente.

La inteligencia colectiva

Muchas veces se generan discusiones alrededor del interrogante de si la suma de grandes inteligencias individuales lleva necesariamente a un resultado colectivo satisfactorio. En esferas tan distantes como la práctica deportiva, la labor artística o el desarrollo comercial, surge la pregunta: ¿cómo puede ser que este equipo de estrellas no haya rendido tan bien como se esperaba? ¿Y cómo este, más austero, logró, por el contrario, maravillar con su rendimiento?

Aunque desde siempre se ha intentado medir la inteligencia humana, pocas áreas de la ciencia han sido más controversiales. Las definiciones de inteligencia son diversas y van desde la flexibilidad conductual o cognitiva para generar situaciones novedosas y la capacidad de resolver problemas hasta la de una eficaz adaptación con el medio. Algunos investigadores enfatizan la capacidad para el pensamiento abstracto; otros, la habilidad para adquirir vocabulario nuevo o conocimientos originales; otros, la capacidad de adaptarse a situaciones inesperadas.

La gente varía en cosas como inteligencia emocional, habilidades particulares, experiencia, que son diferentes de la inteligencia general, pero también importantes. Además, el humor, la sensibilidad, la ironía y la creatividad son rasgos de inteligencia que quedan fuera tanto de los tests clásicos como de ciertos patrones que ostentan instituciones demasiado rígidas. Por eso, las definiciones –y las pruebas– sobre la inteligencia siempre quedan sesgadas a la hora de relacionarlas con las acciones y decisiones de

la vida real. Si entendemos la inteligencia como el conjunto de recursos con los que cuenta un individuo para adaptarse al medio, una persona puede ser tremendamente inteligente sin la necesidad de contar con un bagaje demasiado grande de conocimientos adquiridos a través de la educación formal o el entrenamiento. Esta última afirmación se relaciona particularmente con el término de "inteligencia fluida", que se define como la capacidad de resolver problemas nuevos descubriendo las relaciones que existen entre las cosas e independientemente del conocimiento adquirido a lo largo de la vida.

Cuando se trata de inteligencia, la totalidad puede ser mayor que la suma de sus partes. Un estudio del prestigioso Massachusetts Institute of Technology (MIT) exploró la existencia de una inteligencia colectiva entre grupos de personas que colaboran bien entre sí, y demostró que la inteligencia del conjunto se extiende más allá de la lograda a través de la suma de las capacidades cognitivas de los miembros de los grupos de forma individual. Estos investigadores mostraron que hay una eficacia general que predice el rendimiento de un grupo en muchas situaciones diferentes. Grupos con un excelente rendimiento en una tarea presentaban también un excelente rendimiento en tareas diferentes. En otras palabras, grupos que fueron exitosos en un desafío serán exitosos en resolver otros desafíos distintos.

Claro que la inteligencia colectiva como idea y como práctica ha existido desde siempre. Familias, tribus, ejércitos y empresas se conformaron para actuar colectivamente de manera inteligente (lo cierto es que no siempre fue logrado). También, la propia escritura y su institucionalización en universidades y bibliotecas (desde la famosa de Alejandría hasta las populares de la actualidad) tuvieron la intención de fijar y hacer circular el conocimiento que la sociedad había producido previamente para el aprovechamiento colectivo. Pero en las últimas décadas una nueva dinámica de ejercicio de inteligencia colectiva se ha consolidado: millones de personas conectadas por Internet desarrollan e intercambian información a través de una red multidireccional, interactiva y universal. Las muestras más notables están dadas por los motores de búsqueda como Google, que organizan y ponen a disposición creaciones de las formas y los orígenes más disímiles para el uso

general. Otra manera de ilustrar este proceso que conforma la inteligencia colectiva está en la evolución de la idea de enciclopedia, desde la monumental obra llevada adelante por Diderot y otros escritores en plena ilustración del siglo XVIII hasta la contemporánea Wikipedia, donde miles de personas en todo el mundo contribuyen a la elaboración de ese complejo sistema de referencia.

Las interacciones sociales que devienen de los procesos que contribuyen a la inteligencia colectiva de un grupo albergan un efecto positivo sobre nuestro bienestar, en múltiples aspectos. Pero sin dudas una de las mayores representaciones de las construcciones colectivas modernas son los Estados nacionales y sus correspondientes alianzas regionales. Las sociedades organizadas que buscan satisfacer las necesidades básicas de sus ciudadanos y desarrollarse a partir de la historia heredada y, sobre todo, de lo que forjan desde su presente constituyen el rasgo más cabal de inteligencia colectiva que pueden mostrar los seres humanos como especie. Se trata de que cada uno –el afinador, el intérprete, el compositor, el asistente y el director– ponga lo mejor de sí para hacer sonar cada vez mejor a esta verdadera orquesta llamada “nación”.

Capítulo 2

En crisis

Entre esos golpes que nos damos en el pecho para mostrarnos firmes y excepcionales, solemos decir que acá sí que nadie puede aburrirse porque en Argentina siempre están pasando cosas. Parece que nuestro devenir extraordinario también está ligado a una crisis permanente con algunos períodos de sosiego, que no son más que un tiempo para rememorar la crisis del pasado con angustia y prepararse con ansiedad para la crisis inminente, que se aproxima, que está por estallar.

Nuestras crisis cargan para sí con doble valoración: por un lado, es una circunstancia que lógicamente genera zozobra y trae aparejado un sinfín de implicancias negativas como el miedo, el estrés, la ansiedad; pero por otro, libera la adrenalina dulce de lo impredecible, de la aventura, de estar permanentemente en el baile, en el nudo de la historia, ahí donde más cosas pasan.

Una pregunta que podemos hacernos es qué porción de nuestras crisis se asocia a factores exógenos, es decir, depende de circunstancias ajenas que impactan en mayor o menor medida en nosotros y no somos más que víctimas de las mismas; otra inquietud es qué parte tiene que ver con decisiones propias (de dirigentes, de líderes con apoyo popular, de colectivos más organizados, de impulsos sociales); y otra, cuánto es atraída por el mismo deseo de que las cosas, sean cuales sean, sucedan intensamente.

Muchos de nuestros momentos críticos son el fruto, al menos en parte, de la improvisación, de la falta de diseño y preparación, de la intención de atar todo con alambre, de la sobrevaloración de nuestra intuición y buena estrella, de estar convencidos de que al fin y al cabo estamos condenados al éxito. También son el resultado de las permanentes decisiones que privilegian el corto plazo (ya hablaremos más sobre esto). En estas se incluyen las conductas particulares o sectoriales mezquinas porque más allá de su rasgo

poco solidario, a largo plazo termina también impactando en ese mismo que había querido salvarse solo.

Otra de las razones, muy importante a su vez, es esa impresión común (quizás por el recuerdo patente, quizás por la resignación, quizás por cierto sesgo pesimista, quizás por el deseo de que eso ocurra) de que "algo muy grave va a suceder en este pueblo". Así justamente se llama un famoso cuento de Gabriel García Márquez, en el que una señora se despierta con esa sensación y al contársela a su hijo y este a sus amigos y así sucesivamente, a la larga algo muy importante sucede. La anécdota del cuento es esa: la catástrofe pasa porque todos creen y temen que pase, y eso mismo interviene y trastoca la paz de la vida cotidiana. Y pasa.

El carnicero despacha su carne y cuando llega otra señora a comprar una libra de carne, le dice:

–Lleve dos porque hasta aquí llega la gente diciendo que algo muy grave va a pasar, y se están preparando y comprando cosas.

Entonces la vieja responde:

–Tengo varios hijos, mire, mejor deme cuatro libras.

Se lleva las cuatro libras; y para no hacer largo el cuento, diré que el carnicero en media hora agota la carne, mata otra vaca, se vende toda y se va esparciendo el rumor. Llega el momento en que todo el mundo, en el pueblo, está esperando que pase algo. Se paralizan las actividades y de pronto, a las dos de la tarde, hace calor como siempre. Alguien dice:

–¿Se ha dado cuenta del calor que está haciendo?

Esto es lo que llaman comúnmente una "profecía autocumplida". Un ejemplo muy sencillo de la vida cotidiana es que, como la crisis resulta inminente, nadie piensa mucho en el futuro; y como nadie piensa mucho en el futuro, entonces sobreviene la crisis. No es que no tenemos razones, pero sí que muchas decisiones que tomamos tienen que ver con esta sensación y lo que sucede también.

Por su parte, las crisis muchas veces solo son funcionales a los pescadores de río revuelto y a los comités de crisis. Para estos últimos, llamados siempre "pilotos de tormentas", les valdría la frase famosa del poeta chileno Nicanor Parra: "Bien, y ahora ¿quién nos liberará de nuestros liberadores?". También es cierto que las crisis promueven actos de cooperación como pocas veces se ven (campañas solidarias, actos personales de gran hidalguía,

sensibilidad social extraordinaria) pero no olvidemos que también se es solidario cuando se previene la crisis, y que las mismas crisis muchas veces son caldo de cultivo también para la avaricia, para las conductas ruinosas, que las agravan.

La herida argentina

Sería un escándalo descubrir que alguno de nuestros hijos está desnutrido y sin cuidados mientras nosotros andamos en Babia, miramos para otro lado, nos entretenemos con el nuevo teléfono inteligente y la alacena de nuestra casa está llena de alimentos.

Una nación es la metáfora de una gran familia. Hoy la Argentina tiene la capacidad de producir alimentos para 400 millones de personas. Es un fracaso como comunidad que exista en nuestro país un solo chico que no tenga garantizada su buena alimentación y protección. Nada, absolutamente nada puede justificarlo. No existe algo más prioritario que remediar.

Un niño desnutrido, malnutrido o poco estimulado tiene el cerebro en peligro. El desarrollo del cerebro, que se produce desde la gestación en el útero de la madre hasta pasados los 20 años, afronta durante ese tiempo diferentes períodos sensibles en los cuales genera conexiones claves. Requiere los nutrientes adecuados, pero también un ambiente estimulante desde el punto de vista cognitivo, emocional y social, en el que exista una interacción productiva con un entorno que contribuya con su desarrollo. Cuando un niño crece en la pobreza o en la indigencia, la maduración de su cerebro puede sufrir un impacto negativo.

¿Cuál es el estado de situación con respecto a la seguridad alimentaria y el cuidado de los niños en nuestro país? ¿Puede haber una necesidad más imperiosa que arribar a un mapa preciso e incuestionable –aunque duela– del estado de nutrición y cuidado de nuestros chicos y adolescentes? ¿Puede haber una necesidad más urgente que, a partir de esto, proyectar un diseño y puesta en acción de políticas activas que garanticen que todos ellos estén bien nutridos y estimulados? Organizaciones intermedias estudian y difunden esta problemática desde hace muchos años. Pero deben ser, además de ellos, el Estado y la sociedad en su conjunto los que asuman como propia esta realidad y la transformen. Deberíamos sentirnos avergonzados y pedir perdón a estos niños por nuestra impericia, por nuestra inacción, por todas las veces que tomamos

decisiones equivocadas e inmorales, por estar discutiendo nimiedades, por no protegerlos a ellos, que son quienes más nos necesitan.

Los niños en situaciones de vulnerabilidad social son más propensos a vivir con estresores constantes y, como consecuencia, tienen mayor dificultad para desarrollar habilidades importantes como incorporar vocabulario, controlar sus impulsos o entender las perspectivas del otro. Por lo tanto, una vez insertos en contextos educativos, se encuentran con una gran desventaja respecto a otros niños. Asimismo, se ha comprobado un impacto negativo en la memoria de trabajo, el procesamiento visuoespacial, la atención sostenida y el razonamiento fluido. El desarrollo adaptativo de estas habilidades se dificulta dramáticamente con el estrés elevado que genera la insatisfacción de sus necesidades básicas en ellos y sus familias. A esto puede sumarse la falta de estimulación cognitiva y afectiva producto de una calidad educativa deficiente o del poco tiempo que muchas veces los padres consiguen dedicarles a sus hijos, habida cuenta de que están exigidos a trabajar una interminable cantidad de horas por día, de lunes a lunes, para lograr una mera subsistencia.

Un comienzo en desventaja, además de déficits cognitivos, genera un círculo vicioso de bajo rendimiento y baja autoestima. Por supuesto, esto es más rotundo si el impacto se debe a la realidad del chico obligado a cumplir con su propio trabajo o mucho más si ese niño no va a la escuela, no tiene cama donde dormir ni una familia que lo ampare.

Es imprescindible reiterar una vez más que el comportamiento influye sobre la biología y, al revés, que la biología influye sobre el comportamiento. Estas relaciones pueden observarse, por ejemplo, en las carencias nutricionales que traen aparejadas, ineludiblemente, deficiencias cognitivas. Uno de los nutrientes más importantes en el desarrollo del niño es el hierro. La falta de hierro en los primeros años de vida está asociada a comportamientos deficitarios en el lenguaje, la motricidad y áreas socioafectivas. Estudios longitudinales vinculan una pobre nutrición con dificultades en el desempeño escolar y con una reducción en el campo cognitivo. La falta de una buena alimentación impacta negativamente en el cerebro de manera temprana y genera,

también, un nivel más profundo de nocividad en cuanto a angustia, depresión y estrés, si se lo compara con cerebros bien nutridos.

Como lo sugiere la evidencia científica de las intervenciones cognitivas, un contexto desfavorable no genera un impacto irreversible para un niño, aunque sin dudas esa realidad no sea la mejor forma de iniciar el desarrollo. El cerebro es plástico, cambiante, maleable y produce nuevas conexiones durante toda la vida. Aun el niño que haya tenido una infancia con falencias nutricionales, cognitivas y emocionales puede beneficiarse en el transcurso de su vida futura de los tipos adecuados de nutrición y estimulación cognitiva y afectiva. Para que así suceda debe involucrarse no solo al niño, sino también a sus padres y a su entorno. La educación y el estilo de los cuidados de los padres son factores claves. Y esto es urgente, porque cuanto antes ocurre en la vida del chico, mejor.

"La infancia juega en la tierra. Son los años más felices. Aunque a veces la pobreza nos deja sus cicatrices", canta Peteco Carabajal. Evitar las heridas o, si ya están abiertas, comenzar a curarlas de inmediato. Espabilarnos y darnos cuenta de lo que es obvio: la alacena está llena y nuestros hijos no pueden tener hambre ni dejar de aprender. No puede pasar en ningún lugar del mundo. No puede pasar en nuestra casa, la Argentina.

La familia del paco

"Me llamo María Rosa, nací y vivo en Ciudad Oculta. Tengo cuatro hijos, una mamá, un hermano. Y una especie de cartel que me cuelga del cuello. Me llaman 'la madre del paco'. Aunque no estoy de acuerdo. Al paco no lo parí: yo parí un hijo que está en problemas por fumar basura", así comienza el relato escrito por Gustavo Nielsen. Lamentablemente las adicciones no son puro cuento, y uno de ellos resulta imprescindible para poner a la luz también desde la ciencia la implacable problemática del paco.

El paco es la pasta base de la cocaína (PBC), que se produce en el proceso de extracción del alcaloide cocaína de la hoja de coca. En nuestro país su consumo se instaló fundamentalmente en el transcurso de la crisis de comienzos de la década pasada. Y, desde entonces, todo cambió para mal. Como tiene bajo costo de síntesis y es de fácil acceso, se ha difundido principalmente en las zonas socialmente vulnerables. Según estadísticas oficiales, la etapa en

que los adolescentes empiezan a consumir mayormente la droga es a los 16 años. La mayoría de quienes han consumido PBC ha desarrollado algún grado de dependencia, ya que es alta y cruelmente adictiva.

La toxicidad del paco es mayor que la de la cocaína. Se considera que esto, sumado a la temprana edad de inicio en su consumo, provoca daños severos en las regiones subcorticales y frontales del cerebro. Por eso, este tipo de lesiones impacta en múltiples funciones cognitivas y sociales. Algunas de las alteraciones más frecuentes son las dificultades en la atención, en la memoria, en la capacidad de abstracción y de organización; también se caracteriza por la impulsividad y la agresión. El perfil de los adictos al paco es diferente al de los adictos a otras sustancias ilegales. Entre otros aspectos, se evidencia una persistencia en el tiempo de la conducta adictiva de la PBC que sugiere que se produce una alteración a nivel estructural y funcional en la expresión de ciertos genes.

Resulta preocupante la falta de importantes avances en las investigaciones científicas sobre esta adicción. Al día de hoy no hay estudios clínicos concluyentes sobre los mecanismos de acción y sus efectos. Tampoco se ha realizado un perfil psiquiátrico ni neurobiológico de los consumidores de paco. Todo esto lleva a que no existan estrategias terapéuticas específicas y efectivas. Tanto en Europa como en Estados Unidos el consumo del paco no está extendido como en la Argentina; por consiguiente, la investigación, la prevención y el tratamiento dependen primordialmente de la comunidad académica, médica y social de nuestra región. Por lo tanto, debe ser una prioridad para las políticas de investigación científica argentinas el estudio de los mecanismos cognitivos, funcionales y estructurales vinculados con el consumo crónico de PBC, cómo se modifica la expresión de los genes por esta adicción y el impacto que puede tener en el desarrollo. Según el Estudio Nacional sobre Consumo de Sustancias Psicoactivas del Gobierno Nacional, el consumo de paco se incrementó un 200% en los últimos años. Se estima que en nuestro país se consumen 400.000 dosis de paco por día. Es tal la gravedad del problema que representa el uso abusivo de esta droga en nuestra sociedad que las próximas investigaciones tienen que ser el punto de partida para

comprender sus efectos sobre el cerebro, especialmente, sobre el sistema nervioso central. Esto resulta fundamental para el diseño de tratamientos efectivos. Su conocimiento, a la vez, permitirá diseñar políticas públicas con estrategias de prevención y contención social. Es imprescindible.

Como en otros crímenes y flagelos de nuestra historia, son las madres las que salen a la calle a enfrentar a sus responsables con una fuerza incomparable. Las madres, siempre las madres.

El impacto de la crisis en la salud mental

El ruido de las bocinas suele ser más atronador por estos tiempos. Los gritos, más exaltados. Las caras, más duras. Lo sabemos bien: la crisis económica impacta en el ánimo colectivo y en nuestra manera cotidiana de vivir.

Los datos actuales sobre la crisis económica del país dan cuenta de que aumenta el desempleo y las condiciones laborales son más precarias, que decaen los ingresos a la vez que se reducen los fondos para obra pública, que se devalúa nuestra moneda y que se encarece el costo del crédito. Asimismo, se ve en la calle mayor descontento y protestas sociales. No hay que ser científico ni médico para comprender que todo esto genera elevados niveles de estrés en la población.

¿Cuántas crisis hemos atravesado los argentinos? ¿Cuántas más vamos a pasar? Los seres humanos, como ninguna otra especie, contamos con la capacidad de revisar el pasado y escrutar el futuro. Nuestros cerebros pueden imaginar escenarios posibles y cosas que podrían haber sucedido en el pasado, aunque no sucedieron. Puede simular mentalmente situaciones en detalle, sin necesidad de llevarlas a cabo. Puede evaluar probabilidades y riesgos. En algunas ocasiones, como veremos, esta capacidad se nos puede volver en contra.

Esta cualidad de adelantar escenarios se distorsiona en situaciones de mucha incertidumbre, lo que provoca que entremos en una verdadera rumiación de escenarios o salidas posibles, con la intención de ganar cierto control de la realidad mediante la anticipación. Pero esto puede provocar errores cuando la ansiedad se exacerba, porque genera la tendencia a seleccionar y privilegiar determinado tipo de información. Por esto mismo a la ansiedad generalizada, se la considera como una “verdadera enfermedad de

la preocupación". Así, no podemos parar de imaginar cosas malas que pueden suceder y las inquietudes nos desbordan. La ansiedad acerca de la inseguridad laboral, por ejemplo, actúa como un estresor crónico con efectos acumulativos en el tiempo, que puede tener consecuencias nocivas en la salud mental de quienes la padecen.

Un informe publicado en 2014 sobre la crisis económica española menciona los resultados del estudio "IMPACT", realizado en consultas de Atención Primaria. Allí se observó que, como consecuencia de la recesión económica, los trastornos del estado de ánimo habían aumentado un 19% aproximadamente entre 2006 y 2010, los de ansiedad, un 8% y los trastornos por abuso de alcohol, un 5%. Por su parte, en Gran Bretaña en 2008, se publicó un informe, realizado por 400 expertos y llevado a cabo por iniciativa del gobierno, en el que se informaba que la mitad de las personas endeudadas padecía un trastorno de salud mental en comparación con el 16% de la población en general. El Instituto Universitario de Investigación de Salud Mental (UMHRI) en Grecia diseñó e implementó una serie de encuestas transversales a nivel nacional para indagar sobre la prevalencia de la depresión entre los años 2008 y 2013. Se registró que, en 2008, cuando la crisis no había comenzado aún, la prevalencia de depresión era del 3,3%, pero esta cifra creció a 6,8% en 2009, 8,2% en 2011 y 12,3% en 2013. Además, investigaciones demuestran que las personas desempleadas presentan un riesgo entre dos y siete veces mayor de padecer depresión.

Pero la crisis no impacta de igual modo en todas las poblaciones, ya que, obviamente, afecta en mayor medida a aquellos más vulnerables (de ahí el sentido de esta caracterización). Instituciones como la Organización Mundial de la Salud (OMS) advierten que los más afectados por las crisis son las personas de bajos ingresos: durante las recesiones, la desigualdad social en salud puede ampliarse. Además, se da un círculo vicioso, en el que los problemas de salud mental generados por la privación, la pobreza y otros determinantes sociales y económicos derivados de estas generan enfermedades mentales que incrementan la vulnerabilidad de las personas que las padecen y predicen, a su vez, mayores dificultades económicas y laborales. Los niños también se ven significativamente

afectados por esta situación. La adversidad socioeconómica experimentada durante la edad temprana puede alterar su desarrollo pleno en la transición hacia la edad adulta al poner en peligro su potencial social, académico y ocupacional.

¿Las crisis económicas afectan en todos los países de forma similar? No, porque también depende de cuán preparado esté el sistema social para poder mitigar los efectos nocivos en la salud mental de sus habitantes. Así como sucede en cada persona, las diferentes sociedades pueden ser más o menos resistentes a factores estresantes. En este sentido, la OMS plantea que la legislación para proteger el bienestar social puede aumentar la resiliencia de las comunidades ante las crisis económicas y, de esta manera, ayudar a mitigar los efectos del desempleo en la salud mental y las consecuencias relacionadas con el estrés. Como durante las crisis se produce una reducción en los presupuestos sanitarios públicos y, en general, la salud mental constituye el campo más afectado, resulta particularmente necesario alterar esta dinámica, fortaleciendo los factores de protección de la población. Especialmente se vuelve fundamental atender los grupos más vulnerables como los niños, los jóvenes, los ancianos y, específicamente, los colectivos sociales empobrecidos y los desempleados. Una de las medidas indispensables es proporcionar una alta cobertura entre las personas con los ingresos más bajos y brindar apoyo a las familias en situación de riesgo.

Como sucede en medio de una emergencia, debemos cuidar y proteger especialmente a aquellos que más necesitan del resto de su comunidad, brindándoles apoyo y contención. Mientras tanto, debemos reflexionar crudamente sobre por qué llegamos otra vez hasta acá, decidir una estrategia que deje de lado los enfrentamientos y la torpeza de la grieta e ir sumando ladrillo sobre ladrillo para un futuro próspero de verdad. Debemos de una vez por todas construir un país en el que lo que recortemos sean las imposibilidades para vivir un presente y proyectar un futuro de desarrollo y realizaciones.

Miedo al miedo

Vivimos en un estado emocional. Cuesta imaginar cómo sería nuestra vida sin alegrías, tristezas, enojos o miedos. Las emociones constituyen una parte crítica de nuestra experiencia que adhieren

color a nuestros estados mentales e influyen en nuestras conductas. También son claves para nuestra memoria, para tomar decisiones, para ayudarnos a evitar el dolor y a buscar el placer. En todo aquello que nos resulta importante están involucradas las emociones.

El miedo es un estado emocional negativo generado por el peligro o la agresión próxima. Cualquier otro estado emocional puede ser pospuesto; el miedo, no. Uno tiene que responder al miedo de manera inmediata; por lo tanto, siempre se halla privilegiado en relación con otras emociones.

A su vez, las emociones son contagiosas. Es por eso que los diarios y revistas hablan de alegría o tristeza popular, ya no como suma de los sentimientos individuales sino como fenómeno colectivo. El miedo, por supuesto, también es otro caso: "La gente tiene miedo", se puede escuchar también. Resulta muy común que se esparza el miedo entre la población. El miedo colectivo no sigue la lógica de la probabilidad, sino un atajo mental mucho más simple, de esos que hablábamos en la introducción de este libro: "¿Eso nos va a dañar? Por las dudas, evitémoslo". Funciona de manera contraria a la idea de "a mí no me va a tocar" (quizás sean las dos caras de una misma moneda). Es cierto que durante la evolución, las personas que más evitaron daños percibidos (aunque inexistentes) pudieron sobrevivir más que los más racionales o escépticos. De hecho, la calidad de vida antes del siglo XIX era muy diferente y la ciencia no podía detectar riesgos como hoy, por lo que esta estrategia continuaba siendo útil. En cambio, si nos dejamos llevar solo por las intuiciones, las sociedades pueden tomar malas decisiones e incluso estigmatizar a ciertas personas o grupos.

Cuando los actores sociales empiezan a difundir una catástrofe inminente real o imaginaria, como vimos que sucede en el cuento de García Márquez, frecuentemente brotan la ansiedad y la sensación de incertidumbre. En la Argentina, la catástrofe que muchas veces se esparce es la crisis inminente.

El miedo social también paraliza. Por eso en un contexto de miedo es común que la población defienda el statu quo, el sistema establecido, aunque numerosas veces este haya tenido cierta responsabilidad en el miedo generado. Un estudio de la Universidad Duke describió cuatro situaciones comunes donde esto ocurre:

1. Amenaza al sistema: el 11 de septiembre de 2001, los estadounidenses no apoyaban a George W. Bush, pero a partir del atentado empieza a existir una visión más favorable respecto del presidente, el Congreso y la policía. En contexto de crisis, queremos pensar que el sistema funciona.

2. Dependencia del sistema: cuando nos inducen a pensar que dependemos de un sistema dado, tendemos a defenderlo.

3. Cautividad del sistema: si no nos podemos escapar del sistema, nos adaptamos. Esto sucede, por ejemplo, en las elecciones políticas: si no nos gusta el candidato X, pero, ya que lo prefiero al candidato Y y no tengo otro, empiezo a sentirme bien sobre los rasgos que antes no me gustaban.

4. Bajo control personal: cuanto más sentimos que no tenemos mucho control sobre nuestras vidas, más apoyamos sistemas y líderes que ofrecen un sentido del orden.

El miedo, como vemos, también afecta nuestra vida en sociedad. El neurocientífico de la Universidad de Nueva York, Joseph Ledoux, nos dijo en un diálogo que mantuvimos hace un tiempo para un programa de TV: “El miedo puede, definitivamente, modular las situaciones sociales. Maridos, esposas, padres y profesores usan el miedo igual que los políticos para conseguir objetivos sociales. Este no es un juicio de valor. Es justamente lo que hacemos. Sería mejor si usásemos formas menos aversivas de motivación pero precisamente porque el miedo funciona tan bien, es por defecto lo que más usamos”. Sería mejor, sin dudas, que ciertas emociones básicas positivas nos guiaran en las construcciones interpersonales y sociales de gran escala. Hay muchos ejemplos de esto en la historia y seguramente los habrá en el futuro. El miedo no moviliza, más bien todo lo contrario, encuentra su provecho en el toque de queda. Es a través del terror extremo como se construyen los sistemas autoritarios: la amenaza permanente a quienes no adscriben al mismo, el temor a la pérdida de la integridad. Esa estrategia primitiva de coerción dista mucho de lo que las sociedades modernas y democráticas mantienen como ideal.

El miedo y la crisis, asimismo, pueden funcionar como una coartada para el afianzamiento de los sistemas que construyen su poder en la necesidad permanente. Bloquean nuestros mecanismos racionales de toma de decisiones y nos hace vulnerables a quien

promete salvarnos de la amenaza. También genera desconfianza y rechazo hacia lo que nos amenaza y simpatía hacia los que prometen protegernos. Por eso muchas veces los líderes la utilizan como estrategia para alcanzar o mantenerse el poder. Se convierte, por ejemplo, en moneda de cambio para las campañas electorales. Los candidatos, en lugar de fomentar la unión y la cooperación para el bien común, buscan instalar la idea de que sus adversarios representan un riesgo futuro, el mismísimo mal. Así, alimentan la sensación de caos y desprotección posible, y, por oposición, fundamentan sus propias aptitudes. En este escenario, se intenta que las sociedades recurran a las opciones que prometen protección, pero que en realidad se alimentan de nuestro miedo. Mientras tanto, perdemos todos.

Al pensar el futuro de la Argentina, el miedo no puede ser nuestro guía. Porque este no permite el pensamiento claro y obliga a tomar decisiones abruptas e irracionales. Al miedo se lo enfrenta con información y conocimiento: comprender trae calma. Las estrategias del miedo pueden ser desarticuladas con evidencias. Necesitamos líderes lúcidos que nos ayuden a encaminarnos tras las verdaderas soluciones. Hay un tipo de miedo al que le podemos ganar con políticas públicas de seguridad ciudadana más inteligentes y efectivas. Pero hay otros que solo se superan cambiando la forma con que, como sociedad, enfrentamos nuestros problemas y desafíos. En lugar de demonizar al que piensa distinto, los líderes deberían ayudar a que nos consolidemos como la comunidad solidaria que una nación debe ser. Frente a la política del miedo debemos oponer la política de la cooperación. Que no sea el espanto nuestro motor. Que nuestra fuerza colectiva sea el deseo de un futuro mejor para todos. Es imprescindible volver muchas veces sobre esto, tenerle miedo al miedo e insistir para que no vuelva nunca más.

En el fútbol como en la vida

Muchas veces, en nuestro país, al fútbol se lo considera como una “metáfora de la vida”. Entonces las actitudes, las prácticas, las emociones y hasta las discusiones que se dan en torno a este pueden pensarse, en el fondo, como discusiones sobre los valores, las normas morales y las maneras de vivir en sociedad. Pero también como un juego que trae consigo los desafíos y los fervores que

hacen a la vida. ¿Por qué nos encenderá tanto todo esto? ¿Será verdad, entonces, como dice el personaje de Guillermo Francella en El secreto de sus ojos, el gran valor que tiene la pasión para los hinchas de fútbol?

Una de las maneras en que podríamos explicar tanta pasión (del fútbol, pero también de la política, de la religión, etc.) tiene que ver con que en torno a este deporte se desarrolla un profundo sentido de identidad. De esta manera se vería satisfecha la necesidad primitiva de sentirnos y reconocernos como parte de un colectivo. De hecho, nos definimos a nosotros mismos a partir de los grupos a los que pertenecemos (o aquellos a los que no pertenecemos). Justamente, la rivalidad entre unos y otros refuerza este sentimiento. Además, la pertenencia se expresa en símbolos como vestir la camiseta, tener la bandera del club o en los cánticos de la hinchada, por ejemplo. También se fortalecen los lazos y la conexión social al reunirse con otros como uno, familiares o amigos, para ver el partido, abrazarnos con un gol propio o embroncarnos todos juntos con uno en contra. Es decir, hay una serie de rituales que no hacen más que potenciar la afiliación a un grupo. Por su parte, la formación de una conciencia colectiva tendría un rol importante en la empatía, esa capacidad que nos hace humanos y permite entender los sentimientos y pensamientos de los demás, y responder ante ellos.

Ahora bien, es verdad que así como estos encuentros deportivos despiertan pasiones positivas, pueden desatar, también, desencuentros sociales y respuestas violentas. Mucho de eso es lo que lleva a situaciones dramáticas y vergonzantes de violencia callejera y hasta muertes en estadios de fútbol. Una muestra cabal y generalizada de esto es la disposición de que no puedan concurrir las dos hinchadas adversarias a un mismo partido desde hace varios años. Sería inadecuado simplificar la complejidad que tiene en nuestro país la violencia en el fútbol, por todos los intereses y sectores que involucra. Sin embargo, hay un estudio que puede ayudarnos a pensar en estas respuestas negativas que lamentablemente muchas veces se dan en lo que rodea a este deporte popular.

El investigador del Instituto Tecnológico de Massachusetts, Emile Bruneau, explica respecto de la violencia social que cuando

hay hostilidad entre grupos, tiene lugar una “brecha de empatía”. ¿En qué consiste? Sostiene que, a diferencia de lo que se suele suponer, la falta de empatía hacia otra persona se vincula más con el grado de identidad que se tiene con el propio grupo que con una pobre capacidad empática. Además, al propio grupo se lo caracteriza como superior y se exageran las diferencias que se tienen con los demás. Bruneau observó que en esos casos el cerebro silencia la señal empática con el fin de evitar comprender y ponernos en el lugar de ese a quien consideramos otro ajeno a los nuestros. Por eso, cuanta más identificación sesgada hay con el propio grupo, menor es la empatía hacia el otro.

La violencia representa un perjuicio general para el bienestar de los seres humanos y plantea un gran desafío para los Estados. Konrad Lorenz, fundador de la etología moderna y premio Nobel por sus estudios sobre la conducta, sostenía que en los animales la agresión está motivada por la supervivencia, mientras que en los humanos el comportamiento agresivo puede ser canalizado o modificado. La violencia nunca se manifiesta por una única causa, sino que depende de una red de factores que se conjugan.

Nuestras expresiones pueden ser moduladas e influidas por el aprendizaje y la experiencia social. Entonces, la preponderancia o no de la agresión está influida por el ambiente. Por ejemplo, en períodos de exacerbación nacionalista, un discurso corriente es que “el otro es el enemigo a exterminar”. El resultado extremo de esto son los genocidios, en los cuales se vuelve aceptable para un grupo realizar acciones criminales y para una parte amplia de la sociedad consentirlo a través del apoyo explícito, pasivo o la omisión. En otras palabras, el contexto ayudó a soltar el freno en el cerebro para la agresión. Y, como en otros órdenes, a mayor gente que hace eso, más admisible se vuelve. Además de juzgar y condenar estos crímenes, intentar entender qué hace que las personas de carne y hueso lleven adelante esta agresión plena y que una sociedad en un determinado momento lo tolere contribuye también a que no se vuelva a repetir.

Los seres humanos, en numerosas oportunidades, no podemos modificar las emociones que surgen de manera visceral pero sí trabajar para modular las consecuencias de estas emociones. Esto nos diferencia de otras especies. Es importante reiterar que la

preponderancia o no de la agresión está, entre múltiples causas, influida por el ambiente. Entonces, la educación, la cultura, las instituciones, la sanción social y las leyes pueden influir y hacer que la violencia no tenga lugar. Para que el huevo nunca llegue a ser serpiente.

La corrupción mata

"La corrupción mata" se repitió como frase descarnada después de la tragedia de la estación Once donde murieron 51 personas (y una por nacer) que solo cometieron el pecado de levantarse temprano para ir a trabajar desde el suburbio a la Ciudad de Buenos Aires, que esperaron en la estación, que viajaron apiñados como todos los días, que confiaron que ese tren descangayado al menos los depositaría en la terminal para de ahí ir corriendo y empezar el día laboral. Pero no. Crímenes a carradas llegaron. Corruptos apoltronados en un sistema corrupto generaron una vez más muertes inocentes, como todos los días generan heridas inocentes, hambres inocentes, desasosiegos inocentes.

La corrupción podría definirse, en el sentido social, como una creencia compartida, expandida y tolerada de que el uso de la función pública es para el beneficio de uno mismo, de su propia familia y amigos. En un comentario publicado en la prestigiosa revista científica Nature en 2011 por el aniversario del último terremoto devastador en Haití, Nicholas Ambraseys y Roger Bilham calcularon que el 83% de todas las muertes como resultado de derrumbes de edificios durante los últimos treinta años ocurrieron en países que padecen, según señalan también las estadísticas, los sistemas más corruptos. En un ranking de la percepción de corrupción en 175 países en los que puntuaban los propios ciudadanos, Argentina se ubicó en el puesto 107.

Como bien describe el World Development Report de 2015, la corrupción ha sido la norma social por defecto en la mayor parte de la historia. El principio de que todas las personas son iguales ante la ley ha surgido progresivamente en la historia y en muchos países es todavía una tarea pendiente. La corrupción no es excluyente de la especie humana (se han evidenciado conductas corruptas en chimpancés, abejas y hormigas). Entre los seres humanos, tampoco es excluyente del poder político (aunque la hay) ni de los empresarios prebendarios (aunque la hay) sino también de la

sociedad que a su medida, la ejerce o, al menos, tolera. Esto se ha estudiado desde la sociología y las ciencias políticas, desde la historia y el derecho.

Es importante tener en cuenta que un comportamiento humano puede tener causas al mismo tiempo biológicas, psicológicas, culturales y sociales, las cuales interactúan para influir y no son necesariamente disyuntivas. En 2014 la revista científica Frontiers in Behavioral Neuroscience publicó el resultado de un experimento en el cual se midió la conductancia de la piel, que es una medida de variación emocional general, al ofrecer una coima, recibirla o esperar para ver si se había descubierto el hecho de corrupción en el que se estaba implicado. Se simuló una subasta y se les daba a las personas la posibilidad de sobornar al subastador para obtener beneficios. Las primeras veces, podían sobornar libremente pero, luego, el perdedor podía exigir inspeccionar la operación. Entre los resultados se encontró que tanto subastadores como sobornadores eran menos corruptos cuando sabían que podían ser observados. Además, la actividad electrodérmica aumentó cuando la persona decidió de forma positiva, honesta y prosocial. La mirada del otro (o la posible mirada del otro) es la que sanciona el oportunismo. Es también la que genera en los participantes de la experiencia el miedo a ser descubiertos y la ansiedad. Por supuesto que existe otra mirada del otro posible: una mirada cómplice o complaciente, de una persona o de la sociedad que justifica la acción. Si no hay sanción social, se pierde el mecanismo de premios y castigos, se naturaliza el delito.

Mediante el estudio de nuestro comportamiento evolutivo y la resolución de dilemas morales, se observó que, sin importar cultura, edad, clase social o religión, el ser humano es corrupto por naturaleza: piensa primero en el bien propio y luego considera reglas morales y sociales; sus castigos y sus percepciones. No realizar actos de corrupción implica una actitud prosocial frente a una actitud exclusivamente en pos del bien individual. Pero, como dijimos, la ley y la mirada social influyen positivamente en nuestra conducta.

Si bien la corrupción está ligada a una decisión individual, no se trata solo de una conducta singular desviada. En otras palabras, no hay seres humanos corruptos sino una sociedad corrupta en la cual

los seres humanos (dispuestos a la corrupción) actúan. En un estudio que realizó el investigador Dan Ariely, se observó que un pequeño soborno puede tomar una influencia dramática en el comportamiento moral de un individuo. En este experimento, los participantes que recibieron un pequeño soborno pasaron luego a engañar y robar en tareas posteriores. Ese hallazgo podría tener consecuencias importantes para la comprensión de las normas sociales que conducen a la corrupción generalizada en los gobiernos, las instituciones o la sociedad. Todos los países tienen corrupción y seres humanos corruptos. La diferencia, en parte, radica en cuán tolerada es la corrupción en esa sociedad. Entrevistas cualitativas realizadas a expertos en corrupción y en distintas áreas (política, comercio exterior, industria farmacéutica y de la construcción, y el deporte) pueden arrojar una tendencia común de las organizaciones corruptas. Así lo hicieron dos psicólogos y arribaron a la conclusión de que las organizaciones corruptas se suelen autopercibir como en medio de una guerra que los hace mantener la actitud de que los fines justifican los medios. Esto tiene implicancias en los valores generales de la organización: racionalizar la falta de ética y castigar a los que no son corruptos. Si lo relacionamos con la Argentina, este marco de crisis en el que parecemos estar inmersos permanentemente es una de las excusas sobresalientes, ya que priman las decisiones de corto plazo y el individualismo. La crisis actúa como el bosque que tapa el árbol, es decir, el detalle de la corrupción frente a la zozobra general. Pero no, la corrupción no es un detalle, es propulsora y protagonista de la crisis. La crisis es coartada del corrupto. Una más.

El informe “Mente, Sociedad y Conducta” elaborado por el Banco Mundial menciona que en países donde la corrupción es una norma aceptada y no hay castigo ni sanción social para esta conducta, se puede llegar al extremo de que parte de la sociedad no respete e incluso se burle del funcionario honesto. A su vez, muchas de esas personas, que en forma privada critican la corrupción, no se rebelan contra el sistema para no ser aislados y tildados como “diferentes”. Hay situaciones en las que aun policías fueron castigados (por sus colegas y por su entorno social) a causa de no aceptar sobornos, ser honestos y violar la norma establecida. En ese mismo informe se describe cómo personas de países con alto índice

de corrupción que tienen inmunidad diplomática en Nueva York, y debido a esta situación no deben pagar multas de tránsito, tienen más infracciones que diplomáticos que provienen de países con menor índice. Esto aporta evidencia a la idea de que la corrupción, en parte, es influenciada por normas sociales internalizadas. No hay transformación sin leyes, sin castigo y sin sanción social. En una investigación que realizó la Universidad de Palermo sobre la manera en la que los argentinos consideran que se consigue el ascenso social, los resultados encontrados fueron tristemente sorprendentes: para el 24% de la población, el ascenso socioeconómico se logra a través del fraude o la corrupción; en segundo lugar, debido a herencia familiar (21%) y solo el 16% a la educación y el 13% a través del esfuerzo. Lo impactante, también, es que si el corte se hace por los más jóvenes, los resultados son todavía más alarmantes.

Se han hecho diversos experimentos para mostrar bajo qué circunstancias las personas se muestran mejor predispuestas a actuar en beneficio del bien común (como, por ejemplo, cuando pagan los impuestos) y bajo qué circunstancias actúan de modo más egoísta. Un tipo de tarea experimental que se usa es el “juego de los bienes públicos”. Un ejemplo de este juego sería que personas en un grupo reciban 100 pesos cada uno y pueden decidir cuánto quieren poner secretamente en un pozo común que será duplicado por el administrador. Es decir, si hay diez jugadores y todos ponen 100, el total será 1000, se duplicará (2000) y cada uno recibirá 200. Sin embargo, si una persona no pone nada al pozo común y el resto pone sus 100, esta persona recibirá más dinero (sus 100 originales sumado a la repartición del doble de lo que puso el resto). Un típico vivo. Cuando se juega más de una ronda, los jugadores empiezan a descubrir que no todos están poniendo lo que podrían poner y se están beneficiando a costa del resto (ya que la repartición final podría ser mayor). Por lo tanto, ellos mismos dejan de aportar tanto. El resultado es que la actitud egoísta de pocos contagia a los que originalmente más cooperaban. Y, al final del juego, impacta negativamente sobre todos.

La cooperación se suele dar cuando las personas sienten que si ayudan, van a recibir algo a cambio, aunque sea en un futuro lejano (concepto clave para el pago de impuestos en relación con los

beneficios en salud, educación, seguridad, etc.). También ocurre cuando las personas se sienten observadas. Esto sucede hasta con una foto de unos ojos, que en una plaza muestran aumentar la cantidad de recolección de desechos de los perros o en una oficina, hace crecer la cantidad de donaciones para el café. Nuestro cerebro responde automáticamente a la mirada del otro, sea real o artificial, producto de la evolución. Que nos reconozcan por una actitud altruista nos hace sentir bien a nosotros, pero también trae beneficios a todos.

No es inevitable la corrupción ni los argentinos somos así fatalmente. Pero sin castigo, ejemplos y sanción social la corrupción puede convertirse en norma establecida. No hay excusas ni tiempos que la apañen. Tenemos que comprenderlo y ser mejores para nosotros y para nuestra comunidad. Debemos estar convencidos y convencer. Y para eso será bueno repetirlo en cada libro, en cada nota de un diario, en cada foro, en cada sobremesa: la corrupción es un crimen.

Mal pero acostumbrados

El soldado Aníbal Gutiérrez aparece por primera vez en escena apretando un extremo de la granada con el pulgar. Cuando el Teniente le pregunta qué le pasa, él responde, lloriqueando, que se rompió "ese cosito que sobresale, saltó por el aire y ahora... no queda más que el resorte, sabe, y en cuanto levanto el dedo, volamos todos". Tal consecuencia del accidente es el meollo de una de las obras dramáticas escritas por el escritor y periodista argentino Rodolfo Walsh: "La granada". Para remediar (o compadecer) dicha situación, los superiores convocan a Fusille, un técnico en explosivos. El diálogo entre ellos es disparatado y profundo, sobre todo cuando el soldado le pregunta: "¿Cómo voy a vivir así?", y Fusille le responde: "Se acostumbrará, soldado, si realmente quiere vivir. El hombre se acostumbra".

Como dijimos, los argentinos solemos pensar que vivimos en crisis permanentemente. Una consecuencia de esto es que estas crisis periódicas cada vez impactan menos en nuestro comportamiento. "Estamos acostumbrados", nos decimos. A su vez, nos sorprendemos cuando observamos las reacciones extremas que se producen en otros lados del mundo. Tampoco nos sorprenden la corrupción, la falta de reglas ni la desigualdad. "Estamos

acostumbrados", repetimos.

Los seres humanos compartimos con el resto de los animales la capacidad de adaptarnos a los diferentes cambios que van ocurriendo a nuestro alrededor. Uno de los mecanismos que lo permite es la llamada "habituación", que consiste en la disminución de una respuesta ante la presencia repetida de un determinado estímulo. Una situación que experimentamos frecuentemente, por ejemplo, es el acostumbramiento a sonidos molestos. Si en el lugar de trabajo nuestra computadora comienza a hacer ruido, nos va a fastidiar al principio, pero luego de un tiempo probablemente no solo nos deje de causar molestias, sino que incluso lo dejemos de percibir.

La habituación representa una de las formas más elementales de aprendizaje. Se basa en asimilar que un estímulo no es importante porque no tiene consecuencias que necesiten consideración. Nos permite enfocarnos eliminando las respuestas a elementos irrelevantes del medio. Se seguirá generando una respuesta ante los cambios novedosos producidos por otros estímulos. Una de las características principales de la habituación se relaciona con la intensidad de los estímulos.

Cuanto menos intenso es el estímulo (por ejemplo, el ruido del aire acondicionado), el acostumbramiento se genera más rápido. Pero si la intensidad del estímulo es demasiada, es posible que nunca se genere la habituación (por ejemplo, un dolor de muelas). Otro aspecto consiste en que si luego de la habituación, el estímulo deja de producirse, la respuesta se recupera al menos en forma parcial cuando reaparece (cuando se prende el aire acondicionado después de haberse apagado, lo volvemos a percibir). También podemos mencionar que si esta recuperación de la respuesta espontánea sucede repetidas veces, se potencia el proceso de habituación y se realiza más rápidamente.

Diversos estudios de la psicología cognitiva han desarrollado investigaciones sobre el mecanismo de habituación a nivel psicológico. En este campo se conoce como "efecto de habituación" a los cambios en el estado de ánimo producto de la acción compensadora que genera nuestro organismo para recuperar cierto equilibrio frente a novedades que ocurren en el contexto. Y, de esa manera, podemos volver a sentirnos cómodos hasta reaccionar

nuevamente cuando sucedan cambios significativos. Los argentinos nos habituamos al estado de crisis debido a su repetición y en ese estado de confusión permanente, naturalizamos la anomalía: corrupción, desigualdad, deshonra. Quizás nos venga bien un período estable para no habituarnos tanto y prestarle suficiente atención. O, si la paz no llega, saber forzar los ojos para mirar con extrañeza. Así lo explica Fusille, el experto en explosivos de la obra de Rodolfo Walsh, en su diálogo con el soldado de la granada:

Soldado: ¡Qué oficio raro el suyo!

Fusille: A mí ya no me parece raro.

Soldado: ¿Pero no tiene miedo?

Fusille: Tengo, pero también un miedo ritual, un miedo muerto. Aquel maravilloso miedo del principio, ya no lo puedo sentir. Los explosivos, bah... Si apareciera un león, sería diferente.

Capítulo 3

Una comunidad que se organiza

En una reunión de amigos, en una ronda de negocios o en un encuentro amoroso, seguramente cada una de las personas involucradas se preguntará, en algún momento, qué estará pensando el otro. Y se interroga eso porque está convencido de que el otro está pensando algo y que es independiente de lo que piensa él.

Aquí me permitiré una digresión científica porque esta, como tantas otras disciplinas de la ciencia y de la calle, sirven como instrumento para pensar y hacer una comunidad como la Argentina. El estudio sobre la cognición social tiene sus raíces en la psicología social, disciplina que procura entender y explicar cómo los pensamientos, las sensaciones y el comportamiento del individuo se ven influenciados por la presencia, ya sea real o imaginaria, de otras personas. Estudia al individuo dentro de un contexto social y cultural, y se centra en cómo la gente percibe, atiende, recuerda y piensa sobre otros, lo cual involucra un procesamiento emocional y motivacional.

La cognición social incluye diversos procesos cognitivos, tales como la "teoría de la mente", la empatía, el reconocimiento de expresiones faciales, el procesamiento de emociones, el juicio moral y la toma de decisiones. Dado que la conducta social tiene demandas únicas, se tiende a pensar que posee sistemas cerebrales especializados. La conducta social requiere de una identificación muy rápida de los estímulos y signos sociales (tales como el reconocimiento de las personas y su disposición hacia nosotros), una importante y necesaria integridad de la memoria (para recordar quién es amigo y quién no lo es en base a nuestra experiencia), una rápida anticipación de la conducta de los otros, y la generación de múltiples evaluaciones comparativas. Por otro lado, los desafíos cognitivos requeridos para la interacción social parecen ser

diferentes de aquellos requeridos para los objetos (no humanos).

Las neurociencias denominan “teoría de la mente” a la capacidad de inferir los estados mentales de otras personas –incluyendo sus intenciones y sentimientos– y se trata de una habilidad universal que subyace a nuestra capacidad de interactuar en sociedad. La teoría de la mente es un componente central de la empatía y, dado que es una habilidad que favorece la adaptación, se supone que ha evolucionado a partir de la selección natural. Como dijimos, para los seres humanos, así como para muchas otras especies animales, la supervivencia depende en gran medida de un funcionamiento social efectivo. Las habilidades sociales facilitan nuestro sustento y protección, y aquellos individuos que son sociablemente más adaptados tienden a ser más sanos y a sobrevivir más.

Como seres humanos, cuando interactuamos, primero reconocemos que quien está enfrente es otra persona, distinta de uno mismo y con un estado psicológico interno diferente, que acciona con base en sus propias metas y que dichas metas y creencias pueden diferir de nuestras propias perspectivas acerca del mundo. A partir de allí, debemos intuir las motivaciones internas, los sentimientos y las creencias que subyacen a su conducta considerando, además, que los estados mentales de cada individuo se enmarcan en características más estables de la personalidad. Una vez comprendido esto, debemos ser capaces de comparar la perspectiva propia con la ajena. Finalmente, uno debe tener en cuenta cómo es que nuestra conducta incide sobre la de la otra persona, tanto para actuar de una manera socialmente apropiada como para intentar persuadir o influenciar el estado mental del otro. La cognición social se relaciona con el resto de las capacidades con el objetivo último de guiar nuestra vida en sociedad, con estrategias a veces involuntarias y automáticas y muchas veces debajo de los niveles de nuestra conciencia.

La teoría de la mente puede subdividirse en dimensiones cognitivas y afectivas. La dimensión cognitiva se refiere al conocimiento que tenemos acerca de los pensamientos de los demás, considerando la capacidad de comprender que las creencias de otros pueden diferir de las propias. La dimensión afectiva, por su parte, incluye la capacidad de comprender lo que el otro está

sintiendo o de comprender cómo se sentiría frente a determinada situación. Se ha sugerido, por ejemplo, que aquellas personas con rasgos antisociales presentan intacta la dimensión cognitiva de la teoría de la mente mientras que fallan en la afectiva.

La empatía, por su parte, podría definirse como una respuesta afectiva hacia otras personas, que puede (o no) requerir la posibilidad de compartir su estado emocional. Implica además la capacidad cognitiva de comprender el de otros y regular nuestra propia respuesta emocional.

El psicólogo Simon Baron Cohen, de la Universidad de Cambridge, propone que la empatía ocurre cuando somos capaces de suspender nuestro foco atencional único, o sea, nuestra propia mente, para adoptar un foco atencional doble teniendo en cuenta la mente de la otra persona al mismo tiempo que la nuestra. Cuando pensamos solamente en nuestra propia mente, la empatía desaparece; cuando nos focalizamos en la mente e intereses del otro conjuntamente con la nuestra, la empatía se enciende. Para que el proceso de la empatía se complete, es necesario, además de identificar lo que otra persona siente o piensa, dar una respuesta acorde a sus pensamientos y sentimientos con una emoción apropiada. Esto sugiere que existirían dos etapas: reconocer y responder. Ambas serían necesarias, ya que reconocer sin reaccionar no es suficiente.

Somos capaces de sentir el dolor ajeno. Esta respuesta frente al padecimiento del otro acarrea consecuencias positivas para las sociedades. Las personas van a acudir en ayuda de quienes estén transitando una situación dolorosa, especialmente, si se trata de un acontecimiento cercano, que viven a través de la experiencia directa o en forma indirecta mediante imágenes de televisión y de los periódicos.

El avance en el conocimiento de los procesos de la teoría de la mente y de la empatía resulta fundamental para contribuir al bienestar social. Michael Gazzaniga, de la Universidad de California en Santa Bárbara, es considerado el fundador del campo de las neurociencias cognitivas. En una conversación que tuvimos hace un tiempo, realizó una interesante reflexión sobre los alcances y la importancia de los estudios sobre el conocimiento del cerebro social: “Lo que hacemos los humanos la mayor parte del tiempo es

pensar sobre procesos sociales, es decir, sobre nuestra familia, sobre el colegio, sobre nuestros amigos, sobre cuáles son las intenciones de las otras personas hacia nosotros. No andamos por ahí pensando en problemas complicados".

Como dijimos, estos conceptos ligados a las neurociencias sociales también pueden resultar claves para abordar cuestiones políticas e institucionales. Después de todo, si alcanzamos a desarrollar de manera creciente nuestra experiencia empática para con nuestra comunidad, es probable que lleguemos a comprender lo que piensa el otro, sentir lo que siente el otro y convivir así más pacíficamente. Pensar una comunidad es pensar en esto. Construir un país es practicarlo. Asimismo, nos sirven para poder dar cuenta de procesos históricos. Una de las claves del liderazgo es la capacidad de entender al otro, poder inferir lo que sienten y piensan los demás. Grandes líderes en nuestro país y en el mundo son inmensos exponentes que lograron transformaciones sociales a través de convicciones enérgicas. El mundo no es igual porque ellos comprendieron cuál era el deseo de los demás. Así orientaron sus pasos en la búsqueda de la justicia, del desarrollo y de la libertad. Y somos mejores por eso. Los verdaderos líderes tienen la capacidad de representar los deseos colectivos, guiarlos, absorber la esperanza de su prójimo y devolverla amplificada en gestas sociales. Son cabales ejemplos de líderes concebidos por sus contemporáneos, modelos de seres humanos que forjaron sueños y los transformaron en futuro. Si hay un denominador común entre esos próceres de nuestra reciente historia es el eminente valor de su cerebro social, la eficaz conexión con tantos otros: su pueblo.

Solidarios por naturaleza

Atravesamos nuestras vidas interactuando con otros miembros de la comunidad. Muchas veces requerimos su ayuda. Otras tantas, somos nosotros quienes se la facilitamos. Ayudamos a nuestros semejantes y son ellos quienes nos ayudan a andar.

Se cree que las conductas cooperativas jugaron evolutivamente un papel importante en el desarrollo de la cohesión de grupos sociales, lo que permitió que grupos con un número mayor de individuos no relacionados genéticamente se establecieran y rigieran por normas comunes.

La multiplicidad de factores que influyen en nuestra conducta

cooperativa no está limitada a aspectos biológicos y genéticamente predeterminados. Se ha observado en estudios transculturales, en los cuales se consideran comunidades con distintos tamaños poblacionales, que factores diversos tales como las creencias religiosas o el grado de integración socioeconómica impactan en la forma en que cooperamos. Por ejemplo, miembros de poblaciones de menor tamaño están mucho más predispuestos a juzgar negativamente a alguien que realiza una oferta injusta que miembros de comunidades más grandes. Esto demuestra que la cooperación en seres humanos es una verdadera suma de genética, biología, ambiente y cultura.

Pero si la cooperación es un elemento, tanto en su aspecto biológico como cultural, eminentemente ¿por qué, a veces, no cooperamos? Quizá podamos ligar esta necesidad de respuesta a estudios neurocientíficos que se han desarrollado sobre otras cuestiones centrales. Una investigación realizada por el científico argentino Agustín Ibáñez demostró que el cerebro detecta en 170 milisegundos si un rostro integra o no el propio grupo de pertenencia y lo valora positiva o negativamente mucho antes de que seamos conscientes de ello. Esta investigación revela que los procesos asociados a la discriminación y al prejuicio son automáticos y muchas veces pueden primar sobre otros mecanismos mentales.

Podríamos plantear otros estudios que intenten esgrimir una respuesta sobre por qué, a veces, no cooperamos. Pero quizás resulte más relevante reflexionar sobre sus consecuencias. La falta de cooperación impacta negativamente sobre el individuo a quien hubiese ido destinada la acción solidaria, sobre quien no fue solidario y también sobre todo el sistema social. La comunidad, para ser tal, se construye a partir de la idea de cooperación. Por ende, cuando existen acciones que reniegan de las conductas solidarias, el sistema se resquebraja. Se rompe esa dinámica del hoy por ti, mañana por mí.

A propósito de este refrán, podemos ilustrar esta práctica social de la cooperación a partir de la organización compleja que actualmente conforman las comunidades organizadas políticamente en Estados. En nuestras sociedades, son los adultos los que sostenemos (y así debe ser) la educación de los menores a través de

las escuelas y el bienestar de los mayores a través de las jubilaciones y las pensiones. Pero es en este sentido y en este marco que la ideología de la cooperación establece alianzas fundamentales con otras habilidades humanas como la creatividad y la capacidad de organización. Solo de esta manera se puede lograr un eficaz sistema de cooperación de gran alcance.

El carácter de solidaridad, como dice un famoso poema de César Vallejo, echa a andar a las personas y a las comunidades. La falta de esta lleva a hacernos reflexionar sobre el por qué se procede de esta manera si somos seres propensos al bien común. En las grandes sociedades como las que nos toca vivir, la cooperación puede ser directa (hacia nuestro semejante próximo) o mediada, a través de las instituciones. Sobre todo para esta última, también a la cooperación hay que ayudarla.

Una inteligencia de patas cortas

En nuestro país existe una rara calificación que se utiliza para darnos corte de cierta cualidad excepcional: la viveza criolla. Quizá la más ajustada descripción para este carácter sea la capacidad intuitiva e inmediata para darse cuenta de cómo son las cosas, para tomar decisiones a partir de eso y para, así, sacar ventaja por sobre los demás. Justamente, referido a esto último, resulta extraño que esta actitud sea pensada como una acción que impactará favorablemente por sobre un universo colectivo. La llamada "viveza criolla", entonces, refiere a la cualidad de una persona capaz de encontrar y tomar atajos para llegar a su meta antes que los otros.

A propósito de atajo, entre sus acepciones, la más conocida es aquella que representa la abreviación del camino en sí. Pero hay una, ligada a una práctica específica como es la esgrima, que se define como una "treta para herir al adversario por el camino más corto esquivando la defensa". Eso mismo parece ser lo preponderante de la viveza criolla: cómo hacer algo de la manera más sencilla posible sin que exista resistencia, porque el otro no lo esperaba o porque se comió todos los amagues. Justamente, el amague es una impostura, parecer una cosa y ser la otra, engañar. La viveza criolla encuentra su arma principal ahí mismo: en el engaño.

Lo primero que podríamos preguntarnos es si verdaderamente la viveza es criolla. Debemos decir que el arte del engaño no es

diferencialmente argentino ni de otra nacionalidad o cultura en particular, sino, más bien, común a la especie humana.

Desde el punto de vista de nuestro funcionamiento cognitivo, sorprendentemente, mentir es un proceso muy complejo y exigente. Ocultar o exagerar la verdad, inventar una excusa o perpetrar un engaño no son tareas sencillas. Mentir implica, aunque parezca curioso, un esfuerzo mucho mayor que decir la verdad. La viveza criolla, entonces, tan emparentada con el arte del engaño, no es un valor que está ligado a la falta de esfuerzo, sino a la falta de escrúpulos. Muchas veces se considera vivo al que no quiere trabajar y busca las mil y una tretas para lograrlo.

Pero, si lo pensamos bien, esa búsqueda probablemente le haya ocupado más energía que el cumplimiento responsable de su tarea. El vivo puede tener una actuación doblemente engañosa (el engaño del engaño). A menudo imaginamos la idea de la mentira relacionada con otra persona. Pero también uno puede mentirse a sí mismo. Las formas más comunes de engañarse a sí mismo tienen que ver con la racionalización de una situación para convencerse de que una mentira es verdad, con atender intencionalmente a solo una parte de la información disponible y negar otra o con alterar ciertos detalles de los recuerdos. Estos autoengaños pueden tener varias ventajas, una de las cuales es que evitan poner en funcionamiento todas aquellas capacidades complejas que demandaban tanto gasto de energía durante el estado previo. Además, si se cree en aquello que no es cierto, muy probablemente será mucho más fácil convencer a otra persona. Incluso, el autoengaño puede ayudar a convencerse a sí mismo de que se es mejor.

Todo esto nos lleva a formularnos una segunda pregunta: ¿es la viveza criolla verdaderamente una viveza? Más allá de que las definiciones que podamos dar sobre la inteligencia son variadas, expongamos dos en particular: una tiene que ver con la eficaz adaptación al medio y, la otra, con generar soluciones novedosas a los problemas. Asimismo, como dijimos, cuando uno trabaja con otros, la inteligencia individual se expande. El vivo representa entonces una versión rudimentaria del inteligente, ya que se adapta al medio y logra un truco eficaz. Como expresó Marco Denevi, el autor de la célebre novela Rosaura a las diez, viveza es “la

habilidad mental para manejar los efectos de un problema sin resolver el problema". Logra, en realidad, una ventaja inmediata y de corto plazo, una victoria pírrica. La viveza es una inteligencia de patas cortas.

Pongamos un ejemplo cotidiano del paisaje argentino: se produce un embotellamiento en una de nuestras derruidas rutas, todos los automovilistas se ponen nerviosos por el tiempo de espera y el vivo aparece transitando por la banquina, lo que le permite eludir su propio trastorno a costa de uno mayor del de los demás. Primera cuestión a considerar: esa acción está prohibida por las normas públicas porque no es el uso adecuado ni conveniente de la banquina y probablemente genere un accidente para sí mismo, para otro o la imposibilidad de circulación de alguien que realmente lo necesite; segunda cuestión: en algún momento ese auto que se adelantó va a necesitar volver a entrar a la ruta y va a generar un nuevo y mayor perjuicio para los otros que se quedaron esperando. Como decía Denevi, el vivo no buscó una solución duradera y colectiva del problema, sino un atajo para lograr su solución mezquina.

Veamos otro ejemplo parecido (pero peor): en medio de un tránsito dificultoso por una avenida, una ambulancia se abre camino con su sirena. Los autos dan paso para que la emergencia pueda ser atendida. Pero, detrás de la ambulancia, el vivo se cuela aprovechando el camino que abre la desgracia ajena. Como se ve, la viveza suele estar teñida de caranchismo.

Muchos investigadores postulan que una de las características que presionaron evolutivamente para hacer del cerebro humano algo tan complejo es la capacidad de engaño. Ahora bien, esta capacidad natural, como tantas otras, puede entrar en conflicto con otras capacidades también muy humanas: la moral, por ejemplo, pero también la calidad de la interacción con el otro o la de ver el largo plazo.

Tenemos una responsabilidad colectiva sobre esto y es bueno reflexionar sobre nuestra manera de ser y de actuar. Muchas veces nuestra sociedad considera una virtud preponderante en un líder la viveza de trampear las reglas, decir una cosa y actuar de la manera contraria, provocar y aprovechar la zancadilla del oponente. La Argentina de la viveza criolla se vuelve dramáticamente

representada desde hace décadas en el diputrucho, en el despilfarro, en la evasión de impuestos y el posterior y recurrente blanqueo, en el uso clientelar del Estado, en la vista gorda a la corrupción cuando hay un veranito económico, en el hambre en un país que genera alimentos para varias Argentinas, en el desmedro del talento, del esfuerzo, del conocimiento. Quizá, como los países desarrollados e igualitarios, debamos usar más las funciones ejecutivas para afrontar transformaciones sustanciales de largo aliento: la educación de calidad y las discusiones de grandes problemas que tienen que ver con el progreso. O considerar una auténtica virtud las inteligencias criollas como las de Sarmiento, Moreau de Justo, Houssay, Leloir, Milstein, Grierson, Storni, Borges y Favaloro, entre tantos otros. O las de los inmigrantes que construyeron con su sudor el futuro, las de los hombres y mujeres argentinas que todos los días se levantan a la madrugada para llevar a sus hijos a la escuela e irse a trabajar por ellos, por su familia y por su patria.

Claro que los argentinos debemos ser vivos de verdad, es decir, una comunidad integrada que actúa con la inteligencia de saber que el mejor destino está al pensarnos ahora y en el futuro el uno con el otro.

Los bienes comunes

Existe una parábola de 1968 que se tituló “La tragedia de los bienes comunes” y fue popularizada por el ecologista Garrett Hardin en base al trabajo del economista William Forster Lloyd en el siglo XIX. Cuenta la situación de una aldea rodeada de prados en la que diversos pastores ponen a pastar su ganado. A cada uno esto le conviene en lo inmediato, ya que se trata de buen alimento que está próximo. Pero todos saben que esto no se sostiene a largo plazo porque la pradera se dañará por el sobrepastoreo: eso que es bueno en lo breve para cada persona, se vuelve malo a lo largo del tiempo para el conjunto de los pastores. Este relato ilustra situaciones en las que el interés individual va en detrimento del interés colectivo sostenido, y resalta así el conflicto entre el egoísmo y la cooperación.

La generación indiscriminada de residuos en los hogares y las industrias, el gasto excesivo de recursos naturales como el agua, el uso de automóviles particulares en detrimento del transporte público son algunos de los ejemplos en los que lo privado y lo

inmediato prima sobre lo general y lo mediato. Garrett Hardin ha sugerido que muchos de estos problemas no tienen una solución técnica. Siguiendo con la metáfora, la tragedia de los bienes comunes no se soluciona con más prados, sino con actitudes que prevean acuerdos que involucren a las partes. Justamente por eso son fundamentales las instituciones y las leyes, que trascienden a las personas, a la coyuntura y a las arbitrariedades, y que sirven (o deben servir) para equilibrar los intereses individuales y los colectivos. La alternativa a esta tragedia de los comunes no tiene por qué ser perfecta, pero sí se debe elegir por la mejor opción. Porque esta decisión frente a una realidad que lleva a una situación perjudicial para el conjunto debe tomarse, y muchas veces se prolonga porque se espera dar con una solución inmejorable. Pero es importante entender que mientras no se toman decisiones sobre esta tragedia, se está perpetuando la situación.

Múltiples factores influyen en la decisión de cooperar o no, como la reciprocidad, la equidad, el estatus y las jerarquías sociales, y emociones sociales como la empatía y la culpa. Incluso, una hipótesis sostiene que la cooperación es inherentemente "reforzante". En otras palabras, se ha sugerido que, aunque implique un costo en el presente o una ganancia material en el futuro, el acto de cooperar en sí mismo representa una ventaja psicológica inmediata.

Muchas veces se toman las leyes, los acuerdos y las instituciones como elementos que traban el desarrollo, sin embargo, más bien, cumplen (o deben cumplir) el rol de garantizar un mejor presente y un mejor porvenir para todos. El diseño de políticas públicas debe enfocarse tanto en la administración de los recursos como en los factores psicológicos que potencian o merman la conducta cooperativa. Tener en cuenta esto podría contribuir para evitar la tragedia de los comunes y favorecer el desarrollo y la equidad de las comunidades.

El bien común

Hemos escuchado a lo largo de tanto tiempo que lo que se requiere para la Argentina, al fin y al cabo, es un "verdadero proyecto de país". Parece lógico, hasta obvio para cualquier comunidad. El problema es que muchas veces solo se lo concibe como la mera suma de proyectos particulares entramados a partir

de la promoción individual de incentivos o castigos. Lo que no se tiene en cuenta es que la mayor eficacia para conseguir logros comunes reside, más bien, en los propósitos colectivos.

Las motivaciones son fundamentales para dar forma a la conducta en entornos grupales e institucionales. Las personas nos movemos por metas y objetivos que van más allá de buscar ganancias y evitar pérdidas materiales.

En los grupos humanos se dan diversos mecanismos sociales que proveen metas o razones por las que las personas tomamos decisiones. Algunos tienen que ver con actitudes, es decir, predisposiciones internas que nos mueven a involucrarnos en acciones que valoramos como favorables y nos despiertan sentimientos positivos; valores sociales, es decir, sentimiento de obligación y responsabilidad hacia los demás; identidad (deseo de mantener un sentido positivo de uno mismo) o la llamada "justicia procedural" (vinculada al trato a los demás). La motivación común es clave para moldear las interacciones en entornos grupales y cambiarlas de hostiles a cooperativas.

El equilibrio entre cooperar o competir es muy frágil. Una sociedad en la que sus integrantes viven privilegiando sus intereses particulares en desmedro de los ajenos no deja lugar para el trabajo en conjunto. Y los humanos no podemos vivir aislados. Nuestra supervivencia está atada a saber cooperar, confiar en los demás.

Claro que las motivaciones sociales se relacionan con las instrumentales, pero son muy diferentes en el sentido y en los resultados. Mientras que estas últimas se asocian con ganancias y pérdidas materiales, las sociales se vinculan con aspectos intangibles. Asimismo, ejercen una influencia distinta sobre la conducta de cooperación, ya que tienden a ser más consistentes en distintas situaciones y persistentes en el tiempo.

Debemos comprender que, muchas veces, los incentivos y sanciones suelen tener un impacto débil en la conducta. No siempre son efectivos en motivarla, especialmente cuando se requieren soluciones creativas e innovadoras. Incluso demandan un continuo gasto de recursos que podrían invertirse en otros fines. Además, son poco efectivas cuando más se las necesita (justamente, en períodos de crisis como el que estamos viviendo). En cambio, las motivaciones sociales son menos costosas y más poderosas.

La manera de actuar de cada uno puede (o no) ser beneficiosa para el bien común. Por eso, además de la buena voluntad particular, son necesarias instituciones que busquen conciliar el interés individual y los intereses colectivos. En este sentido, Jean Tirole, premio Nobel de Economía y autor de La economía del bien común, sostiene que el mercado debe incorporar las cuestiones morales e incita a pensar acerca del bien común como aquella aspiración social colectiva, aquellas metas que nos unen como sociedad y que más allá de cualquier interés egoísta individual, ideología política o religión no podrían ser puestos en discusión desde un punto de vista general. Según Tirole, la economía –así como otras ciencias– debe aportar a mejorar las condiciones de vida y las oportunidades para todos, englobando las dimensiones tanto individual como colectiva en sus análisis. El Papa Francisco, asimismo, convoca a todas las sociedades a terminar con lo que llama la "economía de la exclusión y la inequidad", un sistema injusto que percibe a las personas como un bien de consumo más, desechable, sustituible.

¿Cómo podemos naturalizar que haya niños que no tengan lo necesario para el desayuno de cada mañana, que haya personas en nuestras ciudades que pasen frío en la intemperie de la noche porque no tienen casa donde abrigarse, que nuestros ancianos no tengan la medicación imprescindible para tratarse? Una comunidad se construye sobre la base de la cooperación y la empatía. Por eso debemos comprender lo que le pasa al que sufre, pero también debe dolernos como si nos pasara a nosotros mismos. Y actuar en consecuencia.

Las motivaciones sociales tienen fundamentales implicancias para las políticas públicas. Cuando el diseño de las organizaciones e instituciones no es consistente con los verdaderos propósitos de sus miembros, lo más probable es que tengan dificultades para lograr sus objetivos. Aunque resulta evidente, siempre es bueno recordar que la conducta de las personas determina la viabilidad y el funcionamiento de los grupos que conforman.

Un enfoque que considera esto nos aleja de la idea de una autoridad escindida del colectivo y nos acerca a entendernos y responsabilizarnos como personas que actuamos organizadamente en respuesta a nuestras propias necesidades y preocupaciones.

Muchas veces se desconsideran estas estrategias porque se trata de caminos largos, que se andan de a poco y a partir de consensos de los que no piensan del todo igual, donde no hay iluminados que dicen “es así” y es así.

Para construir organizaciones basadas en motivaciones colectivas, alineadas con los sentidos de quienes las integran, se necesita una estrategia común a largo plazo. Si se logra, no hay planes trasnochados ni turbulencias en el camino que detengan su paso.

La felicidad como bandera

La Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó hace algún tiempo una resolución invitando a los países miembros a medir la felicidad de sus pueblos y a usar estos datos para guiar sus políticas públicas. Pero ¿de qué hablará cuando habla de felicidad? En caso de que podamos definirla, ¿exitirán claves precisas para alcanzarla? ¿De qué factores depende ser feliz? ¿Cómo influyen los otros en nuestra felicidad? ¿Qué hacemos nosotros por la felicidad de los demás? Estas preguntas aparecen en reflexiones evidentes o implícitas, porque nos pasamos la vida, de una u otra manera, intentando alcanzarla. Toda decisión que, por ejemplo, tomamos como padres para con nuestros hijos, constituye un medio para lograr aquello que podría sintetizarse en el deseo de que sean felices.

Esta palabra, “felicidad”, forma parte del repertorio cotidiano y representa un elemento central para el sentido de existencia de las personas, las familias, las comunidades y los países, que no ha sido aún abordado cabalmente por ciertas disciplinas. Es que existen críticos que argumentan que la felicidad es un concepto amplio y vago y, por lo tanto, dudan de que alguien pueda medir la felicidad científicamente o que puedan estar implicadas en las políticas públicas. La reflexión respecto de la felicidad como componente integral de la existencia del ser humano nos remonta a los tiempos de Aristóteles, que ya intentaba determinar e identificar los distintos aspectos que hacen a este concepto. Por supuesto también fue tomado por la literatura y la religión. El concepto de la felicidad ha penetrado en el campo de la política a partir de que el rey de Bután, Jigme Singye Wangchuck, en 1972 desarrolló el concepto de Felicidad Nacional Bruta (FNB) como respuesta a las críticas

recibidas sobre la constante pobreza económica de ese país, cuya cultura estaba basada principalmente en cuestiones espirituales. La FNB define la calidad de vida en términos más holísticos y psicológicos que el conocido Producto Bruto Interno (PBI). En todo caso, el incremento del PBI representaría solo un peldaño para lograr el crecimiento del FNB. En 2008 el entonces presidente francés Nicolás Sarkozy encargó un estudio, liderado por dos premios Nobel de Economía, Joseph Stiglitz y Amartya Sen, para analizar alternativas de medidas más amplias de satisfacción que el PBI nacional. Por su parte, también David Cameron anunció oportunamente que el gobierno británico empezaría a recoger datos sobre el bienestar de la población.

La psicóloga Sonja Lyubomirsky, especialista mundial sobre el tema, afirma que la felicidad es la experiencia de alegría, satisfacción o bienestar positiva en combinación con una sensación de que la vida de uno es buena, que tiene significado y que vale la pena vivirla. Científicos ingleses, a su vez, formularon una ecuación matemática con el objetivo de predecir los niveles de felicidad de las personas. También se han diseñado encuestas que intentan, a partir de escalas numéricas, calcular tanto individual como socialmente un índice de bienestar. Esto fue lo que investigadores de nuestro país implementaron para estudiar qué tan felices y satisfechos con la vida los argentinos nos percibimos a nosotros mismos. En el informe de 2015, estos investigadores de la Universidad de Palermo observaron que un 84% de los encuestados se mostraron como personas felices (es decir, una amplia mayoría). Entre los factores que fueron valorados como importantes para el bienestar se mencionó la familia, los amigos y la pareja. La tasa de satisfacción baja cuando se evalúa la situación económica y laboral. Aunque resulte contradictorio con esto último, nadie declaró que el dinero es un factor de impacto para tener la felicidad. Sin embargo, cuando se analiza detalladamente los datos de las personas que se perciben infelices, la falta de recursos tiene un peso considerable.

Otra variable muy importante para comprender y asimilar los niveles de satisfacción es la edad. A partir de esto, investigadores de diferentes lugares del mundo han descripto lo que ellos llamaron “el ciclo de la felicidad”. Este ciclo, según cómo se perciben las personas en cada etapa de la vida, puede representarse como una

letra U, correspondiendo a los extremos los niveles de mayor felicidad. Si este gráfico acompaña el desarrollo de nuestra vida, vemos que tanto la infancia y primera juventud como, sorprendentemente, la vejez son los momentos más felices. Asimismo, que los mayores índices de infelicidad se dan en la mediana edad (ligado a las preocupaciones laborales, al desarrollo profesional, a la búsqueda del estatus social, a las múltiples responsabilidades familiares). Luego de eso, la forma de encarar los problemas, la experiencia de vida, el aprovechamiento de los momentos y la posibilidad de enfocarse más en el presente son algunos de los rasgos que contribuyen a los felices años de la vejez. Esto es en el resto del mundo, pero no así en la Argentina. Contrariamente a este último planteo, a partir del estudio ya citado, en nuestro país la letra que grafica el ciclo de felicidad parecería ser, más que la U, la letra L. Es decir, el bienestar no logra incrementarse en las personas de edad avanzada. Mientras que el 40% de las personas encuestadas de entre 18 y 24 años y el 33% de las personas de entre 35 y 49 se percibe muy feliz, solo el 22% de los mayores de 65 dice gozar de mucha felicidad. Si a las personas que se declaran muy felices se les incorpora el grupo de quienes se consideran bastante felices, los porcentajes son elevados pero vuelven a disminuir en el mismo grupo etario: de 90% en los más jóvenes baja al 70% en los mayores de 65 años.

Son varias las causas que dan lugar a esta situación, entre las que se encuentra la falta de consideración que tenemos en nuestro país hacia las personas mayores, que quedan fuera de la agenda social en una etapa saludable, productiva y con gran experiencia. A su vez, las condiciones de vida no son buenas porque generalmente las necesidades básicas no están aseguradas: carecen de acceso a una atención de la salud de calidad; los haberes jubilatorios suelen ser módicos, bajos o muy bajos; y mantener una vivienda se dificulta. Además, la sensación es que las posibilidades personales de modificar esta situación son pocas, hecho que redunda en mayor frustración e infelicidad.

Nuestra felicidad debe ser considerada en un carácter individual y social: puede lograrse y de ahí la importancia de conocer cómo podemos hacerlo. Si no trasuntan en mejores condiciones de vida y en la felicidad de las personas que la conforman, las instituciones

modernas y las naciones no habrán tenido sentido.

En síntesis

Una nación puede pensarse de mil maneras. Por ejemplo, como símbolo en medio de la efervescencia de un mundial o limitarla a la idea de un territorio al observar un planisferio. Otra manera de pensarla es como comunidad. Si fuese así, no podría convivir la idea de nación cuando existe una fragmentación producida por abismos sociales o por odios de unos contra otros. No puede haber nación cuando las partes que la integran están enfrentadas todo el tiempo.

Algunos dicen que, en términos electorales, la pelea es buena e, incluso, puede llegar a ser una estrategia astuta. Quién puede saberlo a ciencia cierta. Pero sí que en ningún caso sirve para mejorar la situación de millones de personas, sobre todo de quienes más necesitan atención, acompañamiento, comprensión de los demás; por el contrario, la empeora. No hay comunidad sin tener en cuenta el bien común.

Como mencionamos, la empatía es una respuesta afectiva hacia otras personas que puede requerir compartir su estado emocional o no. Por eso, implica la capacidad cognitiva de comprender el estado de los otros y regular la propia respuesta emocional. Para que una comunidad se entienda como tal y se desarrolle es necesario estimular la empatía, porque los seres humanos somos básicamente seres sociales. No se trata de que todos debamos pensar y opinar de igual modo. Se trata de saber que el otro puede pensar distinto, comprenderlo y hasta sentirlo. Cuanto más se desarrolle esta capacidad, más se podrá respetar las creencias de los otros cuando no coinciden con las propias y hasta aprender de ellas.

Como dijimos, las comunidades también necesitan de propósitos. Propósitos que estimulen a los miembros de aquellas a actuar en armonía y con un destino común, que no pueden estar guiados ni por la mezquindad ni por el miedo. La mezquindad es el fruto privilegiado de la inmoralidad, pero también es la semilla de la condena futura. No vale la pena abundar en ejemplos históricos ni de nuestro país ni del mundo para darnos cuenta de eso. El miedo tampoco puede ser la guía. El miedo, lo reiteramos, es una emoción muy efectiva para el control social: el miedo a quedarse sin trabajo hace agachar la cabeza al trabajador; el miedo a ser perseguido hace al ciudadano resignarse frente al atropello del poderoso; el

miedo a perder lo poco que se tiene no hace a uno ir por más; el miedo al otro hace a uno incomprensivo y torpe, poco sagaz, poco desafiante.

Frente a la estrategia de la mezquindad y del miedo está la política de la cooperación. En las grandes sociedades como las que nos toca vivir, la cooperación puede ser directa, como aquel que ayuda dándole pan al que tiene hambre, o mediada, a través de las instituciones. Sobre todo para esta última cuestión, como señalamos, a la cooperación hay que ayudarla organizando el Estado eficazmente, generando infraestructura y empleo, promoviendo la educación pública y el desarrollo científico y tecnológico para el presente y el futuro de todos.

Justamente, cuando a alguien se le ocurre hablar del presente y del futuro, muchas veces existen críticos que los plantean como falsa dicotomía. Sostienen que se piensa el porvenir solo cuando se encuentra resuelto el presente o viceversa. Tantos unos como otros deben darse cuenta de que el presente está preñado de futuro. Porque no tiene futuro una comunidad que no cuenta con un sistema de salud público eficiente. Tampoco si no protege a sus ancianos. No tiene futuro si condena a la indigencia a familias enteras que crecieron sin conocer lo que es el trabajo digno, ni un salario en blanco y que le alcance todo el mes. Porque cuando la comunidad desprotege a un niño, lo que está haciendo es vedándole el presente y arrebatándole el futuro a quien necesita como nadie de los demás.

Cuando miramos la historia de las naciones, nos damos cuenta de que aquellos proyectos más provechosos son los que supieron ver más allá de su puñadito de intereses personales y de su tiempo inmediato, y así trascender. Y si hablamos de nosotros, no podemos darnos el lujo de tirar por la borda tantos proyectos y tanto esfuerzo de tantos argentinos que fueron solidarios y no tuvieron miopía de futuro. Somos una nación que se reconoce en sus símbolos y en sus fronteras. Ojalá que también logremos reconocernos como comunidad.

Capítulo 4

Pensar la política

Traigamos a cuenta una situación que sucede regularmente en despachos de gobierno: el decisor político reúne a sus más allegados asesores para plantear la implementación de una política pública específica como, por caso, el aumento de una tasa para la concreción de una obra de infraestructura o una campaña a favor del uso del casco para los conductores de motos, de alimentación saludable o de separación de residuos en origen; si bien cada uno de ellos opinará según sus propias ideas y experiencias, esta decisión, al fin y al cabo, estará signada por la eficacia que posea, es decir, por el impacto (bueno, malo, nulo o alto) que tenga en la sociedad. Es por eso que, además de las capacidades técnicas y las intuiciones de las áreas de gobierno pertinentes, el diseño y la implementación de las políticas deben estar orientadas también por un conocimiento que comprenda cómo las personas piensan, se comportan y actúan en la realidad.

El estudio del comportamiento humano no es reciente, pero dos hitos contribuyeron a renovar el interés por las ciencias de la conducta. El primero se vincula con los avances en neurociencia que han sido fundamentales para impulsar la agenda de desarrollo. Se trata de investigaciones que destacaron la importancia de una buena nutrición y de la estimulación cognitiva y afectiva en la primera infancia, así como también de mantener la mente activa a lo largo de las diferentes etapas de la vida, haciendo foco en las habilidades cognitivas y socioemocionales, para disminuir el riesgo de deterioro cognitivo en el envejecimiento y mejorar la calidad de vida. A partir de estos avances, los gobiernos están empezando a entender cuán importante es el conocimiento del cerebro humano para el mejor diseño e implementación de políticas públicas que promuevan el bienestar social en su conjunto.

El segundo hito es el que llevaron a cabo Daniel Kahneman y

Amos Tversky, que se abocaron a entender el comportamiento humano real a diferencia del sujeto ideal, 100% racional y perfectamente informado que hasta entonces la economía neoclásica consideraba. Esta perspectiva propició el desarrollo de nuevos campos de estudio interdisciplinarios, como la mencionada economía del comportamiento, y generó la oportunidad de intervenir en políticas públicas. Asimismo, se advierte que es el contexto en el que nos desarrollamos e interactuamos habitualmente el que condiciona –a través de los sesgos sociales– nuestras conductas y nuestra toma automática de decisiones.

Muchas veces existe la ilusión de que las decisiones colectivas son el resultado directo de la suma de las voluntades individuales. Sin embargo, los sistemas en donde estas decisiones se ejercen son motores centrales de las mismas. Esto se puede ver con claridad en un conocido análisis sobre las donaciones de órganos. En algunos países europeos, la prevalencia de donar órganos es altísima y en otros países vecinos con características culturales, religiosas y sociales similares es muy baja. En los primeros, los ciudadanos tienen que marcar con una cruz si no quieren donar los órganos, caso contrario automáticamente se obtiene el consentimiento (de esta manera, la gente no marca y dona); en los segundos, los ciudadanos tienen que marcar con una cruz si es que aceptan participar (de esta otra, la gente no marca y no dona). ¿Qué cambia en un caso y en el otro? ¿Es que los primeros son generosos y los segundos mezquinos? ¿Cuál es el elemento más influyente: la decisión individual o el mecanismo en el que la misma debía manifestarse?

Richard Thaler propuso los conceptos de “empujoncitos” (nudges) y de “arquitectura de alternativas” (choice architecture) para promover decisiones que favorecen cierto tipo de conductas. Estos consisten en pequeños trucos que nos ayudan a tomar mejores decisiones y pueden ser de gran utilidad para mejorar la eficacia de las prácticas. Se trata de microintervenciones en el diseño y la implementación de las políticas públicas que pueden generar un gran impacto, mejorando la efectividad al adecuarse al comportamiento real de las personas. Así, como vimos, el modo en que está diseñado un formulario influye en que lo completemos en forma socialmente favorable; o el modo en que están dispuestos los

alimentos en las góndolas de un supermercado o en el mostrador de un bar puede hacer que elijamos determinadas opciones más saludables en lugar de otras, por encontrarlas de modo más accesibles; el tamaño de los envases o recipientes de alimentos pueden influir en que comamos mayor o menor cantidad, independientemente de la clase de comida o del hambre que tengamos; saber que otras personas de nuestro barrio separan y reciclan la basura propicia que llevemos a cabo determinadas conductas parecidas. Un ejemplo que se expande cada vez más en el ámbito de la atención médica es la utilización de teléfonos móviles como una herramienta para recordar a las personas que asistan a citas de salud y tomen los medicamentos según lo prescripto. En particular, es más probable que estos mensajes sean efectivos si hay un seguimiento, si la comunicación se adapta personalmente al destinatario, y si la frecuencia, la redacción y el contenido del mensaje son altamente relevantes para el paciente.

Cuando el contexto hace más alcanzables las opciones que favorecen la salud, la economía o el ambiente de las personas y el Estado cuenta con las herramientas para mejorar el abanico de opciones disponibles, debe hacerlo ineludiblemente. Esto no significa interferir en la libre elección de las personas, sino facilitar el camino hacia las opciones menos perjudiciales (o más beneficiosas). Como un GPS, que nos orienta en el camino pero no nos obliga a tomarlo.

Por su parte, es fundamental conocer el contexto en el que se desenvuelven las personas a la hora de pensar políticas. Aquello que pudo haber funcionado en un tiempo y lugar, puede no ser efectivo en otros. Por eso, las políticas no deben pensarse de forma estandarizada, para un ideal genérico de población o según cómo se considera que la gente debiera ser o actuar, sino que deben ser diseñadas para las personas reales, en sus contextos particulares. Se debe prestar especial atención al entorno sociocultural antes de realizar el intento de imitar o escalar intervenciones, por muy eficaces que hayan resultado en otros lugares. Para ello, el monitoreo y la evaluación de las políticas es esencial y retroalimenta, a su vez, el trabajo de los científicos.

Como vemos, distintas áreas del conocimiento poseen un amplio campo de acción para ayudar a diseñar mejores políticas públicas y,

en particular, políticas sociales. La exitosa experiencia del Behavioural Insights Team (BIT) del Reino Unido, primera institución gubernamental dedicada a la aplicación de las ciencias de la conducta, ha inspirado a que un mayor número de países expresaran interés en el uso de los principios de las ciencias de la conducta como herramientas para diseñar programas y políticas públicas más eficaces. Países como Estados Unidos, Dinamarca, Australia, los Países Bajos y Singapur ya tienen su BIT; sin embargo, hasta ahora no existe una experiencia así en países en vías de desarrollo (¡donde más se los necesita!).

Desde nuestra región, con la Fundación INECO y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) lanzamos la primera Red Latinoamericana de Conducta Humana y Políticas Públicas cuyo objetivo es fomentar soluciones innovadoras en áreas como desarrollo social, educación y salud. También desde la Fundación INECO hemos puesto en marcha el Instituto de Neurociencias y Políticas Públicas, convocando a colaborar a especialistas de diferentes disciplinas.

No es conveniente para la política pública partir del supuesto erróneo de que las personas somos como no somos o supuestos ideales de que las personas somos como deberíamos ser. La sociedad civil, los gobiernos y las organizaciones comprometidas con la vida social pueden beneficiarse con conocimientos científicos sobre la conducta humana. Y así, mejorar la implementación de medidas que impacten en las decisiones individuales y su contexto y que estas, a su vez, repercutan positivamente en el desarrollo de toda la comunidad.

Muchas veces las personas toman decisiones que, sin saberlo, van en contra de sus intereses y su bienestar y tienden a repetir esas conductas sin corregirlas. En algunos casos estas malas decisiones pueden acarrear grandes costos. Por ejemplo, comer sano, hacer treinta minutos diarios de ejercicio, usar el cinturón de seguridad o no fumar son decisiones personales que muchas veces cumplimos, otras veces nos cuestan y otras las dejamos de lado con la excusa de que lo decidiremos más adelante dado que, en tal caso, el perjudicado es uno mismo. ¿Es completamente así? ¿No será que muchas de estas conductas, además, tienen un impacto en los demás, es decir, en la comunidad en la que uno vive? Digamos por

caso, aunque no únicamente, porque reducen la presión sobre el sistema de salud. Esto significa que muchas problemáticas sociales podrían morigerarse si cambiásemos algunos comportamientos individuales. Y que las políticas públicas pueden ayudarnos a achicar la brecha entre lo que queremos (nuestras aspiraciones) y lo que efectivamente hacemos (nuestras acciones).

Existen dos causas importantes de problemas en la toma de decisiones: una motivación insuficiente y los sesgos cognitivos (por ejemplo, subestimamos cuánto nos tomará terminar una tarea, ignoramos información que nos revela fallas en nuestra planificación, sobreestimamos nuestras capacidades y somos demasiados optimistas).

Entonces, conocer las motivaciones que subyacen a las conductas es fundamental para poder cambiarlas. La psicología asume que es posible cambiarla si se modifican los distintos procesos que la controlan. Dentro de este enfoque, la aproximación al cambio de conducta, desarrollada inicialmente por el psicólogo Kurt Lewin, asume que la misma depende no solo de las actitudes y creencias, sino también de dinámicas motivacionales de las que no siempre somos conscientes. Las intervenciones que apuntan a estas dinámicas motivacionales pueden ser efectivas en lograr que hagamos lo que queremos y estemos convencidos de que debemos hacerlo. Desde este punto de vista, la conducta ocurre en un campo de fuerzas donde operan múltiples presiones. Algunas de estas nos llevan a actuar de acuerdo con nuestras metas, por lo que reciben la denominación de “motivaciones de aproximación”. Otras, en cambio, las llamadas “motivaciones de evitación”, nos alejan de nuestros objetivos. Nuestra conducta sería resultado de la tensión entre las dos. Entonces, cualquier impulso colectivo de cambio debería partir de un análisis de las motivaciones que la están afectando en un momento determinado y de su equilibrio.

Diseñar intervenciones que actúen sobre los comportamientos supone considerar lo que metafóricamente se ha llamado “impuestos y subsidios psicológicos”. Y, como tales, se los puede añadir o quitar. Claro que los mismos pueden no ser materiales (el respeto, la autoestima y la identidad son ejemplos de impuestos psicológicos). Los incrementos en esos aspectos constituyen subsidios psicológicos. Veamos un ejemplo de intervención basada

en el cambio conductual. En 1990 se desarrolló en Estados Unidos una campaña por la seguridad vial que tenía como objetivo reducir la conducción bajo efectos del alcohol. Un eslogan decía: “Los amigos no dejan que los amigos conduzcan alcoholizados”. El éxito de esta campaña en disminuir la fatalidad asociada al consumo de alcohol al volante puede explicarse en la pretensión de hacer sentir incómodas a las personas que dejan que otros conduzcan alcoholizados. Es decir, impone un impuesto psicológico: “Si dejás que tu amigo conduzca alcoholizado, no sos un buen amigo”. Además, esta intervención ayuda a reducir las inhibiciones que muchas personas tienen al momento de enfrentarse a otros, porque la apelación intenta que se sientan más cómodas en no permitir que otro conduzca alcoholizado. En suma, la eficiencia de la intervención radicaría en vincular la acción deseada con un valor extendido muy positivo: ser un buen amigo.

Los impuestos y subsidios psicológicos pueden ser tanto o más efectivos que los económicos. También es posible combinarlos y potenciar su efecto, como sería el caso de obtener ganancias psicológicas y monetarias por hacer el bien (un descuento en la tasa municipal para aquel que la paga en tiempo y forma). Sin embargo, en otras circunstancias, la relación entre los impuestos y subsidios psicológicos y materiales puede no ser tan directa. Un subsidio económico puede producir una disminución en el comportamiento deseado al eliminar un subsidio psicológico. Por ejemplo, se ha argumentado que la donación de sangre podría reducirse si se compensara económicamente. Esto sucedería porque lo económico obturaría la gratificación psicológica del acto de donar. Asimismo, se realizó un estudio sobre guarderías infantiles donde la imposición de un impuesto económico sobre una conducta indeseada aumentó su frecuencia en vez de reducirla. El problema era que madres y padres llegaban tarde a buscar a sus hijos, por lo que se decidió como intervención imponer una multa económica por cada retraso. Sin embargo, sorprendentemente en lugar de reducirse, las llegadas tarde se incrementaron. Una interpretación posible para este resultado tiene que ver con que, al añadir la multa económica, se redujo el impuesto psicológico asociado a esto. Es decir, quienes llegaban tarde ya no sentían culpa por demandar mayor trabajo a los cuidadores, ni experimentaban un daño a su

reputación, porque percibían que estaban pagando por un servicio extra.

Ahora bien, como dijimos, las decisiones también dependen del contexto en el que se toman. Por eso, puede ser de ayuda transformar ese contexto para poder modificarlas. Es decir, intervenciones que rediseñan el entorno pueden mitigar el impacto negativo de la inadecuada motivación y de los sesgos. Estas intervenciones cambian la forma en que percibimos la situación y respondemos a ella.

En relación con la salud, algunas de las enfermedades de mayor prevalencia, como la hipertensión, la obesidad o la diabetes, entre otras, son causadas en parte por la conducta de las personas. Asimismo, muchas otras enfermedades podrían evitarse o tener consecuencias menos graves si se tomaran acciones para prevenirlas. De esta manera, tomar las decisiones correctas en el momento correcto tiene un valor importantísimo para la salud de los individuos, y por ende para el desarrollo de una población.

No solo los adultos toman decisiones que tienen impacto en su futuro, los chicos en la escuela también toman decisiones de gran importancia en relación con el compromiso y esfuerzo que generan en su estudio. Algunos cuentan con mayores dificultades para tener éxito académico que otros. En algunos casos pueden llegar a creer que no cuentan con las habilidades necesarias para finalizar sus estudios y preguntarse: "¿Para qué me esfuerzo si no tengo talento?". Este tipo de creencias están relacionadas a un modelo mental en el cual se concibe que las habilidades son un recurso inmutable, con el que se nace (es decir, se tiene o no se tiene). Como mencionamos antes, estos modelos tienen una gran influencia en las decisiones que tomamos, en parte porque establecen cuáles son los futuros posibles y los resultados más factibles de nuestra conducta. Dicho de otro modo, determinan nuestras expectativas. Si un chico cree que no tiene talento y que no hay nada que pueda hacer para cambiar eso, es posible que luego de terminar el secundario con muchas dificultades considere que iniciar y terminar una carrera en una universidad sea imposible.

El cuidado del ambiente es fundamental para el bienestar de una comunidad. Su protección no solo garantiza la disponibilidad de recursos esenciales para la vida humana, como el agua, sino que

evita la aparición de enfermedades, desastres naturales y otros fenómenos climáticos que son potenciales amenazas para la subsistencia de las comunidades que lo habitan. Aunque la preservación del medio ambiente depende en gran medida de factores políticos, económicos y tecnológicos, entre otros, la conducta de las personas puede afectar de manera considerable su entorno. Muchas organizaciones y entidades gubernamentales realizan constantemente campañas e intervenciones para visibilizar el impacto que tienen las personas sobre el medio ambiente y la necesidad de tomar acciones para mitigarlo, y sin embargo estas no siempre son tan efectivas como se quisiera. Una forma de complementar estas políticas para empujar a las personas a tomar acción es a través de intervenciones que visibilicen las conductas proambientales de otros individuos de la comunidad, aprovechando el efecto que tienen los modelos y las comparaciones sociales en la toma de decisiones. Esta es una forma de sacar un provecho beneficioso del efecto de las normas sociales sobre nuestra conducta.

Desde un gobierno o una organización pueden pensarse formas de auxiliar este proceso. También ciertas condiciones pueden llevar a las personas a correr mayores riesgos de caer en sesgos y fallas en el razonamiento. Situaciones estresantes, como la pobreza, generan una sobrecarga cognitiva. Un alto nivel de estrés y la ausencia de suficiente estimulación cognitiva también puede afectar el correcto desarrollo de procesos fundamentales para la toma de decisiones, como la atención. Otra fuente de estrés y de sobrecarga cognitiva es el cansancio en los ambientes laborales. Un estudio realizado en Gran Bretaña demostró que los médicos tendían a sobreprescribir antibióticos, aun cuando no era necesario, conforme avanzan sus turnos de atención más prolongados, a pesar de conocer las consecuencias negativas de esta práctica. Esto es: cuanto más cansados, más probabilidad de incurrir en una indicación incorrecta.

Cómo explicamos unas páginas atrás, los modelos mentales son un conjunto de creencias acerca de cómo funciona el mundo, cuáles son nuestras facultades, cuál puede ser nuestro futuro y cuáles son nuestras oportunidades, entre otras. Se ha evidenciado que las personas que pertenecen a comunidades desfavorecidas tienden a

tener un bajo sentido de autoeficacia y pocas expectativas del futuro, con lo cual viven y toman decisiones basadas en el presente.

La evidencia científica puede impulsar un salto de calidad en la construcción de políticas públicas al aportar a un aspecto clave del proceso: conocer cómo son los destinatarios de las mismas y no cómo deberían ser o cómo se cree que actúan. Por eso, un diseño de intervenciones sociales sobre las conductas individuales debe partir de un análisis minucioso de las circunstancias internas y externas que las motivan. Se trata de sumar evidencia científica a ese proceso que sucede cotidianamente entre quienes deben tomar decisiones de impacto sobre la sociedad. Para que al fin de cuentas la política pueda ser, más y mejor, el verdadero arte de lo posible.

Capítulo 5

La emergencia argentina: Comer, curar, educar e investigar

Hace siglos, la prosperidad estaba basada en la posesión de la tierra; luego, en la explotación de minerales y la producción industrial. Hoy, la clave del desarrollo está en la capacidad de pensar, de crear, de innovar. Muchos países, más pobres en recursos naturales que Argentina, se han convertido en naciones fecundas gracias a la inversión en educación, investigación y conocimiento.

Ese desarrollo contempla tanto recursos cognitivos como emocionales de las personas. También sus habilidades sociales y la capacidad de afrontar desafíos. Estas capacidades traen consigo el valor de permitir una mejor calidad de vida al individuo y, a la vez, contribuir de manera efectiva a la de su comunidad. La habilidad de imaginar, de reflexionar, de recordar y de proyectar, de elaborar las estrategias para llevarla a cabo, es lo que permite la transformación de lo dado en lo deseado y novedoso. Los seres humanos somos seres capaces de forjar un entramado comunitario muy complejo. Es por esta complejidad que inventamos las bibliotecas, las escuelas, los Estados. Y es por esta necesidad de estructuras que trascienden a las familias y las pequeñas comunidades que el ser humano también inventó la política.

La política es una gran herramienta de transformación social que hace posible la organización comunitaria y que aquellos proyectos que se imaginan puedan concretarse. Por supuesto que no todos los que formamos parte de una comunidad imaginamos lo mismo. Por eso existe la posibilidad de proponer, discutir y ponernos de acuerdo. Esa oportunidad de transformación está dada a través de diversos resortes, pero, sin dudas, el que resulta fundamental es la convicción del propio pueblo sobre aquel objetivo al que se quiere llegar y de cuál es el mejor camino. La idea del camino permite reflexionar sobre dos elementos fundamentales de los proyectos

sociales: uno es lo urgente, lo que no puede esperar; y otro, la meta deseada. Esto puede ser definido también a partir de los múltiples sentidos que tienen ciertas palabras. En esas dos estrategias de abordar un recorrido están las dos acepciones que le otorgamos al término "emergencia": la situación de urgente peligro; y lo que emerge, lo que brota, lo que sale a la luz.

Una comunidad que se organiza debe considerar que, en primer lugar, tiene la obligación de atender las necesidades más urgentes. Y qué mayor emergencia –aunque no la única– que la de cuidar a sus niños. No hay política más prioritaria que proteger su integridad física y mental. Ya lo dijimos pero es necesario repetirlo una y otra vez: la falta de estímulos adecuados, la carencia de afecto y el hambre de un chico constituyen una inmoralidad y un crimen, además de un suicidio social. Sin buena nutrición y sin estímulo afectivo y cognitivo, el cerebro se vuelve débil y vulnerable. Es decir, que cuando el Estado desprotege a un niño, estamos vedándole el presente y arrebatándole el futuro a alguien que necesita como nadie de su comunidad y de las instituciones públicas. Esto lo sabe la ciencia pero lo resuelven las políticas públicas, y ahí tenemos que estar los médicos, los abogados, las amas de casa, los albañiles, para pensar, decidir, llevarlas adelante y aceptar como propias esas decisiones. Es un escándalo que exista el hambre en un país como Argentina. Esto, que en sí mismo resulta intolerable, tiene un impacto social mayúsculo. Como señala UNICEF, la desnutrición crónica elimina oportunidades a un niño, pero también al desarrollo de una nación.

El hecho de que muchísimos niños en nuestro país no puedan alcanzar su potencial en los primeros años y, en consecuencia, entrar en la escuela sin una base sólida para el aprendizaje es una injusticia para con ellos pero, también, una enorme pérdida para el futuro. Es imprescindible implementar con celeridad programas de intervención en la temprana infancia que puedan mitigar las condiciones de desventaja ambiental.

Algunos programas existentes se han focalizado en otorgar subsidios con el fin de aliviar a las familias en relación con los gastos de bienes y servicios durante el desarrollo infantil. Eso está muy bien, es necesario pero no es suficiente. También otros países lo han desarrollado con disparidad de eficacia. Los resultados

sugieren que los programas deben ir más allá. Porque además de una necesidad real ligada a los ingresos de las familias, para lograr una mejoría en las prácticas de crianza es imprescindible el compromiso general orientado a que todos los padres adquieran (adquiramos) los conocimientos acerca del desarrollo infantil, con el objetivo de mantener conductas de crianza positivas y tener la oportunidad de poner en práctica estas competencias. Por otro lado, hay evidencia a favor de que, si los padres tienen recursos estables y predecibles (lo que requieren es trabajo digno), disminuye su estrés y aumenta su autoestima, por lo tanto, acrecienta su capacidad de atención y soporte afectivo a las necesidades de sus hijos. Revirtamos esto de manera urgente por moral, por justicia, por conveniencia o por vergüenza, pero que sea ya. A la vez debemos modificar nuestro sesgo que nos impide ver el largo plazo.

Cuando observamos la historia de nuestro país, nos damos cuenta de que aquellos proyectos más provechosos son los que fundaron nuevos paradigmas porque supieron ver más allá y trascender, así, a su puñadito de tiempo. Debemos reconocernos en ellos y redoblar hoy los esfuerzos. El futuro no perdonará a las políticas que abdiquen del conocimiento. El crecimiento económico por sí solo no erradica la pobreza, a menos que vaya acompañado de una mejora en la calidad educativa. La política del conocimiento requiere la convicción social de que nuestros talentos son nuestro principal capital. Y también los líderes deberán entenderlo de este modo.

El compromiso político de las personas debe comprenderse como una señal valiosa del interés por su comunidad. Cuanto más próximos estén los intelectuales, los profesionales y los obreros de la actividad política, cuanto más desdibujadas estén esas fronteras entre “el palacio y la calle”, más cerca estaremos de una sociedad democrática, moderna y desarrollada que desea emerger. Para lograrlo, no importan los nombres propios ni las candidaturas de una u otra persona, sino la sociedad que lo promueva. Martin Luther King concluyó un recordado discurso de esta manera: “Al igual que Moisés, pude subir a la montaña y ver la tierra prometida. No importa qué pase conmigo. Lo importante es que como pueblo llegaremos”. Ese mismo deseo es lo que dará la felicidad y nos llevará al futuro.

Entender la pobreza para darle pelea

A principios de 2019 recibimos la lamentable noticia de que el número de personas que viven en condiciones de pobreza en nuestro país, la Argentina, había aumentado con respecto al año anterior. Después de unos meses, quizá leamos en los diarios que esa cifra haya subido o bajado. ¿Es posible que en el trascurso de tan poco tiempo miles de personas hayan cambiado drásticamente sus condiciones y posibilidades? ¿De qué elementos nos valemos para representarnos esa idea? ¿Cuál es ese límite que permite tamaña maleabilidad estadística? Para lograr erradicar la pobreza primero es necesario realizar un diagnóstico riguroso y tener una mirada multidimensional de ella.

Muchas de las estadísticas con las que contamos tienden a medir y comparar el aspecto económico de las personas, es decir, sus ingresos. Pero debemos asumir que la pobreza no es simplemente un déficit de dinero. Centrarnos en esta información resta trascendencia a otras dimensiones esenciales para el desarrollo humano: no podemos considerar que una persona o una familia ha dejado de ser pobre solo porque su ingreso ha aumentado algunos puntos porcentuales.

El Observatorio de la Deuda Social de la Universidad Católica Argentina ha avanzado en este sentido incluyendo en sus informes y estadísticas aspectos como la seguridad alimentaria, la cobertura de salud y previsión social, el acceso a una vivienda con servicios básicos y los recursos educativos e informáticos.

Asimismo, existen índices internacionales que toman en cuenta otros factores además del económico. La Organización de Naciones Unidas propone un índice de bienestar que aporta una medición más amplia de la calidad de vida de las personas a partir de una gran variedad de cuestiones: los ingresos, la expectativa de vida, la vivienda, la alimentación (qué y cuánto comemos), lo que consumimos, si los niños van a la escuela o no, si se tiene acceso a un médico, entre otros. Teniendo en cuenta los componentes del desarrollo humano de salud, educación, bienes materiales, empoderamiento político y social, la ONU elabora el Índice de Desarrollo Humano (IDH) y su versión ajustada por la desigualdad, el de Pobreza Multidimensional (IPM) y el de Desigualdad de Género, enfatizando que las personas y su bienestar deben ser el

criterio para medir el desarrollo humano de un país.

En este mismo sentido, la noción de estatus socioeconómico (ES) incluye, además de los ingresos familiares, la educación, el estado ocupacional y la calidad del vecindario. Nuevos estudios indican que más allá de los efectos perjudiciales de la pobreza material, a los seres humanos también nos afecta la pobreza relativa, es decir, con respecto a los demás. Alguna de las consecuencias observables son baja autoestima, baja motivación y bajo sentido de pertenencia a la sociedad en general. Vivir en un contexto de carencia impacta en nuestra toma de decisiones. Como se menciona en el libro The Behavioral Foundations of Public Policy, la escasez –sea de dinero, de tiempo, de afecto, de comida, de espacio– provoca un impuesto cognitivo: las preocupaciones y las constantes decisiones para resolver las necesidades urgentes en el corto plazo que debe tomar alguien que vive en un contexto de privación absorben recursos cognitivos involucrados en la atención, en la resolución de problemas, en el aprendizaje y creatividad, y en la capacidad de frenar los impulsos. Todo esto, muchas veces, empuja a tomar decisiones apresuradas con consecuencias negativas en el largo plazo y, de esta manera, aumenta la probabilidad de perpetuar la pobreza. No se trata de que esas malas elecciones llevan a la pobreza, sino que es el contexto de carencia el que empuja a tomar decisiones que llevan a intentar solucionar problemas urgentes y poner en riesgo oportunidades futuras. Por eso es necesario advertir que cualquier persona expuesta a contextos de escasez se comportaría de forma similar.

En las últimas décadas se avanzó en el estudio del vínculo entre el estado socioeconómico familiar, el desarrollo del cerebro y las habilidades cognitivas.

Los primeros años de vida son invaluables para reducir el impacto de la pobreza en el desarrollo humano. El investigador argentino Sebastián Lipina ha hecho grandes avances para comprender cómo la pobreza se asocia con el funcionamiento cognitivo durante la infancia. Algunos de estos aspectos pueden ser modificados con intervenciones teniendo en cuenta al individuo y el entorno particular y por ello, nunca debe considerarse que es demasiado tarde.

Para combatir la pobreza es necesario considerar toda su

complejidad. Entender esto ayuda a explicar por qué algunas intervenciones fracasan y aporta al diseño e implementación de programas más efectivos en el intento de combatir la pobreza. Los programas que han obtenido mayor éxito son los que consideran su multidimensionalidad y combinan estratégicamente acciones para el desarrollo de la primera infancia, la nutrición temprana, la salud, la educación de calidad, la vivienda, la infraestructura y los servicios.

La ciencia y la política tienen un rol importante que cumplir en torno a esta dramática inequidad de la Argentina. Debe practicarse un diálogo constante entre los hacedores de políticas públicas y los científicos para que la evidencia permita diseñar intervenciones más eficientes orientadas a mejorar la vida de las personas. Lo hemos dicho y lo reafirmamos: el crecimiento económico sin inversión en desarrollo humano –adecuada nutrición, educación de calidad, salud, infraestructura, ciencia, cultura– no es sostenible y no podrá conducir a un futuro con verdadera equidad social. La sociedad civil debe insistir e intervenir desde el lugar que a cada uno le toque con el fin de lograr una sociedad con posibilidad de desarrollo para todos. Cuando hablamos de erradicar la pobreza estamos diciendo que deben mejorarse las condiciones de vida y las oportunidades de millones de personas que forman nuestra comunidad. Debe ser una prioridad. Siempre.

La urgencia del hambre

Los argentinos debemos solucionar con urgencia el drama social del hambre. No se puede esperar ni un minuto más. Es imprescindible que las instituciones, los partidos políticos y la sociedad nos unamos para esto. Divididos o con esfuerzos aislados no podemos resolverlo.

Sabemos que el problema del hambre no es una cuestión de escasez de comida. Tampoco se trata de presupuesto. Es un problema de organización y de distribución desigual. Se trata de garantizar un derecho humano básico y esto no puede depender de la volatilidad de los precios internacionales de los alimentos, de los vaivenes electorales, ni puede estar sujeto a la política económica de un gobierno en particular.

Se estima que aproximadamente 3 millones de personas sufren hambre en nuestro país. Según el Observatorio de la Deuda Social de la UCA, alrededor del 8% de los argentinos vive en hogares que

experimentan inseguridad alimentaria severa. La mitad de ellos son niños, niñas y adolescentes.

Sabemos que quienes no se alimentan, o no lo hacen adecuadamente, tienen un impacto en la salud en el presente y también en el futuro. En la infancia, el hambre repercute negativamente en el desarrollo físico, cognitivo y emocional. La desnutrición y la malnutrición están asociadas a alteraciones en la actividad de neurotransmisores, las sustancias químicas que median la comunicación entre una neurona y otra. Resulta extremo el ejemplo, pero vale la pena como demostración cabal de lo que decimos: en estudios médicos de niños que murieron por desnutrición, se hallaron un número considerablemente disminuido de neuronas. Las niñas, los niños y adolescentes que se alimentan mal, aprenden menos. Estamos privando a estas y a las próximas generaciones de su derecho a crecer saludablemente y desarrollar plenamente sus capacidades. Una plena igualdad y calidad educativa se logra a partir de una alimentación y una nutrición adecuadas. Es una deuda moral de toda la sociedad y una hipoteca para nuestro futuro.

Gobernar significa establecer prioridades. Y claro que no hay algo más urgente e indispensable que acabar con el hambre. Para resolverlo debe existir una voluntad política real que acabe con las desigualdades. El compromiso de enfrentar el hambre (y todas las formas de malnutrición) tiene que concretarse en políticas y programas, y en la movilización inmediata y sin trabas de los recursos necesarios. Se trata de una emergencia ante una catástrofe social. Y así debemos responder.

Quien gobierne nuestro país debe lanzar de inmediato un plan de emergencia alimentaria para hacer frente a este contexto crítico. La sociedad debe presionar para que esto suceda. No debemos creer eso de que hay que esperar el crecimiento económico para que así se produzca el efecto “derrame” y a partir de eso paliarlo. Es posible lograrlo. Los programas Hambre Cero y Bolsa Familia que sacaron de la subalimentación a más de 36 millones de brasileros en la primera década del siglo XXI son referencia de ello. La meta era tan clara que hasta se creó un Ministerio de Seguridad Alimentaria. Otro caso en la región se llevó a cabo en Perú. Allí se redujo la desnutrición crónica gracias a la presión de la sociedad civil para

que los candidatos a la presidencia en 2006 firmaran el llamado "Compromiso 5x5x5". Los resultados comenzaron a ser visibles tan solo seis meses después de lanzar el plan. A partir de ese momento, no solo disminuyó la desnutrición a la mitad, sino que el tema se convirtió en una política de Estado que se mantuvo en un lugar central en todas las gestiones posteriores.

Cuando hablamos de resolver el hambre, el foco tiene que ponerse en cómo y en qué se invierten los fondos de un país. Los presupuestos son documentos morales porque dan cuenta de las prioridades que fija un gobierno. Respecto a esta cuestión reflexionó Jim Yong Kim, expresidente del Banco Mundial: "La pregunta no es si un país puede solventar las medidas para acabar con la desnutrición infantil. La pregunta es si puede darse el lujo de no hacerlo". Si el Estado desprotege a un niño, está condenando a alguien que necesita como nadie de su comunidad y de las instituciones públicas. Pero a la vez está comprometiendo el futuro de esa comunidad, porque son los seres humanos que la componen su principal activo. Entonces, además del drama humano, es un gran error estratégico no invertir y priorizar el desarrollo humano. La competitividad de una nación depende del talento, de las habilidades cognitivas y emocionales de sus ciudadanos en un mundo que cambia rápidamente.

Esto que decimos se puede repetir desde acá una y mil veces, o lo pueden promover organizaciones intermedias con acciones específicas, pero se resuelve con políticas públicas concretas. Ni los gobernantes, ni los políticos, ni los profesionales, ni los trabajadores, ni ninguna mujer y ningún hombre que forma parte de esta nación podemos mirar más para el costado.

Estemos seguros de que después de dar este primer paso urgente e indispensable para ganar la batalla contra el hambre, y de hacerlo unidos como sociedad, lograremos el valor y la autoestima social que necesitamos los argentinos para nuevos propósitos y nuevas metas de desarrollo y equidad. Debemos hacerlo. Porque, como lo dijo Mandela, "mientras la pobreza, la injusticia y la evidente desigualdad persistan en nuestro mundo, nadie podrá realmente descansar".

La salud para el desarrollo humano

Las transformaciones en los sistemas de salud a nivel global en

el último siglo contribuyeron a duplicar la esperanza de vida y, asimismo, mejorar la calidad de vida de los seres humanos a nivel mundial. Por todo eso, la salud ha dejado de asociarse exclusivamente a la lucha contra enfermedades y cobró una relevancia central en aspectos fundamentales del desarrollo humano como la prosperidad, el crecimiento económico, la calidad educativa, el futuro del trabajo, la cohesión social y la calidad de vida.

Un buen ejemplo del círculo virtuoso que surge de la integración de la salud con otros campos se da con la educación. Por un lado, un mayor nivel educativo se asocia a mejores niveles de salud; estas mejoras se reflejan en una mayor adopción de hábitos saludables, una reducción de conductas riesgosas, una mejora en los niveles de salud sexual, reducción en la mortalidad infantil y una mayor utilización preventiva de los sistemas de salud, entre otros. Y por el otro, la salud también tiene un considerable impacto sobre la educación; la salud durante la niñez y la adolescencia juega un importante rol en el desarrollo cognitivo y la capacidad de aprendizaje, así como en la reducción de los niveles de ausentismo y abandono escolar.

Otro ejemplo de esta retroalimentación positiva se da entre la salud y la justicia. Estudios internacionales muestran que aquellas personas privadas de su libertad que gozan de buena salud física y mental durante el cumplimiento de su condena presentan menores tasas de reincidencia tras su liberación. Una buena salud favorece los procesos de rehabilitación y readaptación y mejora la interacción entre personal penitenciario y los internos. Como en el caso de la educación, las políticas sanitarias cumplen un rol fundamental en las personas en contexto de encierro, como por ejemplo aquellas orientadas a reducir el abuso de sustancias.

La salud obviamente está ligada fuertemente al mundo del trabajo. Las enfermedades crónicas no transmisibles –la enfermedad vascular, el cáncer, la enfermedad respiratoria crónica y la diabetes– impactan sobre las oportunidades laborales a las que puede acceder una persona, así como sobre su productividad y su decisión sobre la edad de jubilación.

Por esto y, principalmente, por su bienestar se debe trabajar en programas de salud para los trabajadores, brindando información

nutricional, considerando el tiempo y facilidades para hacer ejercicio, concientizando en la toma de presión arterial, estableciendo el menú económico como el más saludable, entre otras actividades.

A pesar de un avance a nivel mundial, existen inequidades persistentes en materia de acceso y calidad de los servicios de salud. Dichas inequidades no solo se manifiestan entre países, sino también entre grupos poblacionales dentro de los mismos. De acuerdo con el Informe Nacional sobre Desarrollo Humano 2017, elaborado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), en la Argentina "conviven sectores de altos niveles de ingreso, salud y educación, con amplios sectores de niveles bajos y muy bajos de ingresos y de acceso a la salud y la educación, que padecen alta informalidad laboral y habitacional".

La responsabilidad de reducir estas desigualdades no puede recaer de manera unívoca sobre un área o actor determinado. Los esfuerzos tendientes a reducir las brechas deben necesariamente integrar los diferentes componentes que hacen al desarrollo humano.

La vivienda y el medio ambiente, por ejemplo, son elementos que afectan a poblaciones vulnerables y que impactan directamente sobre la salud humana. La evidencia señala que los niños en hogares temporarios o con déficit habitacional estructural presentan diferencias en la prevalencia de patologías físicas y mentales, así como en su expectativa de vida. Entre los mecanismos a través de los cuales el medio ambiente puede impactar sobre nuestra salud se encuentran la alteración de la disponibilidad de agua y aire limpios, las temperaturas extremas o el cambio en los patrones de contagio de las enfermedades.

Como mencionamos más arriba, existen opiniones que promueven la idea equivocada de que primero se debe lograr el crecimiento económico y, una vez alcanzado, debemos esperar que suceda el desarrollo humano. Existe vasta evidencia que contradice estas ideas, y da cuenta del impacto positivo de una buena salud sobre el crecimiento del producto bruto interno (PBI) per cápita en países de ingresos medios y bajos.

Es decir: las mejoras en la salud de un país traccionan el crecimiento económico y están asociadas a un beneficio en otras

áreas fundamentales (por ejemplo, seguridad y educación). Por el contrario, una mala salud es un obstáculo para el crecimiento. El desarrollo económico sin priorizar en la inversión efectiva en las personas no es sostenible y no logra un crecimiento equitativo.

Todos estos ejemplos nos muestran la importancia que la salud tiene en el desarrollo humano y nos impulsan a pensar soluciones a problemas públicos que se nutran de un diálogo sostenido y consistente entre diversas disciplinas, actores e instituciones. Solo el trabajo colaborativo nos va a permitir construir un sistema de salud fuerte, accesible y sustentable que brinde prevención y asistencia adecuada a todas las personas sin discriminación y para hacer frente a los desafíos de salud persistentes y emergentes. Solo así podremos garantizar una vida plena y una verdadera promoción del bienestar general para el presente y para el futuro.

El cerebro enfermo

Los trastornos cerebrales son una de las mayores amenazas para la salud pública y deben considerarse como uno de los principales desafíos mundiales del futuro por su impacto humano, médico, social y económico. Se estima que las enfermedades del cerebro afectan a cerca de mil millones de personas dentro de todos los grupos etarios y regiones geográficas. Por su parte, la incidencia de ciertos trastornos como el Alzheimer se incrementa como resultado del aumento de la esperanza de vida. Quienes padecen este tipo de patologías pueden presentar afectación motora, trastornos cognitivos, problemas del comportamiento, dificultades en la comunicación y el consecuente impacto en sus actividades básicas de la vida diaria. También hay que considerar el acceso limitado a la educación o la imposibilidad de reinserción profesional que pueden sufrir.

Los trastornos neurológicos más extendidos, tanto en nuestro país como en el mundo, son la demencia, la epilepsia, la cefalea, la esclerosis múltiple, las neuroinfecciones, los trastornos neurológicos asociados con la desnutrición, el dolor asociado con trastornos neurológicos, la enfermedad de Parkinson, el accidente cerebrovascular y las lesiones cerebrales traumáticas. Las principales patologías mentales y del comportamiento son los trastornos depresivos unipolares, de ansiedad, del desarrollo, y la adicción al alcohol y drogas. Por otra parte, se encuentran las

enfermedades raras o poco frecuentes, que afectan a un número reducido de personas.

El mundo en desarrollo estará cada vez más agobiado por trastornos del cerebro a medida que sus economías continúen creciendo y sus poblaciones sigan envejeciendo. Un buen ejemplo es China, donde las enfermedades mentales han superado recientemente a las del corazón y el cáncer, y se han transformado en la mayor porción del presupuesto de atención de la salud de ese país.

Si bien se ha logrado un gran avance en cuanto a las herramientas diagnósticas y terapéuticas, el acceso a la atención sanitaria es muy dispar así como también existen discrepancias entre las iniciativas de salud pública de los gobiernos. Por ejemplo, en muchos países los servicios de neurorrehabilitación son limitados o inexistentes. Esto hace que dependan fundamentalmente de la asistencia de sus familiares. De esta manera, otra vez, se produce un círculo vicioso: las comunidades más empobrecidas se ven afectadas por un amplio número de discapacidades y, a su vez, las personas con discapacidad se vuelven más vulnerables a la pobreza debido a la falta de acceso a los servicios de atención de salud, asistencia social y rehabilitación. Todo esto ocurre porque las enfermedades del cerebro no suelen ser primordiales en las agendas de salud.

Frente a esta problemática en expansión desde el presente hacia el futuro, se deben implementar desde ahora intervenciones efectivas y apoyar la investigación para que continúe el desarrollo de opciones de prevención y tratamiento. A diferencia de las enfermedades cardiovasculares y el cáncer, en la mayoría de los casos la carga de los trastornos cerebrales tiende a manifestarse en discapacidades y efectos en la vida de las personas afectadas y sus cuidadores, más que en muertes tempranas. Eso hace que la huella de estas condiciones sea más difícil de cuantificar. Por otra parte, es fundamental el apoyo y la contención social hacia los pacientes y sus familiares.

Pero, aunque sabemos todo esto, sigue existiendo aún hoy un fuerte estigma sobre estas personas quienes, además de los padecimientos de su enfermedad, sufren conductas discriminatorias por parte del resto de la sociedad. Estas actitudes se basan en la desaprobación de alguien por poseer determinado rasgo distintivo o

conducta que es visto de manera negativa por los otros. Así la enfermedad se convierte en una suerte de marca a rechazar. Esa etiqueta, ese estereotipo, esa segregación de los demás y la consiguiente pérdida de posición social determinan la construcción del estigma. Se trata de una clara forma de discriminación que puede realizarse al rechazar cierta condición o expresarse al evitar a alguien por atribuírsele características negativas como presumir que podría ser inestable, violento o peligroso debido a la condición que posee. A lo largo de la historia, las personas con enfermedades mentales han sido excluidas o brutalizadas. Incluso se ha llegado a vincular estas patologías con la posesión demoníaca. Otras representaciones sociales arraigadas tienen que ver con la idea de que los padecimientos psíquicos son una elección y, sobre todo los relacionados con la alimentación y el consumo de sustancias, dependen de la voluntad, es decir, son autoinflingidos. Todo esto lleva a una gran incomprensión hacia quienes padecen estas enfermedades.

Como resultado de esto, sus vidas sufren una limitación mayor que la que pueden llegar a generar la propia patología a la hora de encontrar trabajo, conseguir una vivienda, establecer relaciones sociales estables y ser aceptado por los demás. Por otra parte, las personas que son estigmatizadas tienen mayor riesgo de sufrir aislamiento y depresión. Asimismo, la falta de comprensión por parte de la familia o el entorno, las menores oportunidades de inserción social y la propia creencia de la persona de que “nunca tendrá éxito” o “nunca podrá mejorar su situación” perpetúan el aislamiento y contribuyen a que tiendan a evitar la búsqueda de ayuda o tratamiento para eludir las consecuencias sociales negativas del diagnóstico. De esta manera, la prevención de los trastornos de salud mental, la promoción del bienestar mental y la provisión de un tratamiento y atención se dificultan aún más.

Una de las claves tiene que ver con el diseño e implementación de campañas que terminen con estas creencias tan arraigadas socialmente. Si bien la promoción del conocimiento sobre estas enfermedades representa un primer paso fundamental, es necesario desafiar activamente los estereotipos negativos existentes y, especialmente, revisar el tratamiento que se da a estos temas desde los medios de comunicación ya que desempeñan un rol primordial

en la perpetuación o no de los mismos. Una sociedad armónica no es una multitud de personas iguales sino muchas personas que, con sus diferencias, se integran.

La soledad es cosa de todos

Cuando nos referimos a la soledad, estamos considerando una condición definitivamente contraria a la naturaleza humana. Hoy sabemos que sentirse aislado es un factor de morbilidad y mortalidad más importante que la obesidad y el alcoholismo. El aislamiento afecta la calidad del sueño y aumenta los síntomas depresivos y los niveles matinales de cortisol (la hormona del estrés).

Por lo general, escuchamos a la gente comentar que tiene dolor físico, hambre o sed, pero es más difícil escuchar que en verdad se sienten solos. Porque el sentimiento de soledad representa un estigma en la actualidad. Cuando uno se siente solo, es importante reconocer la situación y entender el efecto negativo que produce en nuestro cerebro, cuerpo y conducta. Pero también hay que comprender que la diferencia no la hace la cantidad de personas con las que se rodea, sino la calidad del tiempo compartido con amigos y familia, una pareja confiable o sentirse parte de algo más grande que uno mismo (conectividad colectiva).

En la actualidad, el rol de las relaciones sociales se ha expandido a escalas impresionantes. Sin embargo, en este mundo hiperconectado, en plena efervescencia de las redes sociales y de las comunicaciones instantáneas, son muchas las personas que se sienten solas. Así, el sentimiento de soledad está creciendo en las últimas décadas en Argentina y en el mundo. Las estadísticas indican que un cuarto de la población manifiesta que no tiene con quién hablar. El aislamiento social se ha convertido en un gran problema de salud pública de nuestro tiempo. Tanto, que se llegó a postular que la soledad es una epidemia del presente (y del futuro). A veces se suele pensar que la soledad es consecuencia de la timidez, la depresión, la introversión o las habilidades sociales deficientes. Pero los estudios han demostrado que estas caracterizaciones son incorrectas: la soledad es una condición única en la que una persona se percibe a sí misma como aislada socialmente, incluso cuando está entre otros. Se trata de una experiencia emocional desagradable que se desencadena ante la

discrepancia entre las relaciones interpersonales que uno desea tener y aquellas que cree tener. De esta manera, sentirse solo no significa necesariamente estar físicamente solo.

Debemos preguntarnos responsablemente qué sucede cuando alguien de nuestra comunidad experimenta esta percepción de soledad. Deja de sentir la protección y el cuidado del grupo y nota una sensación de peligro. Se activa entonces el antiguo modo de autopreservación. Un estudio de neuroimágenes mostró que los cerebros de personas aisladas activaban más las áreas de atención ante imágenes negativas socialmente; mientras que se reducía la actividad en las áreas involucradas en el control de la atención que se necesita para ponerse uno en el lugar del otro, en tomar la perspectiva de otra persona. Se considera que el mundo es inseguro porque no contamos con la protección del grupo. Entonces aumenta nuestro estado de alerta ante posibles amenazas, generando así los síntomas de ansiedad y depresión. Además, se afecta el sueño, que se fragmenta y deja de ser un descanso reparador, aumenta también la activación del circuito del estrés y se debilita el sistema inmune. Asimismo, los estudios sugieren que, cuando nos sentimos solos, procesamos con mayor velocidad la información social negativa y, en consecuencia, como un círculo vicioso, tenemos una postura más hostil y defensiva en las interacciones sociales. Por su parte, trastornos conductuales como los comportamientos impulsivos, el alcoholismo, la irritabilidad e, incluso, las ideaciones suicidas pueden asociarse con la soledad.

Cuando la sensación de soledad se hace crónica, estos cambios biológicos traen consigo repercusiones negativas en la salud mental y física, como, por ejemplo, el riesgo cardiovascular. Debemos advertir que la soledad crónica es, en la actualidad, un importante factor de riesgo de mortalidad. Para comprender esto cabalmente, pensemos que, por ejemplo, la contaminación del aire aumenta un 5% las probabilidades de mortalidad; la obesidad, un 20%; y el consumo excesivo de alcohol, un 30%; mientras que se considera que la soledad crónica incrementa un 45% la mortalidad.

Los adultos mayores suelen ser el grupo con más alto riesgo de sentirse solos, ya que muchas veces están condicionados por factores como la pérdida de la pareja, vivir lejos de la familia y la falta de vínculos laborales que dan un significado e identidad social.

Asimismo, numerosos estudios evidencian que el sentimiento de soledad actual afecta también a adolescentes, jóvenes, padres y madres, personas con discapacidad y personas encargadas del cuidado de familiares.

Debemos preocuparnos porque el propio sistema promueva una vida social activa. Se ha encontrado que habría menos deterioro cognitivo en quienes tienen mayor actividad social. Así, podemos considerar dos grandes predictores de la expectativa de vida: las relaciones cercanas (a quien podemos pedir algo si lo necesitamos, quien nos acompaña al médico si estamos enfermos, a quien le contamos –y que sabemos que nos escuchará– nuestros problemas más sentidos, por ejemplo) y la interacción social (saludar amigablemente al mozo del bar cuando entramos a tomar un café, charlar con el diariero cuando compramos una revista, comentar el partido del día anterior con nuestro vecino).

Este contacto debe ser personal, ya que, también lo sabemos bien, no es lo mismo interactuar en redes sociales o por chat que cara a cara. En las interacciones personales, se libera una cascada de mensajeros químicos –neurotransmisores– que refuerzan, así como las vacunas, nuestro sistema inmunológico para el presente y para el futuro. Por lo tanto, tenemos que propiciar este contacto social. Nos hace bien mirar a la cara a una persona, dar la mano o un abrazo. Y también le hace bien al otro. Se trata de situaciones que reducen el estrés, aumentan los niveles de confianza y producen sensación de placer e influye sobre el dolor.

Según las estadísticas, la soledad crónica es una problemática que está aumentando en los países más desarrollados, lo que trae como consecuencia un impacto en la salud física y mental de sus comunidades. Por eso, en países como el Reino Unido, se ha creado un Ministerio de la Soledad, cuyo objetivo es resolver los problemas sociales relacionados con esta epidemia a través de programas multidisciplinarios que aborden la cuestión habitacional, educativa, sanitaria y social. Alguno podría preguntarse por qué debería el Estado involucrarse en algo tan íntimo. Precisamente, porque se trata de una institución que fue creada para cuidar y promover el bienestar de las personas a lo largo de toda la vida. Además, los problemas asociados a esta condición demandan muchos recursos a los sistemas de salud.

Las estrategias de intervención dirigidas a esta cuestión en países como el nuestro son indispensables. Una opción viable es ampliar las oportunidades para realizar trabajo voluntario para así promover la interacción social a la vez que se brinda colaboración con otras personas o causas, ambas muy beneficiosas para la sensación de bienestar. Sabemos que el altruismo activa circuitos que producen placer, tanto como comer algo rico o ganar dinero. Además, el trabajo voluntario luego del retiro laboral ayuda a los mayores a mantener un propósito en la vida. Desde ya, es importante desarrollar estrategias amplias para mejorar la vida de las personas que sufren. El puente entre la ciencia y la política pública debe ser cada vez más fuerte. Y, en tal caso, dejar para el mundo de la literatura esa condena a cien años de soledad para ciertas estirpes sin siquiera una segunda oportunidad sobre la Tierra.

Envejecer, un desafío y una oportunidad

Envejecer es un desafío para las personas y también para los Estados contemporáneos. El avance de la educación, de la ciencia, de la tecnología y de los cuidados preventivos en la salud nos permitieron a los seres humanos vivir mucho más y mejor. De hecho, la expectativa de vida se duplicó en solo un par de siglos. Por eso también así como en un período histórico surgió la adolescencia como tal, hoy nos hallamos frente a una nueva etapa de la vida que es la que, por esas costumbres que los nombres conservan, se la llama “pasiva”, cuando la realidad de ese tiempo puede (y debe) ser de gran actividad y provecho. Una de las mayores tendencias sociales de los próximos siglos es el envejecimiento de la población mundial.

Se calcula que el número de personas de más de 60 años llegará a 2000 millones en el 2050. Según un informe reciente de la OMS, por primera vez en la historia la mayoría de la gente puede esperar vivir hasta los 60 años o más. En los próximos 35 años el número de personas mayores de 60 años será casi el doble que en la actualidad. Un niño nacido en Brasil en 2015 puede esperar vivir hasta veinte años más que uno nacido en ese vecino país hace solo cincuenta años. Para el 2020, habrá más personas mayores de 60 años que niños de 5 años. Y la mayoría de los adultos mayores (80%) vivirá en países de ingresos bajos y medios.

En nuestro país, según datos del Banco Mundial, la población adulta mayor pasará de 10,4% de la población total a 19,3% en 2050 y 24,7% en 2100. Hoy, Argentina, junto con Uruguay, Cuba y Costa Rica, forma parte de los países más envejecidos poblacionalmente de América Latina. A diferencia de la mayoría de los cambios que las sociedades experimentarán durante los próximos cincuenta años, esta tendencia es en gran parte previsible y nos da la oportunidad de planificar.

Uno de los elementos de consideración en el proceso de envejecimiento es el potencial (o no) deterioro de las capacidades cognitivas. Distintos estudios indican que los individuos con niveles más altos de reserva cognitiva pueden ayudar a disminuir el riesgo o enlentecer el proceso de neurodegeneración asociado a la edad. Investigaciones en neurociencias han cuestionado la idea de que el deterioro cognitivo es inevitable y fijo. Aunque se ha reportado que la plasticidad neuronal se reduce durante la llamada “tercera edad”, trabajos recientes han demostrado que esta plasticidad se conserva mucho más de lo que se pensaba. Debemos enfocar más, entonces, en la idea de estímulo cognitivo que en la de deterioro.

¿Cómo impacta la circunstancia de la pasividad en un cerebro activo? La jubilación funciona en el sentido común como un premio merecido al trabajo de toda la vida (de ahí su nombre, emparentado a júbilo, grito de alegría). Esto se volvería literal en tanto la recompensa redundara en un beneficio y no un perjuicio para quien la reciba. Según distintas investigaciones, la pasivización jugaría un rol fundamental para explicar el proceso de cierto deterioro cognitivo. Los resultados empíricos demuestran que los incentivos a la jubilación anticipada y/u obligatoria causan pérdidas importantes de capital intelectual. Esto se da en el caso de que decrezca un elemento indispensable para la salud cerebral de las personas que es el desafío cognitivo. Es por eso que la persona que se jubila no necesariamente debe morigerar el ejercicio intelectual (incluso puede aumentarlo) con relación a la etapa previa. Desde un punto de vista teórico, la disminución de los patrones de actividad trae como resultado una afectación de las habilidades cognitivas, mientras que las actividades mentales las incrementan.

Por eso se vuelve fundamental la inversión de parte del tiempo del jubilado en actividades de mantenimiento cerebral (lectura,

paseos culturales, desafíos intelectuales, etc.) para lograr un envejecimiento cognitivo saludable.

La oportunidad es que aquellas cosas que antes se hacían por obligación o rutina laboral sean las que se interrumpan; mientras que las que daban gusto, se conserven; y las que se querían conquistar pero no había tiempo para desarrollarlas, renazcan. Las personas con un ritmo intelectual exigente pueden disfrutar de una ventaja en términos cognitivos, pero los beneficios rápidamente disminuirían si la persona se jubila intelectualmente. Un compromiso permanente con la exigencia intelectual sería uno de los caminos más eficaces para el mantenimiento cerebral.

Muchas veces, la carencia de estímulos no está determinada únicamente por la actividad específica que se deja de hacer, sino por el aumento o disminución de las interacciones sociales y el sentido de autosuficiencia, ambas variables que se consideran factores importantes y que contribuyen al mantenimiento de la reserva cognitiva. La interacción social también es clave para mantener el cerebro en forma.

Si nos concentramos en el efecto general de la pasividad ligada a la jubilación a fin de establecer políticas públicas, hay que tener en cuenta diferentes puntos. Uno de ellos, por supuesto, es el carácter individual de la decisión de jubilarse. Es diametralmente opuesto si una persona se jubila por propia decisión, ya que esperó con ansias este cambio de situación para realizar un emprendimiento, o dedicarse a un pasatiempo postergado por las exigencias laborales, a una persona obligada por las normas o la realidad de una empresa que reemplaza su puesto de trabajo por un individuo más joven. Pero en todos los casos, las políticas públicas deben comprender, intervenir y proteger. El marco político del envejecimiento activo que promueve la OMS dice que se debe ofrecer salud y seguridad porque con ella se logra que la persona mayor sea partícipe de la sociedad y no un sujeto pasivo.

Un estudio de 2012 de la Universidad de Carolina del Norte demostró que los estereotipos positivos y negativos sobre la vejez influyen en la autopercepción que tienen las personas mayores de sí mismas, y que eso se correlaciona con su bienestar y salud. Esto significa que es clave valorizar desde las instituciones y los medios de comunicación estereotipos positivos de la vejez.

Debemos comprometernos con el envejecimiento saludable y generar políticas para fortalecer las capacidades de todas las personas. Solo así será posible construir ciudades y comunidades amigas. El envejecimiento es un desafío y una oportunidad para las sociedades. La experiencia y la sabiduría son bienes esenciales que pueden desconsiderarse, y así se estaría desestimando un tesoro incalculable, o aprovecharse. El reto nuestro es que esa nueva edad sea considerada en un doble sentido: el de protección de sus propias capacidades a partir de desafíos cognitivos e intelectuales novedosos; y el de servicio a los demás a partir de la transmisión de sus saberes. Las escuelas intergeneracionales, instituciones en las que los adultos mayores cumplen un rol importante en brindar apoyo, contención y experiencia a los niños y jóvenes que asisten, son uno de entre tantísimos ejemplos de esto. Allí el conocimiento se construye socialmente y el aprendizaje se entiende como un proceso de desarrollo de toda la vida.

En la novela de Adolfo Bioy Casares Diario de la guerra del cerdo se cuenta la enemistad manifiesta hacia las personas mayores por parte de los jóvenes. Se narra desde la ficción una historia de inmoralidad, pero también de torpeza (“matar a un viejo equivale a suicidarse”, dice el mismo relato, como si hiciera falta la revelación). Resulta indispensable cambiar la percepción que tiene la sociedad en su conjunto sobre los adultos mayores. Y que nuestros Estados establezcan una dinámica que permita brindar los mejores servicios a los jubilados (pagas suficientes, eficacia de los sistemas de salud, actividades sociales, etc.) y los canales necesarios para que integren redes en donde interactúen no solo con sus pares generacionales sino también con niños, adolescentes y jóvenes.

Esto necesariamente se transforma en un círculo virtuoso, ya que esa exigencia genera para los mayores nuevas conexiones neurales; y, en el mismo movimiento, esa sabiduría y esa experiencia enriquece a las personas jóvenes. Silvina Ocampo cuenta en “Los retratos apócrifos” que en la infancia le gustaban los viejos, porque cuando miraban “extraían de los más modestos objetos un secreto importante, que tal vez nos comunicaran un día, si los escuchábamos con atención”. En comprender el valor de esos secretos quizás esté el principal desafío.

Educar al soberano y a la soberana

El curso dinámico del desarrollo del cerebro resulta uno de los aspectos más fascinantes de la condición humana ya que conjuga la genética y la interacción con el entorno. El cerebro de un recién nacido representa solo un cuarto del tamaño del de un adulto y, en todo el transcurso de su infancia, experimentará un crecimiento intensivo y masivo de neuronas. Pero ese fenómeno eminentemente biológico estará condicionado por la experiencia, ya que será esta la que guíe qué conexiones neuronales se preservarán y qué conexiones se van a eliminar.

Las primeras áreas cerebrales en madurar son las más básicas, relacionadas con la información visual o con el control motor de los movimientos. Más tarde se desarrollan otras, como el lenguaje y la orientación espacial. Las últimas áreas, que maduran recién entre la segunda y la tercera década de la vida, son las que están ubicadas en la zona frontal. Estos datos nos permiten comprender que en el cerebro del niño e, inclusive, en el del adolescente, las áreas involucradas en la inhibición del impulso, en la toma de decisiones, en la planificación y en la flexibilidad cognitiva o intelectual, aún están en proceso de maduración. Esta área no se desarrolla totalmente hasta la tercera década de la vida. La maduración de un área que controla nuestra habilidad para mantener la atención ocurre también en la adolescencia. De hecho, un joven puede observar una gradual mejoría en mantener su mente focalizada en temas por períodos más largos y en formas más complejas de pensamiento.

Todas estas evidencias que surgen de las investigaciones sobre cómo el cerebro se desarrolla y aprende tienen el potencial de generar un gran impacto en la práctica educativa. La comprensión de los fenómenos de la biología del cerebro en desarrollo permite abordar problemáticas claves para el aprendizaje, tales como la memoria, la atención, la alfabetización, la comprensión de textos, el cálculo, el sueño, la noción de inteligencia, la interacción social, cómo es el impacto emocional e, incluso, qué rol juega la motivación. También existen datos comprobables de cómo el cerebro procesa la información nueva a lo largo de la vida, sobre el rol de la imitación, del necesario tiempo de descanso cerebral para el asentamiento del conocimiento, de la relevancia de la corrección de errores, de la ayuda de la tarea dirigida y de la importancia del

rol activo y fundamental del docente. Diversos hallazgos científicos han demostrado que la interacción con otros humanos resulta central para el aprendizaje de los niños y los adolescentes.

Es en el cruce de diferentes disciplinas donde se logran los mayores conocimientos y las más eficaces prácticas. Resulta importante recordar que las neuronas se desarrollan a partir de un patrón genético dinámico moldeado por las exigencias y los estímulos del entorno. Imaginemos, por ejemplo, a un violinista. Mueve los dedos de la mano de manera intensa y precisa para ejecutar eficazmente su instrumento. El área del cerebro encargada del control motor elabora, para esto, mayor cantidad de conexiones neuronales. Esas conexiones permiten que el violinista mejore la destreza con el violín, y esos estímulos, a su vez, generan nuevas conexiones. Esto quiere decir que estamos frente a un sistema que se retroalimenta. Y, como contrapartida, frente a la carencia de estímulos, lo que se produce es un círculo vicioso. Si un chico no recibe suficiente estimulación intelectual, las vías o circuitos neuronales que tienen que eliminarse, no se eliminan, y las vías o circuitos neuronales que tienen que quedar, no quedan.

La relación entre diversas áreas del conocimiento puede dar lugar a una transformación de las estrategias educacionales que permitirán diseñar nuevas políticas educativas y programas para la optimización de los aprendizajes. Así muchas preguntas sobre la política educacional pueden ser nuevamente abordadas: ¿Cuál es la mejor edad para iniciar la educación formal? ¿Existe una edad crítica más allá de la cual resulta más complejo alcanzar el alfabetismo? ¿Por qué algunos niños aprenden más fácilmente que otros? La ciencia puede contribuir a la búsqueda de estas respuestas y los educadores no deben temer sus aportes, ya que muchos de estos seguramente amplían e, incluso, respaldan sus saberes y prácticas cotidianas de la enseñanza. Asimismo, los científicos deben trabajar de manera mancomunada con los docentes, ya que son ellos quienes mejor conocen la realidad del aula.

Para que una nación se desarrolle de manera sostenida e igualitaria resulta fundamental lograr una educación de calidad para todos los niños y niñas y adolescentes de nuestro país. Entonces, es imprescindible preparar a los chicos para el aprendizaje. Y esta preparación tiene que ver no solo con la

estimulación cognitiva, sino con el acceso a una buena nutrición, a un contexto sano y seguro, a la salud.

Cualquier estimulación y programa educativo, incluso los más innovadores y sofisticados, requieren de una condición aún más primaria para el eficaz desenvolvimiento de los cerebros que se forman. Ambiciosas propuestas educativas personales, áulicas o comunitarias fallan no por cuestiones cualitativas de esas experiencias, sino por la mala alimentación del alumno. La reconocida neurocientífica de la Universidad de Pensilvania Martha Farah estudió el impacto de estas carencias en el cerebro en desarrollo. Sus estudios pudieron arribar a conclusiones sobre los efectos negativos que produce una pobre nutrición, la exposición a toxinas del medio ambiente o cuidados prenatales inadecuados. Pero uno de los elementos más relevantes de sus estudios tuvo que ver con el grado de reversibilidad de estas condiciones. La necesidad de los adecuados estímulos, alimentación y contención afectiva es urgente y, aunque el tiempo haya pasado, siempre será favorable la intervención.

Entonces, para que en una comunidad se pueda enseñar y aprender es necesario lograr un piso de bienestar y equidad. Si no hay un contexto adecuado, y aunque haya oferta educativa, no están dadas las condiciones plenas para que se produzca el aprendizaje. Es responsabilidad del Estado garantizar, respetar y proteger el acceso a la educación y asegurar que se den las condiciones de educabilidad, es decir, los factores que promuevan que los chicos efectivamente aprendan.

¿Por qué acceder a educación de calidad es tan importante? La educación, tanto en el aula como en casa, nos ayuda a ser mejores personas. Conocer nuestra historia, por ejemplo, nos alienta a imaginar cómo sería caminar en los zapatos de aquellos personajes sobre los que leemos, conocer sus luchas, sus éxitos y sus fracasos. Saber cómo llegamos hasta acá. También nos ayuda a conocer otras culturas y, de esta manera, promueve la tolerancia. A través de la educación aprendemos a desarrollar la empatía.

Además, la educación es una herramienta fundamental que nos ayuda a convertir la información (que hoy es más accesible que nunca antes en la historia) en conocimiento. A su vez, nos prepara para seguir aprendiendo a lo largo de toda la vida. Es un desafío del

presente para el futuro. Es innegable que debemos repensar la escuela. A pesar del esfuerzo que día a día hacen docentes y trabajadores de la educación, el sistema educativo actual no capacita a los estudiantes para un mundo dominado por las ideas, la creatividad y la innovación. Debemos preparar a los niños y niñas, además, para desafíos hoy inimaginables que requerirán de personas flexibles, creativas y con capacidad crítica. Mejorar la calidad y la relevancia de los contenidos y las estrategias educativas nos ayudará también a luchar contra la deserción escolar.

Otro de los desafíos del sistema educativo actual es erradicar los estereotipos que hacen que pensemos que solo algunos pueden dedicarse a ciertas disciplinas. Por ejemplo, muchas personas todavía piensan que para dedicarse a las ciencias, al desarrollo de tecnologías, a la ingeniería, al arte o las matemáticas (las llamadas STEAM) es necesario haber nacido con un talento especial y específico. Muy por el contrario, tanto el talento como las vocaciones pueden desarrollarse. La vocación científica no tiene que ver con capacidades "naturales", sino con el hecho de haber tenido ejemplos a seguir, de estar motivados y de la constancia que implica el trabajo duro. No debe haber distinción de género o clase social para tener la posibilidad de desarrollar las vocaciones. Esto no solo mejorará la calidad de vida de cada uno, sino que contribuirá al desarrollo de toda la comunidad.

La educación tiene un impacto económico en nuestras vidas. Y esto redunda también en las de nuestra sociedad porque el bien más importante con el que cuenta un país es el potencial y la formación de sus ciudadanos. Sin embargo, hoy, pese a que los datos muestran una correlación entre el nivel educativo alcanzado, la calidad ocupacional y la movilidad social, en nuestro país parece haberse perdido la idea de que la educación es la herramienta más poderosa para transformar nuestra realidad. Es urgente devolverle a la educación el valor social transformador. La tendencia a concentrarnos en el corto plazo, en las gratificaciones inmediatas, o la idea incorrecta de que hoy en día el ascenso social solo puede lograrse gracias a la herencia, los contactos o la corrupción atentan contra la apuesta de la formación a largo plazo.

Vivimos en un país cada vez más desigual. La brecha entre los que pueden acceder a la educación, a la alimentación o a la salud

de calidad y los que no es cada día más amplia. El gran sueño colectivo que nos una como país debe ser terminar con la desigualdad y desarrollarnos. Resulta imposible pensar una sociedad con un crecimiento sostenible partiendo de una distribución desigual del conocimiento.

La familia, las instituciones, la pequeña comunidad y la sociedad organizada en naciones como la nuestra son responsables del desarrollo de niños y adolescentes. ¿Qué sentido tienen estas comunidades que se organizan en inmensas estructuras burocráticas sino es que ese destino de realización plena y felicidad sea posible? ¿Qué otra inversión pública para nuestros Estados puede ser más prioritaria que alimentar, curar y educar a un cerebro que está en desarrollo? Esos niños y adolescentes deben ser los verdaderos privilegiados porque así lo requiere el orden de la naturaleza y la cultura, y porque serán los que se volverán grandes y trazarán con sus manos los nuevos destinos propios, los de sus comunidades, los nuestros, al fin y al cabo.

El crecimiento económico tiene que estar acompañado por un aumento y una mejora en la educación, poderoso motor de desarrollo y uno de los instrumentos más importantes para combatir la pobreza pero también para mejorar la salud, lograr la igualdad de género, el reconocimiento y cuidado de las personas mayores, la paz y la estabilidad.

Como nos enseñaron desde chicos, a través del ejemplo y de la palabra, necesitamos una sociedad en la que el conocimiento, la verdad, la creatividad, la justicia y el trabajo colectivo sean centrales.

Sobre el mito de los primeros 1000 días

Los mitos tienen que ver menos con la evidencia científica y más con los relatos tradicionales que, en muchas ocasiones, son protagonizados por seres sobrenaturales. Estas narrativas, entre otras cosas, permiten a las sociedades abordar preguntas que aún no hallan respuestas verificables. Ahora bien, ¿qué pasa cuando se difunden mitos sobre cuestiones fundamentales que sí cuentan con respuestas científicas?

Las interpretaciones inadecuadas de los resultados de algunas investigaciones han llevado a popularizar la idea errónea de que los primeros dos o tres años de vida de un niño o una niña son tan

determinantes para su desarrollo futuro, que pasado ese período hay poco o nada por hacer para el logro de su progresiva inclusión social, educativa y laboral. Estas nociones constituyen lo que se ha denominado “el mito de los primeros tres años de vida”. Uno de sus componentes surge de estudios que se realizaron con animales de laboratorio. Hace más de veinte años, experimentos con roedores demostraron que la densidad de las conexiones neuronales y el aprendizaje podía incrementarse al criar a los animales en “ambientes enriquecidos” (jaulas donde se desarrollaban con otros animales y con múltiples estímulos sensoriales). En contraposición, los que se criaban en ambientes con deprivación social y sensorial, es decir, en aislamiento, tenían menos conexiones neuronales y presentaban un peor rendimiento en tareas de aprendizaje. La extrapolación y generalización de estos resultados al ámbito humano no es solo un error técnico sino además una aberración. También se han difundido imágenes que muestran diferencias en el desarrollo del cerebro de niños de tres años criados en ambientes adversos por negligencia o abuso para afirmar que estos se convertirán irremediablemente en adultos menos inteligentes, menos capaces de empatizar, más proclives a la adicción a las drogas, a la conducta violenta, al desempleo y a la dependencia. Además, se ha señalado que el desarrollo cerebral deficitario se debería, en gran parte, a la forma en que niños y niñas fueron tratados por sus madres y sus padres, quienes no habrían sido suficientemente responsables para atender sus necesidades.

El mito suele asumir también que la falta de una alimentación adecuada y de oportunidades de educación y estimulación social y afectiva se reproducen a través de las generaciones en familias en situación de vulnerabilidad socioeconómica. Es decir, padres y madres que han sido negligidos durante su infancia y que, en consecuencia, habrían tenido un desarrollo cerebral insuficiente, repetirían con sus hijos las mismas conductas y hábitos, produciendo resultados similares. Se crearía así un mecanismo prácticamente imposible de romper. Todo esto se sostiene en una idea errónea y determinista del desarrollo neural. En base a esta idea, también se ha organizado una intensa campaña de marketing para promover productos destinados a estimular el desarrollo cerebral. Muchos de estos prometen mejoras cognitivas basadas en

evidencia neurocientífica, que en realidad no existe o no es generalizable más allá del ámbito del laboratorio. El mayor peligro de estas propuestas es que sean adoptadas por quienes están a cargo de diseñar políticas públicas. Una de las consecuencias posibles de esto es atribuirle culpa a padres y madres por no ocuparse adecuadamente de sus hijos en tal período, quitando el foco de la responsabilidad social.

Las políticas deben tomar como insumo la evidencia científica, y no su mueca. Es imprescindible saber qué es lo que sucede en el cerebro de un niño durante su desarrollo. Los humanos tenemos aproximadamente 100 mil millones de neuronas, unidades básicas de procesamiento de la información, que se conectan entre sí y con muchos otros componentes neurales de maneras complejas. Estas conexiones (sinapsis) son la base del aprendizaje y la memoria. Al nacer, las sinapsis son relativamente pocas, y se van incrementando hasta incluso exceder la cantidad que tiene un adulto. Este proceso se denomina "sinaptogénesis". Luego, ocurre una disminución progresiva de la cantidad de sinapsis hasta aproximadamente la segunda década de vida, dependiendo de la región cerebral, llamada "poda neuronal", que ocurre en diferentes momentos para distintas regiones cerebrales.

Por mucho tiempo se creyó que la cantidad máxima de neuronas se fijaba al nacimiento. Sin embargo, los descubrimientos neurocientíficos han cuestionado estas afirmaciones: las conexiones neuronales continúan modificándose a lo largo de toda la vida, reforzándose o debilitándose en relación con la interacción con el medio ambiente y el aprendizaje. Tales procesos constituyen lo que conocemos como "plasticidad neural". Hoy sabemos que el cerebro es plástico durante toda la vida. Si bien existen períodos sensibles en su desarrollo, durante los cuales se facilita la adquisición de un aprendizaje en particular (como, por ejemplo, el lenguaje), es incorrecto postular la existencia de períodos críticos para la adquisición de otras habilidades cognitivas complejas, como la autorregulación de la conducta, que dependen de la integración de numerosas redes neurales durante muchos años. Los ambientes tempranos adversos pueden impactar en la organización cerebral, pero es erróneo –y, más aún, peligroso– afirmar que los efectos sean totalmente irreversibles, ya que la plasticidad neural y las

oportunidades de aprendizaje continúan abiertas durante todo el ciclo vital. Ello no significa que el ambiente en que se cría a un niño durante sus primeros años carezca de importancia, sino que sus efectos no son definitivos y, pasados los tres años, aún hay mucho que hacer. La responsabilidad pública de cuidar los cerebros en todas las etapas de la vida debe estar a la orden del día, todos los días.

La importancia de la educación inicial

La crianza que permite que un niño crezca de manera integral (física, mental y socialmente) incluye, como vimos, la alimentación, el cuidado de la salud, la protección, el estímulo cognitivo y emocional, el cariño y la seguridad del ambiente. Esto es responsabilidad de las familias, pero también de los Estados, quienes deben asegurar el acceso a servicios educativos y de salud de calidad.

El desarrollo del cerebro depende no solo de la nutrición adecuada sino también de las experiencias, oportunidades y estímulos a los que esté expuesto. Como sabemos, las experiencias que vive un niño tanto en el ámbito familiar y en otros entornos como la escuela son fundamentales. En este sentido, la educación inicial tiene un rol importante en la construcción de ciertas habilidades cognitivas y sociales. Su impacto se observa en el bienestar físico y motriz, en las habilidades lingüísticas, la comprensión de conceptos matemáticos, la capacidad de sostener la atención y autorregular el propio proceso de aprendizaje y las emociones, entre otros.

Numerosos estudios sugieren que la capacidad para comprender y descomponer las palabras en sus sonidos fundamentales y poder manipularlos en niños de edad preescolar repercute en el rendimiento en tareas de lectura y escritura en la educación primaria. En cuanto a la matemática, el acercamiento a conceptos como el conocimiento de los números y la ordinalidad desde el nivel inicial incide en la incorporación de competencias más complejas en esta área. Las funciones ejecutivas son críticas para el desarrollo escolar y social. Se trata de funciones que a su vez dan lugar a otras habilidades importantes como la capacidad de recordar la información necesaria para completar una tarea, filtrar distracciones, resistir impulsos inapropiados, sostener la atención,

establecer metas, planificar cómo lograrlas y monitorear el resultado, así como manejar las emociones propias y ajenas. Estos procesos se producen lentamente desde la infancia hasta la adolescencia tardía. Existen diferentes actividades como el juego imaginativo, el juego reglado y la actividad física que ayudan a promoverlos. Para todo esto es central el rol del docente en el lazo que ellos saben construir con los niños, brindándoles contención y haciendo que se sientan seguros y tranquilos.

Los niños necesitan desarrollarse en interacciones con adultos emocionalmente empáticos. La interacción entre pares es muy importante pero los adultos somos el puente en la relación entre los niños y su ambiente, mediamos en esa relación y en gran parte estimular ese vínculo depende de nosotros. La inversión efectiva en la primera infancia posibilita que cada niño promueva sus potencialidades para vivir con felicidad y convertirse en un adulto pleno.

La inversión integral, efectiva, sostenida y de calidad en nuestros niños, niñas y adolescentes debe convertirse en una política nacional que combine los esfuerzos de la sociedad civil, el sector privado y, por supuesto, el Estado. Por eso las políticas y programas integrales y multisectoriales para la primera infancia deben ser una política de Estado. Como dijimos: se trata de que la inversión en el desarrollo humano sea el principal plan de la Argentina para lograr el desarrollo y la equidad social.

El caso de la brecha lingüística en los niños

Así como el resto de las habilidades cognitivas, el desarrollo del lenguaje depende fundamentalmente de factores genéticos y de la experiencia. Si bien estamos preparados para poder aprender a hablar y adquirir el lenguaje desde nuestro nacimiento, precisamos desarrollarnos en un entorno estimulante para que eso efectivamente suceda. Por eso, y para poder alcanzar su máximo potencial, se necesita, como dijimos, crecer en un entorno en el que no solo estén satisfechas las necesidades nutricionales y materiales, sino también las socioemocionales y las lingüísticas.

Los avances de la ciencia han identificado períodos en los que los sistemas neuronales son particularmente sensibles al impacto de ciertos factores externos en relación con algunas funciones cognitivas, como el lenguaje. Es decir, etapas o momentos

específicos del desarrollo en los cuales el cerebro está preparado para la recepción de ciertos estímulos y luego dar lugar a una función determinada. Esto toma particular relevancia para analizar e intentar explicar una desventaja cognitiva en los niños que no cuentan con sus necesidades básicas satisfechas. Los factores que podrían explicarla son varios. La evidencia científica nos muestra (y la experiencia de vida reclama) que nuestros chicos necesitan y deben crecer en un entorno seguro, estable y con niveles bajos de estrés. Si nos enfocamos específicamente en el desarrollo del lenguaje, se han reportado deficiencias en la calidad de la interacción entre padres y niños en entornos de extrema vulnerabilidad, lo cual se podría asociar a carencias en los factores recién mencionados: el hecho de vivir en condiciones de adversidad, con largas y continuas jornadas laborales fuera de la casa, inestabilidad y estrés. Esto puede generar que los adultos estén más condicionados para responder satisfactoriamente a las necesidades de tal interacción, atenuando o disminuyendo así también el nivel de estimulación cognitiva y social. Aquí toma particular relevancia la práctica lingüística dirigida hacia los chicos, convirtiéndose en un factor esencial en la desventaja lingüística que pueden presentar algunos niños en estas condiciones. Un estudio longitudinal realizado en familias de habla hispana mostró que aquellos niños cuyas madres les hablaban más a los 18 meses, aprendían más vocabulario a los 24 meses. Además, seis meses más tarde, la riqueza del lenguaje escuchado se relacionaba con mayor eficiencia en el procesamiento lingüístico.

Esto pone al descubierto la importancia y la necesidad imperante de garantizar a todos nuestros chicos la posibilidad de estar inmersos en un contexto de interacciones sociales positivas con un entorno lingüístico rico y variado. Es vital en la formación de las habilidades de procesamiento de la información necesarias para la comprensión del lenguaje en tiempo real y para la adquisición de un amplio vocabulario. A su vez, impactaría positivamente en la posterior adquisición de la lectoescritura, en el desempeño académico y en el desarrollo cognitivo a largo plazo.

Debemos insistir que somos los seres humanos (y sobre todo los niños y los jóvenes) el principal bien que tenemos como comunidad. No existen recursos naturales ni reservas monetarias que puedan

superar al desarrollo humano.

Esos cerebros son los cerebros del futuro. Serán los que innoven, los que creen, los que a su vez proyecten una sociedad cada vez mejor. Por ello, la pobreza, la discriminación y la ignorancia son las principales barreras del crecimiento. Asimismo, la desigualdad y la falta de oportunidades generan desesperanza, apatía y violencia en las comunidades. La inversión en el desarrollo humano, en la educación, en la salud y en la investigación científica y tecnológica representa una herramienta eficaz de equidad social. No debe ser vista como un lujo de las sociedades que alcanzaron el desarrollo, sino como la piedra basal de aquellas que buscan alcanzarlo de una vez por todas.

La Universidad, motor de desarrollo

Los sistemas educativos enfrentan el reto de preparar a las personas para desenvolverse en un futuro desafiante. Y el futuro es hoy. Para prosperar en un mundo dinámico, interconectado y basado en el conocimiento necesitamos una educación que enseñe a pensar críticamente, a resolver problemas, a adaptarse a nuevos escenarios, a adquirir nuevas habilidades y a ser solidario con el prójimo.

Aprender a aprender tiene que ver con el desarrollo de habilidades cognitivas básicas. Es por esto que hoy los modelos educativos más exitosos se centran en reforzar habilidades como la lectocomprensión, el pensamiento analítico, la creatividad, la expresión oral y escrita y el desarrollo socioemocional. Todo esto sin olvidar promover también la actividad física y el deporte, el arte, el aprendizaje de lenguas extranjeras y el uso crítico y efectivo de las tecnologías de la información y la comunicación, las famosas TIC. Desde la educación inicial hasta la formación de posgrado, las herramientas más importantes que podemos brindar a los niños y jóvenes y a las futuras generaciones tienen que ver con la posibilidad de la formación continua que les permita adaptarse a nuevos escenarios (que hoy podemos imaginar como meros relatos de ciencia ficción). La creatividad y la capacidad de adaptación serán habilidades claves para los estudiantes y trabajadores del futuro, pero también para nosotros mismos. Debemos prepararnos y fomentar la preparación no solo para adaptarnos a esa realidad, sino para crear y construir el futuro.

En un contexto de dramática desigualdad social como es el de la Argentina actual, debemos comprender de una buena vez que la educación, la investigación científica, la innovación y el desarrollo tecnológico constituyen las herramientas más eficaces para terminar con la reproducción intergeneracional de la pobreza.

Todos los niños y jóvenes en nuestro país tienen el derecho de recibir una educación de calidad desde las primeras etapas de sus vidas hasta acceder a los títulos de mayor nivel. Por eso cuando nos referimos a la inversión en conocimiento, estamos hablando también de desarrollo social para el presente y para el futuro.

Los países que han crecido de manera sostenida consideraron la inversión en educación como la base del desarrollo productivo de sus economías y de su sociedad. Pero también han comprendido que la educación per se no es suficiente para lograrlo, sino también la inversión en investigación científica, aunque todavía llamativamente en Argentina algunos discutan su importancia. La educación, la ciencia y el conocimiento deben ser el principal programa económico y social de nuestro país. Una institución clave en todo este proceso es la universidad. Los países que construyen un sistema universitario amplio y fuerte que genere conocimiento original de calidad, tienen ventajas sobre el resto. Pero eso no se logra azarosamente, ni es efecto del derrame, sino que es resultado de una mirada estratégica a largo plazo. Un país que no invierte fuertemente en investigación, difícilmente podrá aplicar la ciencia al desarrollo y quedará, en el mejor de los casos, destinado a imitar avances de otros países.

Es necesario que la universidad argentina sea una institución protagonista en la construcción de un país basado en el conocimiento que requiere urgente y drásticamente desarrollo y equidad. Debe estar involucrada y comprometida con el devenir político y social y, de esta manera, estar ligada a las decisiones fundamentales del país. Academia, trabajo y producción, y gobierno deben interactuar para vincular la ciencia y la tecnología al aumento de la productividad y la distribución justa de los ingresos. Por su parte, el Estado (que hoy destina menos del 0,6 % de su PBI en investigación y desarrollo –I + D– y debería invertir, al menos, el doble) y el sector privado (que debe aumentar significativamente su inversión en I + D) tienen que ser los impulsores de este

crecimiento. Corea del Sur hace décadas destinaba el 0,4% de su PBI a I+D y el ingreso per cápita era de 278 dólares mientras que hoy invierte el 3% y el ingreso es de 17.074 dólares.

Otra función esencial de la universidad es incorporar conocimiento científico-tecnológico a la sociedad en general y al sistema productivo en particular. El conocimiento propicia la aplicación de nuevas tecnologías para la producción, la innovación de los procesos, la diversificación productiva con el consiguiente aumento en la eficiencia, disminución de costos, posibilidad de nuevas fuentes de inversión y el acceso a nuevas oportunidades comerciales.

Un ejemplo paradigmático es el de Israel, donde el rol de las universidades como fuente de innovación es imprescindible. Allí, las mismas cuentan con oficinas de transferencia tecnológica que vinculan el campo académico, científico y creativo con el mundo de las empresas, el trabajo y las oportunidades comerciales. La inversión en conocimiento y la articulación entre lo público y lo privado ha permitido que Israel, una nación en permanente estado de guerra y con escasos recursos naturales, se haya convertido en solo unas décadas en un modelo mundial de investigación y desarrollo.

Nuestros países necesitan del compromiso de todos los actores para que la universidad constituya una prioridad en la agenda pública y se transforme de verdad en uno de los pilares de la revolución del conocimiento, que es lo que nos conducirá a una sociedad con mayor desarrollo y oportunidades para todos. Debemos reflexionar sobre los cambios drásticos que estamos atravesando y generar un sistema educativo que sea un puente hacia el futuro. Seamos la generación que piense y construya una comunidad educada para el desarrollo con equidad social. Es nuestra obligación decidir qué sociedad queremos construir y hacerlo a partir de una estrategia común de los diversos actores, con debates y acuerdos básicos. No es una tarea fácil pero la peor de las decisiones es no intentarlo.

Elogio de la ciencia básica

Si alguien preguntara: “¿es más provechoso para la sociedad invertir fondos públicos en un mejor tratamiento para la epilepsia o en entender las propiedades biomoleculares de un alga?”,

probablemente, la mayoría de las personas no dudaría en contestar lo primero. Entonces, se sorprenderían al saber que la lenta investigación sobre un alga llevó al desarrollo de la optogenética que es una de las tecnologías con mayor impacto social de los últimos tiempos.

La ciencia básica es aquella que carece de un objetivo práctico inmediato. Entonces, los descubrimientos científicos básicos no siempre se convierten en recompensas próximas pero, cuando lo hacen, cambian para siempre nuestra vida y la de nuestra sociedad. Del mismo modo, producen un considerable impacto en la economía de los países que generan ese conocimiento. Los avances en salud que prolongaron la expectativa de vida y la tecnología que disfrutamos en la actualidad no hubieran sido posibles sin la investigación básica.

Sabemos que el propósito de la ciencia es obtener conocimiento acerca del universo y explicar los mecanismos por los cuales suceden los distintos fenómenos que ocurren en él. Es útil detenernos e insistir, ya que comprender los métodos y procesos de la ciencia tiene que ver con que sus avances no siempre generan resultados palpables. Existen muchísimos ejemplos de innovaciones que nacieron de un hallazgo completamente alejado o de una investigación de la que no se esperaba una aplicación determinada: los chips de computadora, la tecnología GPS y la mismísima Internet se generaron a partir de investigación básica. ¿Quién podrá negar que estos estudios se transformaron en aplicaciones que luego generaron trabajos que antes no existían y mejoraron la economía real de sus sociedades?

“La ciencia pura”, decía Bernardo Houssay, “es sin duda la fuente que alimenta incesantemente las técnicas aplicadas; si aquella se detiene, estas languidecen o desmejoran pronto”. La decisión política que apueste por el conocimiento y la inversión en algo, cuyos frutos no surgirán de manera inminente, sino con el tiempo, el trabajo y el apoyo de todos, es clave para el crecimiento de las sociedades.

Bernardo Houssay así se refería a esto en una conferencia en la Universidad de Columbia en 1954:

Es muy común en los países atrasados una desmedida preocupación por las aplicaciones inmediatas, y por ello se suele

alardear de criterio práctico y pedir que se realicen exclusivamente investigaciones de aplicación inmediata y útiles para la sociedad.

Y será aún más drástico al decir:

Quienes expresan tales criterios ignoran –y esta ignorancia es muy grave y dañina– que todos los grandes adelantos prácticos provienen de la investigación científica fundamental desinteresada.

Houssay no solo predicaba esta idea sobre la importancia de la ciencia básica para el desarrollo de las naciones, sino que dedicó su vida a promover, fortalecer y difundir la investigación científica. Ejemplo claro de su compromiso con el avance de la investigación científica en su país es haber sido de los principales propulsores de la creación del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) que tiene como fin promover el desarrollo de la ciencia y la tecnología de Argentina.

Gracias a la tarea de miles y miles de investigadores, día a día se incrementa nuestro conocimiento acerca del mundo en el que vivimos y de nosotros mismos. Es por ello que debemos ser conscientes de que la apuesta real por el conocimiento debe ir de la mano de políticas que forjen y consoliden un sistema científico cada vez más robusto. De ello depende cómo será el tamaño de nuestra esperanza.

Sin ciencia no hay futuro

Los discursos en los estrados y en los estudios de televisión sobre el apoyo a la ciencia muchas veces se tornan, lamentablemente, sacos vacíos, lugares comunes, verso puro o mitos urbanos. Por supuesto que en cualquier caso (con la homologación de propagandistas y consultores de marketing electoral) quienes lo dicen saben que se trata de palabras políticamente correctas, aspiracionales, inocuas.

Se equivocan quienes sostienen que para invertir en ciencia, tecnología e innovación, primero hay que ser un país con crecimiento económico y destinar recursos recién cuando haya excedente para esos lujos, esperando el derrame. Los países que son potencias en el mundo no invierten en ciencia y tecnología porque les sobra el dinero y el tiempo y les faltan desafíos importantes. Lo hacen para ser desarrollados y más igualitarios.

Debemos desterrar de una vez por todas estas posturas que nos anclan en el cinismo de pensar que en Argentina solo estamos

destinados a la supervivencia o, mucho peor, como lo refirió uno de nuestros más lúcidos historiadores, a una larga agonía. Nehru, el arquitecto de la India moderna, sostenía que su país era demasiado pobre como para darse el lujo de no promover la investigación científica y el desarrollo tecnológico.

El INVAP en nuestro país funciona como modelo de lo que decimos, de lo que perseguimos, de lo que debemos ser.

Nadie podría dudar de que en el siglo XXI las ideas son los verdaderos motores de las economías de los países (pensemos en los casos de Google o Apple). No sería difícil ver que las sociedades que más han crecido en las últimas décadas son aquellas que han planteado estrategias en las que se priorizó el desarrollo científico y tecnológico.

En la década del 80, el 80% de la investigación, desarrollo e innovación (I + D + i) australiana era financiada por el Estado, un porcentaje similar al de la Argentina actualmente. A lo largo de los años, y sin perder el apoyo estatal, el sector productivo fue sumando inversiones progresivamente y es así como alcanzó mejoras significativas en productividad y condiciones para el desarrollo sostenible a largo plazo.

Estos resultados no son azarosos y tienen una razón de ser. Todos los países necesitan proveerse de tecnología y, para eso, deben decidir si producirla localmente o importarla. Se trata de una decisión estratégica. Es la política pública la que debe definir las necesidades tecnológicas del país y asignar recursos para su desarrollo.

A partir de ello, las empresas competitivas en áreas de tecnologías de avanzada comienzan proveyendo a su país, y así se impulsa la cadena que les permite, en lo sucesivo, competir internacionalmente. Es que al desarrollar capacidades tecnológicas se ahorra dinero, se da trabajo a científicos y técnicos locales, se promueve la formación en ciencia de las nuevas generaciones y se fomentan nuevos emprendimientos afines que, a su vez, impulsan nuevos puestos de trabajo.

¿Por qué decimos entonces que, en nuestro país, INVAP representa un caso emblemático de la inversión en conocimiento? Creado hace más de cuatro décadas por un grupo de físicos del Instituto Balseiro, desarrolla en la actualidad tecnología nuclear,

espacial, médica, de comunicaciones, de defensa y seguridad, entre otras.

Se trata de la más prestigiosa empresa tecnológica latinoamericana y la única en el continente que diseña y construye reactores nucleares, satélites y radares con tecnología nacional. Es propiedad de la Provincia de Río Negro, que se ocupa de su control junto con la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA), cuenta actualmente con 1.350 trabajadores (más del 80% profesionales y técnicos especializados), interactúa fluidamente con las universidades y es autosustentable.

Todo esto demuestra que en Argentina es posible desarrollar tecnología de calidad internacional que compita con las mejores empresas del mundo y exportar esta producción de alto valor agregado, aumentando la competitividad internacional de nuestro país, generando lazos con el mundo y abriendo las puertas a otros productos y servicios locales. Por ejemplo, los contratos para hacer reactores de investigación en Egipto, Australia y Holanda fueron ganados por INVAP compitiendo con empresas mucho más grandes y de países más desarrollados. En Australia, compitió con los socios del consorcio franco-alemán y con la empresa nuclear del gobierno canadiense. En Holanda, con la empresa del gobierno francés y un instituto del gobierno coreano.

El modelo INVAP da cuenta de manera categórica de que la inversión sostenida y transparente en ciencia aumenta considerablemente la productividad de un país. Pero solo gracias a una política de Estado que trascienda los gobiernos se puede consolidar una estrategia general para el desarrollo científico-tecnológico nacional y crear una cultura científica.

¿Y por qué esto que es aún extraordinario no se vuelve algo común? Entre otras razones, porque actualmente en Argentina se invierte menos del 0,6% del PBI; mientras que las economías que buscan desarrollarse invierten alrededor del 3%. Los argentinos no podemos darnos el lujo de no apostar por el conocimiento simplemente porque decimos que “no contamos con los recursos presupuestarios”.

Debemos hacerlo precisamente porque esto nos va a permitir superar las limitaciones económicas actuales y futuras. Ser dependientes en materia científica y tecnológica es lo que resulta

verdaderamente oneroso, como así también la chapucería, la corrupción y el mero marketing.

Como dijimos, gobernar es priorizar y, en este sentido, más que intenciones, de la política se esperan prioridades, reglas e instituciones que construyan una hoja de ruta de largo plazo. Debemos priorizar la vinculación de la ciencia y la técnica al trabajo para mejorar la productividad y de esta manera lograr las condiciones que permitan una movilidad social ascendente a millones de argentinos. ¿Cuál sería la otra opción? Además, esta estrategia nos correría del estado de vulnerabilidad en el que se encuentra gran parte nuestra economía que justamente expone a los más pobres a mayores riesgos.

Una sociedad que promueve el conocimiento se basa en la aplicación intensiva del saber en todos los órdenes de la vida social y productiva, y reconoce a las ideas y a los trabajos de las personas como el principal valor para el desarrollo socioeconómico. La dependencia en conocimiento, ciencia y tecnología produce dependencia económica, política y cultural.

Es cierto que las necesidades de nuestro país exceden (y han excedido históricamente) las posibilidades de nuestro aparato productivo. Por eso, para que nuestra economía crezca hay que generar más valor agregado y ser grandes exportadores a través del conocimiento que pueda elevar la productividad de los sectores públicos y privados.

Seguramente todos estamos de acuerdo con este objetivo. Lo que necesitamos ahora es tender puentes entre los institutos de investigación, los laboratorios, la academia y el sector productivo a través de instituciones que medien y que promocionen esta relación.

Nadie –investigadores, académicos, políticos, sociedad en general– ignora el contexto económico y social en el que vivimos. Pero tampoco debemos dejar de insistir todos los días que la inversión en conocimiento es la base para plantear el verdadero crecimiento económico y social que necesitamos y para proveer al país de la fuerza intelectual, cultural y tecnológica necesaria para enfrentar los desafíos del presente y del futuro. Este es el camino, siempre y cuando sea una política sostenida en el tiempo, que no se trate de eslóganes vacíos. Por eso debemos estar atentos a lo que nuestros dirigentes dicen y hacen. No debemos equivocarnos,

porque si es así nos enfrentaremos otra vez a espasmos y a cantos de sirenas. Necesitamos construir consensos sociales que trasciendan los períodos presidenciales. Es la manera de romper los ciclos viciosos de crisis y veranitos económicos.

La Argentina carece de un proyecto sustentable e igualitario de crecimiento. No podemos resignarnos a pensar que el único objetivo al que podemos aspirar como país sea sobrevivir. Debemos modificar nuestros esquemas mentales que nos impiden trabajar colectivamente con consensos y mirando el largo plazo. Nuestro propósito debe ser reconciliarnos como sociedad detrás de un gran objetivo: construir un país digno para todos y, por supuesto, desterrar definitivamente la pobreza a través del trabajo, la educación y el fortalecimiento de las instituciones de la República. Sin ciencia, no hay presente ni futuro. Y el momento de actuar es ahora.

Un puente entre la ciencia y la producción

La importancia del desarrollo científico y tecnológico argentino debe afianzarse cada día más en la discusión sobre un proyecto que nos lleve al desarrollo. Debemos entender, como dijimos, que cuando hablamos de política científica, estamos hablando a favor del progreso, la equidad y el crecimiento económico. A lo largo de nuestra historia aplicamos diferentes políticas. Dimos volantazos bruscos entre una y otra, a costa de vaivenes económicos y crisis recurrentes. Probamos casi todo. Y, sin embargo, todavía nos falta transitar uno de los caminos claves para el crecimiento sostenido: invertir estratégicamente en ciencia, tecnología e innovación y construir puentes más sólidos entre conocimiento y producción de manera que esta inversión tenga un impacto real en el bienestar de nuestra población.

Seguimos poniendo demasiadas expectativas en los recursos naturales y demasiada energía en la gestión económica de corto plazo. La aplicación de nuestra capacidad científica a procesos productivos –como puede ser el caso de la biotecnología– permite exportar bienes que se distinguen en el mundo por su calidad. Solo así podremos progresar, mejorar los salarios de nuestra gente y generar movilidad social ascendente. Todos tenemos que saberlo, un país de las características de Argentina no puede mejorar el bienestar de su población con una política de mano de obra barata,

exportando materias primas, sus derivados o productos con escaso valor agregado con bajos niveles de investigación, de innovación y capacidad de marca. Por supuesto que es bienvenido tener soja, minerales, pesca, litio. Pero sus precios se determinan en el exterior y, si no somos eficientes y no tenemos un potente sistema científico-tecnológico vinculado a la producción, no podremos desarrollarnos a partir de los recursos naturales como hicieron países como Noruega, Australia y Canadá. Debemos ambicionar tener una gran capacidad de generar patentes y un sistema de innovación fuerte para ponerle valor agregado a nuestros recursos naturales.

No debemos contentarnos con etiquetas simples, por felices que puedan sonar, como "mercado emergente", "promoción de la innovación" o "impulso a la economía del conocimiento". Se trata de conceptos vacíos si no van acompañados de políticas de estado, reales, efectivas y duraderas. El reconocimiento es un paso en la dirección correcta, pero resulta insuficiente. La decisión de desjerarquizar las instituciones científicas y de reducir el financiamiento del sistema evidencian la falta de prioridad del desarrollo de estas áreas como motor del despegue argentino. Contrariamente, es en estos momentos que debemos tener más investigadores, fundamentalmente, en áreas prioritarias y estratégicas para el país. Como sostiene el investigador Daniel Schteingart, Argentina tiene hoy el ingreso por habitante que tenía Australia en 1968. En ese momento, ese país –que tiene cuatro veces más recursos naturales per cápita que nosotros– tenía el doble de investigadores per cápita que Argentina hoy. En Australia en los 70 la mayor inversión en investigación era del Estado. Luego se sumaron los sectores privados. Representa un ejemplo de cómo es posible realizar un plan de desarrollo inclusivo no primarizando la economía.

Los investigadores tienen que investigar. Es responsabilidad del Estado asegurar que estos científicos puedan transitar los primeros pasos necesarios para desarrollar aplicaciones científicas. Ahora bien, también son necesarias las instituciones intermedias profesionales que vinculen la investigación y la producción, que se enfoquen en oportunidades comerciales del futuro para que los hallazgos científicos puedan convertirse en crecimiento económico y que favorezcan las inversiones del sector privado que transformen

en realidad todas estas potencialidades. El investigador argentino Fernando Stefani aborda en profundidad esta cuestión. Estas instituciones intermedias, explica, cumplen el rol de desarrollar y evaluar nuevas tecnologías para su aplicación comercial, ayudar a las empresas a incorporar las últimas tecnologías y además fomentan investigaciones específicas en sectores estratégicos, con el objetivo de traducir los avances científicos en valor agregado.

El problema en Argentina no es solo que la inversión total en ciencia es baja, sino que además el sector privado invierte un porcentaje mucho menor que los estándares internacionales. Mientras que en países con sistemas científico-tecnológicos avanzados, como Estados Unidos o China, el 75% de la inversión proviene del sector privado, en Argentina representa solo el 20%. Tenemos que promover y apoyar la inversión privada con programas de coinversión público-privado a mayor escala que los actuales, a largo plazo y en todas las áreas del conocimiento. Las empresas dedican pocos recursos a investigación por motivos estructurales, pero también por la ausencia de créditos blandos y estímulos fiscales para las empresas innovadoras, por la falta de fondos de inversión que catalicen la innovación en el sector privado y, sobre todo, por la falta de puentes, por la debilidad de la vinculación público-privada y la falta de agencias profesionalizadas, independientes de la política partidaria. Los pocos ejemplos disponibles, como la ley de software, demuestran que este tipo de estrategias ayudan a multiplicar las empresas, generar miles de puestos de trabajo y fortalecer las exportaciones con alto valor agregado.

Por otra parte, la ley de impulso a la economía del conocimiento recientemente aprobada, es muy auspiciante, pero no suficiente. Como sugiere el especialista en políticas tecnológicas y desarrollo productivo Carlos Pallotti, además es necesario articular un plan que dé atención al capital humano, el financiamiento pyme, la articulación con el sistema científico y el desarrollo regional.

La ley de Emprendedores junto con el programa de Fondos de Capital Emprendedor y Aceleradoras Científicas y Tecnológicas del Ministerio de Producción han logrado implementar nuevos mecanismos de coinversión público-privados por el equivalente a unos 150 millones de dólares (0,03% PBI) en cuatro años para

fomentar la transferencia de conocimiento a través de la creación de nuevas empresas tecnológicas, pero Argentina necesita de inversiones mucho más ambiciosas para lograr una revolución en la economía del conocimiento. Mientras los países desarrollados apuestan a fortalecer estas instituciones intermedias, en Argentina no apoyamos ni mejoramos las pocas existentes, como el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) o el Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI). Esto, a su vez, desalienta la inversión privada en investigación y desarrollo. En este contexto, la tarea fundamental de vinculación entre ciencia y producción se delega en investigadores voluntariosos, emprendedores individuales, pequeñas incubadoras o unas pocas e incipientes aceleradoras privadas, con pequeños grandes éxitos que no alcanzan masividad ni impacto.

Necesitamos inversión, pero también algo que a los argentinos nos suele faltar: constancia y paciencia. Los frutos de la apuesta por el conocimiento no se cosechan de la noche a la mañana, pero el beneficio es mayor y más duradero. La inversión sostenida nos va a permitir abordar los desafíos de nuestro país con estrategias a largo plazo. Gracias a ellas se puede progresar, generar riqueza y mejorar las condiciones de vida de todos. Una política de este tipo debe apuntar a una educación de calidad en todos los estratos sociales, fomentar las vocaciones científicas desde edades tempranas, sin distinción de género o clase social, para construir un sistema científico-tecnológico integrado (en la mayoría de las provincias hay excelentes centros de investigación y grandes investigadores, pero muchas veces trabajan aislados entre sí).

Es necesario sostener un sistema científico fuerte que logre dar respuestas a problemáticas urgentes y focalizar en áreas estratégicas según un plan de desarrollo nacional. Para eso, por supuesto, hay que destinar presupuesto, construir infraestructura y garantizar insumos. Y, por último, tenemos que asegurar las condiciones para que los científicos puedan trabajar y crecer en el país: nada de esto será posible si necesitan irse en busca de mejores oportunidades. Los científicos y las científicas argentinas en el actual modelo de país no tienen el lugar que se merecen. Tenemos que invertir en las personas y lograr más recursos humanos para generar no solo buenas ideas, sino avances de alto valor económico y para esto

necesitamos modernizar nuestra política científica. Si no lo hacemos, estaremos condenados a importar ideas e innovaciones ajenas, sin generar desarrollo propio. Nuestro crecimiento requiere fortalecer el sistema científico y construir puentes cada vez más sólidos entre este conocimiento y producción, entre investigación y economía, entre la ciencia y el pueblo. La ciencia, como la inversión en la gente, la innovación permanente y la tecnología propia, no son solo consignas bienintencionadas: son la puerta privilegiada para salir definitivamente del estancamiento.

Por qué la grieta impide el desarrollo

Un mito muy arraigado entre los argentinos es que tenemos un país rico por el solo hecho de haber sido bendecidos con abundantes recursos naturales. Resulta fundamental desterrar esta idea y que tomemos conciencia de que la verdadera riqueza de un país está en la capacidad de producir y aprovechar el principal bien de los seres humanos: su capacidad de generar conocimiento. La economía global está basada en el conocimiento; por eso, la clave del desarrollo está en nuestros cerebros, en nuestras capacidades intelectuales y cognitivas, y en el trabajo común que podemos realizar unos con otros. Porque, como dijimos, la inteligencia colectiva es mucho más que la suma de las inteligencias individuales.

Tomemos un caso para dar cuenta de todo esto. Holanda, actualmente, es el segundo exportador mundial de alimentos y productos agrícolas a partir de ser un pionero en tecnologías agropecuarias de primer nivel. En ese país pequeño en extensión (más pequeño que nuestra provincia de Jujuy), cuya superficie se encuentra mayoritariamente bajo el nivel del mar, hace casi dos décadas, se logró un acuerdo nacional que permitió construir un sistema agropecuario sustentable y aprovechar al máximo los recursos tecnológicos disponibles. La burocracia estatal, los gremios, los productores, los empresarios y las universidades fijaron metas a largo plazo que hoy le permiten ser uno de los mercados más fuertes de Europa. Su promedio de producción por hectárea es casi el doble que el promedio en el mundo y, además, lo logran a un costo ecológico menor, cuidando el agua y reduciendo al máximo el uso de agroquímicos. Gracias a la inversión en conocimiento, Holanda no solo produce sustentablemente, sino que importa

materia prima que no posee, le agrega valor y luego exporta ese producto generando ingresos extras por esta transformación. De esta manera logra más beneficios que aquel país que le vendió primariamente. Entonces, se puede tener grandes extensiones de tierras fértiles, grandes reservas de petróleo o minerales, pero es esencial contar con la capacidad para aprovechar esos recursos. Son las políticas y las ideas las que potencian la economía.

Una revolución del conocimiento implica cuidar el cerebro en desarrollo, fortalecer el sistema educativo y universitario, promover la ciencia y la tecnología y favorecer su vínculo con el sistema productivo; así como también invertir en comunicaciones, industrias creativas, desarrollo de innvoción y transferencia tecnológica entre otras actividades ligadas a la economía del conocimiento. Además, debemos revertir el deterioro ambiental al tiempo que alentar a ingenieros, científicos e investigadores a desarrollar nuevas fuentes de energías sustentables y capacitar a los trabajadores para mejorar la infraestructura. Todavía algunos creen que en momentos de crisis se debe restringir la inversión en lo intangible. Pero, en verdad, son los tiempos en los que más se requiere promover un ecosistema del conocimiento y la innovación, ya que son estas áreas las que crean más trabajo y oportunidades.

La grieta puede servir para ganar una elección, pero conspira contra la posibilidad de dialogar y arribar a un consenso de todos los sectores para lograr un plan estratégico para nuestra nación. Los ciclos electorales van y vienen. Pero si ese plan está claro, los gobernantes se vuelven actores para cumplirlo. Debemos entender de una vez por todas que la grieta nos hace menos inteligentes y más pobres. ¿Qué partido o sector puede no querer acabar con la inmoralidad que significa que gran parte de nuestros niños tengan algún tipo de malnutrición y que nuestros adolescentes vivan en la pobreza, expuestos a peligros y sin acceso a educación y salud de calidad? Sin embargo, no logramos acordar ni siquiera en eso. Y cada día que pasa, estamos hiriendo más y más el presente e hipotecando más y más el futuro. Todos deben jugar el partido del conocimiento, no solo el percentil más privilegiado de la sociedad.

Las transformaciones –sociales y políticas– que buscan cambiar nuestro contexto nunca deben descansar: se realizan todos los días, de todos los meses, de todos los años. Las luchas de los movimientos

de derechos humanos, de derechos de las mujeres y de las minorías no están atados al calendario ni a la especulación electoral, ya que la tarea por el desarrollo y la justicia social es continua e incansable. Los cambios reales, profundos y permanentes no se dan mágicamente de arriba hacia abajo, sino que surgen de las demandas colectivas. Por eso, para lograrlos, debemos exigir a nuestros dirigentes (y a quienes quieren serlo) mayor inversión en el desarrollo del conocimiento y voluntad real para superar la grieta. Y debemos hacerlo pronto, más allá de las banderas pequeñas, egoístas y sesgadas que dividen actualmente a nuestra sociedad.

Cuando los historiadores del mañana cuenten acerca de esta época en la Argentina, deberían relatar cómo se desarrolló una "revolución del conocimiento" que nos llevó a superar décadas de decadencia. Pero antes que los historiadores, serán nuestros hijos y nietos quienes dirán de nuestra generación si fue la que quiso, la que supo, la que pudo hacer un país mejor.

La ciencia como metáfora

¿Cuáles son los caminos que deben recorrerse para lograr transformar una realidad dada en otra mejor? Vale para esto cualquier ejemplo, como la cura de un resfrío, que deje de pasar la humedad dentro de una casa, que dos pueblos separados por un río puedan integrarse a través de un puente, o que pueda generarse una red con todas las computadoras del mundo y eso permita un flujo de información sin precedentes. Sin dudas, la necesidad y el deseo son los principales impulsores para que algo cambie y que ello redunde en una vida mejor de uno y de su entorno. Pero existe una cuestión más compleja y, quizá, más enriquecedora para analizar esa transformación que va del impulso inicial a la solución: el modo para conseguirla.

A menudo se realza a la ciencia por el logro de resultados sorprendentes (nuevos medicamentos, viajes espaciales, computadoras sofisticadas, etc.), pero son sus métodos los que conforman una cualidad verdaderamente distintiva. El método científico es una manera de preguntar y responder a partir de algunos pasos necesarios: formular la cuestión; revisar lo investigado previamente; elaborar una nueva hipótesis; probar esa hipótesis; analizar los datos y llegar a una conclusión; y, por último,

comunicar los resultados.

La ciencia permite que las personas y las sociedades puedan vivir mejor. A veces olvidamos cómo las innovaciones científicas han transformado nuestras vidas. En general, vivimos más que nuestros predecesores, tenemos acceso a una gran variedad de alimentos y otros bienes, podemos viajar con facilidad y rapidez por todo el mundo, disponemos de una gran diversidad de aparatos electrónicos diseñados para el trabajo y para el placer. Los seres humanos, a nivel personal, familiar y social, tendemos a crear estados para que los vaivenes del contexto no nos sacudan a punto de secarnos en las sequías e inundarnos en las tormentas. Pero modificar de cuajo los fenómenos naturales o sociales globales se vuelve una empresa sumamente dificultosa (por no decir imposible, solo propagada por consignas voluntaristas, mágicas o de proselitismo cínico).

La sabiduría, más bien, está en saber qué se hace con esa realidad: poder cubrirse del temporal, modificar el curso de los ríos, atemperar los malos resultados. Y la clave, en todos los casos, es saber mirar más allá, como el ajedrecista que piensa en la actual jugada pero en función de las futuras. En la neurología, conocemos una patología de pacientes frontales que tienen miopía del futuro: solo piensan en lo inmediato y se les hace imposible pensar el largo plazo. Esta condición permitiría graficar cierto movimiento contrario al de la práctica científica, que se exige imaginar, proyectar y trabajar sobre el largo plazo, carácter necesario para el desarrollo personal y social sostenido.

Una de las críticas apresuradas que se le hace a la labor científica es su carácter tecnocrático, reduccionista, gélido o deshumanizado. Estos adjetivos le endilgan el disvalor de la propuesta sosa, desapasionada, negadora de la épica del corazón. Muy opuesto a estas consideraciones, todo desafío científico busca la evidencia cargado con una inmensa impronta de pasión. Es decir, todas virtudes muy humanas, sumadas al usufructo de la inteligencia que permite entender y poner en marcha aquellos mecanismos necesarios para lograr la transformación.

Asimismo, hoy la ciencia se desenvuelve a partir de trabajos mancomunados e interdisciplinarios. El desarrollo científico es un trabajo de equipo y no de arrebatos personales y personalistas, con

colectivos conformados por disímiles ideas y saberes que se confrontan para llegar a una conclusión aceptada y aceptable. Una tradición aclamada en la historia y la sociología de la ciencia pone de relieve el papel del genio individual en los descubrimientos científicos. Esta tradición se centra en guiar a las contribuciones de los autores solitarios, como Newton y Einstein, y puede ser vista en términos generales como una tendencia a equiparar las grandes ideas con nombres particulares, como el principio de incertidumbre de Heisenberg, la geometría euclidiana, el equilibrio de Nash y la ética kantiana. Varios estudios, sin embargo, han explorado un aparente cambio en la ciencia de este modelo de base individual de los avances científicos a un modelo de trabajo en equipo. Un estudio publicado en la prestigiosa revista Science que relevó casi 20 millones de artículos científicos y 2,1 millones de patentes en las últimas cinco décadas demostró que los equipos predominan sobre los autores solitarios en la producción de conocimiento con alto impacto. Esto se aplica para las ciencias naturales y la ingeniería, las ciencias sociales, artes y humanidades, lo que sugiere que el proceso de creación de conocimiento ha cambiado (de un 17,5% en 1955 a un 51,5% en 2000). Estos datos significan que se ha producido un cambio sustancial que liga la tarea de investigación a la labor colectiva. Del mismo modo, la extensión de los equipos ha ido creciendo hasta llegar a casi el doble en 45 años (de 1,9 a 3,5 autores por artículo).

Otra de las claves del desarrollo científico es que ningún trabajo se realiza haciendo tabula rasa con las tareas previas; más bien se parte de estas, potenciando sus aciertos y corrigiendo sus errores, lo que permite arribar a las nuevas conclusiones de forma más satisfactoria. Bernardo Houssay expreso en 1942:

El conocimiento previo, correcto y verdadero es la base indispensable de toda acción humana acertada y benéfica. La ignorancia y el error son nuestros peores enemigos, porque nos llevan a la miseria, el sufrimiento y la enfermedad, mientras que los descubrimientos científicos han hecho y harán que la vida sea cada vez más larga, más sana y más agradable, liberando al hombre de la esclavitud y del trabajo pesado, de las epidemias pestilenciales y mejorando enormemente a la salud y el bienestar.

Otro elemento central para el desenvolvimiento de cualquier

investigación científica tiene que ver con el valor de la idoneidad. La competencia es aquello que determina quiénes llevan adelante cada acción; es decir, aquellos que lo merecen, por talento y por esfuerzo, son los indicados para que el resto de la sociedad coloque en sus manos la tarea. Asimismo, la valoración de la capacidad genera un contagio, una promoción a la capacidad de los otros, al estudio, al reconocimiento. Esto no significa, ni mucho menos, que exista una vara homogénea para medir el talento de las personas. Es más, los criterios de inteligencia que se determinan por coeficientes estrictos ya están, por suerte, dejándose de lado. Ser inteligente, como vimos anteriormente, es tener flexibilidad para mirar un problema y ver ahí una posibilidad nueva, una salida antes no pensada para enfrentarlo. Incluye habilidades en el campo de lo emocional, de las motivaciones, de la capacidad para relacionarnos con otras personas en situaciones complejas y diversas. Lo central es que cada cual explote sus capacidades, sean las que sean, al máximo. “Lo más triste que hay en la vida es el talento derrochado”, repetía como máxima una película de iniciación que dirigió Robert de Niro hace unos años. La chambonada es justamente lo contrario de lo que estamos tratando: el derroche de talentos y el desprecio de las oportunidades.

La ciencia no se recuesta donde va la ola. Si esta hubiese sido de los que solo navegan adonde lleva la corriente, y enarbolado la bandera de lo que prescribe el corto destino de la moda, los focus group o los laureles de la comodidad, todavía el mundo deambularía sin curar con penicilina, ni recorrer largos caminos con automóviles, ni hacer la luz con energía eléctrica.

El pensamiento científico es un rasgo que nos hace más humanos. Y aunque no es el único método ni logra transformarse en todo los casos en una práctica definitiva, sirve de modelo para el desenvolvimiento personal y social en campos que están más allá del estrictamente científico. La ciencia puede establecerse así como una extraordinaria y contundente metáfora, capaz de formular las preguntas y elaborar las respuestas sobre grandes desafíos como el bienestar de nuestras pequeñas comunidades o la construcción permanente de una sociedad argentina integrada, igualitaria y desarrollada. Por qué no probamos.

Patriada

Nuestra gran apuesta como nación en este siglo XXI debe ser el conocimiento. La educación, la creatividad, la innovación, la ciencia y el desarrollo humano y social son y serán cada vez más en el futuro la frontera que separe a los países prósperos de los que no lo son. Y los argentinos tenemos que decidir en qué lugar queremos estar.

Puede resultarnos tranquilizador pensar que estamos condenados al éxito o que nuestras frustraciones son consecuencia de aquellos otros que no quieren que nos vaya bien. Pero no es así. Esta decisión depende de nosotros.

El progreso y el desarrollo futuro no son inevitables. Son el resultado, en gran parte, de las decisiones que tomemos en el presente. Y podemos tomar decisiones correctas o fallar. Lo que no podemos es no tomarlas. Es la comunidad en su conjunto la que debe diseñar e intentar alcanzar su mejor futuro.

El mundo se está transformado de manera drástica. Esto que hoy estamos viviendo tiene poco que ver con lo vivido hace veinte o treinta años nada más y, a su vez, es muy distinto a lo que viviremos dentro de dos o tres décadas. Son cambios que impactan en la manera de relacionarnos unos con otros, en la comunicación, en el acceso a la información, en el universo del trabajo, en los viajes, la salud, los modos de enseñar y de aprender. También a gran escala en los países, sus sociedades y sus economías.

El futuro se acerca rápidamente y es difícil anticipar qué forma tendrán los trabajos de próximas generaciones. Pero sabemos que esos trabajos serán distintos a los de hoy. De acuerdo a especialistas, 5 millones de puestos de trabajo desaparecerían en 2020 a manos de la tecnología. También sabemos que aquellos países que inviertan en desarrollo humano contarán con una ventaja competitiva, porque podrán preparar a sus jóvenes en las habilidades necesarias para crecer y responder a las demandas laborales del siglo XXI. Ubiquemos a la educación como la prioridad máxima de la sociedad civil argentina para anticipar estos cambios

y garantizar que los niños de hoy, adultos del futuro, tengan las capacidades para vivir y desarrollarse plenamente.

Hoy los países más desarrollados y aquellos que aspiran a serlo, apuestan a consolidar sociedades del conocimiento, en donde valores como la verdad, la creatividad, la justicia y el trabajo colectivo atraviesan una visión de país. ¿Cuáles son las metas que persiguen las sociedades del conocimiento? Educación de calidad para todas las personas; protección prioritaria de los cerebros en desarrollo; la ciencia y la técnica atravesando estamentos y colaborando con las políticas de los Estados, de las empresas y de las instituciones del tercer sector; la innovación en el corazón de la inversión productiva; el impulso de la infraestructura; la tecnología como herramienta aliada; instituciones sólidas y transparentes; el cuidado del medio ambiente; y el establecimiento de estrategias de largo plazo.

El sueño debería ser lograr una nación desarrollada y equitativa. El camino para lograrlo es el paradigma del conocimiento. Los argentinos podemos mirar qué están haciendo los demás y elegir aquello que nos resulta mejor, rechazar lo que no, adaptar lo adaptable e inventar lo que falta.

Los cambios mundiales no van a detenerse, más bien van a tomar cada vez mayor velocidad. Esto va a multiplicar las posibilidades de crecimiento, mejorar la calidad de vida y favorecer el desarrollo de muchos países del mundo. Pero también surgirán nuevos e inesperados desafíos y dificultades para nosotros y para las generaciones futuras. Por todo eso debemos estar preparados. La mejor manera de aprovechar todas las oportunidades y afrontar los conflictos de esta nueva era será apostar por la investigación, la innovación y la creatividad. Nuestra mente es la herramienta que más debemos cuidar, estimular y potenciar durante todas las etapas de la vida. La clave del progreso de nuestro país está en el cerebro argentino y en la manera de conectarnos unos con otros para construir una visión de país.

En adelante, si queremos prosperar en medio de una sociedad global cada vez más interconectada y competitiva, ni los recursos naturales, ni la industria, ni el sistema financiero serán las piezas sobresalientes del progreso, sino las capacidades y talentos de sus ciudadanos.

El Atlas de la Complejidad Económica elaborado por el Centro de Desarrollo Internacional de la Universidad de Harvard estudia cómo los países trasladan conocimiento a los productos que importan y exportan. Muestra que un gran porcentaje de las exportaciones de nuestro país aún permanece ligado a las materias primas y que nuestra economía debe recorrer un largo camino para volverse más compleja y diversificarse. Podemos tener la fortuna de descubrir uno y mil yacimientos de petróleo o sembrar soja hasta en los jardines de las casas de familia, pero es conveniente agregarle cada vez mayor valor, inteligencia e innovación a todos nuestros productos. No vale lo mismo el lino que el aceite que se hace con él, ni el óleo que se fabricó a partir de ese aceite, ni el cuadro que pintó con óleo un gran artista y se subasta en las principales galerías del mundo.

Muchas veces no es la realidad la que coarta los proyectos sino nuestros propios sesgos. A través de estos, observamos como esferas antagónicas lo público versus lo privado, la generación versus la distribución de ingresos, el presente versus el futuro. ¿No sería conveniente verlos como mundos complementarios capaces de potenciarse? Y hay otras cuestiones que los restringen: la inversión en conocimiento madura en décadas y los gobernantes están siempre tentados con el anuncio de logros espasmódicos que puedan mostrarse pronto y los empresarios, de sacar el mayor rédito en el menor tiempo y con ningún riesgo. O nosotros como sociedad, que no nos conforma saber que hay una recompensa mayor al final del camino y la queremos ya. Debemos aprender que para llegar siempre antes hay que caminar. Eso no quiere decir no tener en cuenta las necesidades inmediatas. Pero hay que ir yendo.

La educación es el verdadero pilar para la igualdad de oportunidades y crecimiento de un país. La inversión en conocimiento, en nuevas ideas y en la investigación científica y tecnológica es una política de desarrollo social y de trabajo. No se trata de lujos de los países prósperos, sino de los cimientos de los países que se desarrollaron y de aquellos que buscan desarrollarse. Pero ¿quién puede pensar que hay futuro si no se tienen en cuenta las necesidades del presente? ¿Quién puede pretender alcanzar el más eximio proyecto de largo plazo si no se atienden las urgencias? Esto es como si el gran hospital que queremos construir contara con

los más sofisticados quirófanos y laboratorios para investigación, pero no con las guardias. Cuando decimos que los cerebros argentinos son el capital más importante que tenemos como nación, lo decimos en serio. No es posible que nuestros niños estén mal nutridos y mal estimulados, porque esto es un crimen y una inmoralidad del presente y, al mismo tiempo, una hipoteca social para el futuro. Esos cerebros deberán ser los que sigan construyendo el país. La desigualdad y la falta de oportunidades desgarran el tejido social y empujan a las personas hacia la desesperanza, la apatía y la violencia.

La equidad social es responsabilidad de todos: de los diferentes ámbitos de gobierno, de los empresarios, de los líderes sociales, pero particularmente de la sociedad civil. Somos nosotros los que no debemos tolerar siquiera un día sin que se privilegie a los que más lo necesitan. No nos debe sensibilizar solamente el espanto de una foto desgarradora en un diario, una nota en televisión que visibiliza por un instante la desigualdad o una visita personal fortuita a una zona carenciada. Las crisis y las desigualdades sociales no las provocan las personas que viven en la pobreza, sino que son las víctimas constantes de esa situación. La pobreza produce un impuesto cognitivo: un contexto de pobreza condiciona el modo en que tomamos decisiones individuales y colectivas. Aquellos que no tienen garantizadas sus necesidades básicas cotidianas (o la de sus hijos) están obligados a pensar obcecadamente en ese día a día y están más condicionados para enfocar en el largo plazo que aquellos que tienen sus necesidades satisfechas. Se trata de una desigualdad de oportunidades en el presente y para el futuro. Pero dicha situación puede revertirse: invertir en una nutrición adecuada, asegurar una educación de calidad, garantizar el estímulo socioemocional a lo largo de toda la vida e impulsar un contexto positivo son las verdaderas herramientas para promover el pleno desarrollo de las personas.

Estudios científicos demostraron que las políticas públicas en favor de la nutrición durante la primera infancia tienen fuertes impactos positivos a nivel económico y cognitivo en la vida de las personas en situación de pobreza. Los investigadores observaron a un grupo de niños de entre 9 y 24 meses de barrios carenciados de Kingston, Jamaica, diagnosticados con un bajo desarrollo cognitivo

y un crecimiento físico inferior al necesario. Una parte de esos niños tuvo acceso a una intervención compuesta por educación en cuidados infantiles de sus madres, programas nutricionales infantiles y la necesaria estimulación socioemocional. La intervención mostró que esos niños superaron en habilidades cognitivas a aquellos que no habían participado del programa. Estamos a tiempo de intervenir. Pongamos ya en marcha un plan que tenga como meta lograr la erradicación del hambre y del abandono escolar. No puede proyectarse lo uno sin lo otro. La educación reduce la desnutrición, la mortalidad infantil y aumenta la esperanza de vida. Muchos creen que para reducir la pobreza solo es necesario el crecimiento económico. Sin embargo, si ese crecimiento no está acompañado por un aumento y una mejora en la educación, no reduce la pobreza. La educación es un poderoso motor de desarrollo y es uno de los instrumentos más importantes para combatir la pobreza y mejorar la salud, lograr la igualdad de género, el reconocimiento y cuidado de las personas mayores, la paz y la estabilidad. La educación debe ser el principal plan de lucha contra la pobreza y la exclusión.

Así como la ciencia nos lleva a precisar la cruel realidad de lo que pasa con un cerebro desnutrido o poco estimulado, también nos abre la puerta al optimismo y, en eso, a la posibilidad y la necesidad de intervención urgente a través de políticas específicas. Estas políticas deben tener en cuenta estos datos y de manera interdisciplinaria incorporar la visión de sociólogos, pedagogos y nutricionistas, entre distintos saberes específicos y experticias. Pero además es necesario ponerse en el lugar del otro. Las decisiones políticas sin empatía no son sociales, son arrestos de la tecnocracia, del capricho o la petulancia.

Más de 57 millones de chicos no van a la escuela en el mundo. Mayormente, esto se debe a guerras, emergencias y conflictos humanitarios. Nosotros no atravesamos estas tragedias humanas, entonces ¿cómo no vamos a poder garantizar que todos los chicos argentinos terminen la secundaria y tengan una educación de calidad? Más del 40% de nuestros adolescentes no terminan el secundario en la edad esperada y, entre aquellos que culminan, un 70% se desempeñan en el nivel básico o por debajo del básico. Si no luchamos para poner la educación y el conocimiento como principal

política de Estado y modelo de país, nuestros niños no podrán interactuar en igualdad de condiciones con niños de otros países y quedaremos marginados como sociedad. Este es nuestro principal desafío y negarlo nos atrasará aún más.

El conocimiento ayuda a los países a mantener su competitividad y crecer con equidad. Es importante concentrarnos en los estudiantes de nuestro país. Los factores detrás del deterioro educativo son múltiples, incluyendo el bajo presupuesto y la falta de infraestructura, el desempeño profesional y el contexto familiar. Por eso, familia, gobierno, sociedad y escuela deben trabajar urgentemente y de manera articulada para priorizar una formación de excelencia. Argentina enfrenta varios problemas estructurales en el sistema educativo, sobre los cuales coinciden especialistas de distintas instituciones y de los más variados espacios políticos. Tal vez el más importante sea la falta de un proyecto rector de largo plazo que retome la visión estratégica y la ambición de proyectos fundacionales para nuestro país, como los que sentaron las bases de nuestro actual sistema educativo y gracias al cual pudieron graduarse César Milstein y René Favaloro. Esta falla tiene múltiples consecuencias. Una de estas es la desigualdad educativa. La Argentina es una sola, por eso debemos erradicar esta desigualdad. Debemos comprometernos en garantizar que un alumno en Tierra del Fuego, Jujuy, Misiones o Buenos Aires tenga las mismas oportunidades reales de crecer y desarrollarse.

Pero mencionar hechos o procesos aislados reduce el análisis de un sistema que se destaca por su complejidad y su relevancia. Para esto, existe una dificultad de fondo: hoy las escuelas argentinas no preparan a nuestros alumnos para una sociedad del conocimiento. Cada estudiante que culmina su educación enfrentará problemas distintos y más complejos de abordar y resolver que los que enfrentaron sus docentes y sus padres. Pero justamente somos sus docentes y padres los que tenemos la responsabilidad de resolverlos. Depende de nosotros.

El rol del docente debe ser la clave. Debemos entenderlo más allá del lugar común y llevarlo a la práctica. Cuando hablamos de jerarquizar al docente, hablamos de algo más que de dinero. Es importante que la remuneración sea valiosa. Pero además debemos ubicar al docente como actor fundamental del desarrollo de un país

y del ecosistema del conocimiento. Deben ser referentes para su comunidad, respetados por toda la sociedad y reconocidos en su labor. Y los docentes también deben asumirlo así, con el sentido del orgullo y la responsabilidad. Son los maestros los que forman a los futuros presidentes, pilotos de aviones, empresarios, obreros y potenciales colegas. ¿Habrá labor más importante? Debemos discutir la educación. Replantearnos los modelos de la pedagogía y las estrategias educativas, con docentes que deben ser formados de modo constante y con conocimientos nuevos cada día. Las sociedades que están logrando los mejores sistemas educativos se plantean estos desafíos sin miedo, forman a sus docentes, revisan los planes y estrategias y sobre todo tienen mucha confianza en ellos.

De cada cien alumnos que ingresaron a primer grado en el país en el 2001, solo se graduaron en la escuela media 33 en el 2012. Debe ser prioridad de los argentinos revertir esta situación. Ahí tenemos que enfocarnos entre todos para comprender el poder real del conocimiento. No hay transformación sin convicción. Hoy la educación en la Argentina no es prioridad en el interés de los ciudadanos. Una preocupación sumamente mencionada desde hace mucho tiempo es la inseguridad. Es lógico, a nadie le gusta vivir con miedo en una sociedad violenta. Lo inconveniente es que traiga como corolario una discusión estéril sobre la dureza o no de la mano que reprima al delito. ¿Cómo puede ser que no hayamos logrado entender todavía la importancia que tiene la educación en la reducción de la violencia? La sociedad del conocimiento también tiene que ver con esto. Varios estudios confirman que un mayor nivel educativo está asociado a una menor probabilidad de participar en delitos violentos. Tanto es así que el impacto positivo de la educación es aún más profundo en contextos de adversidad. Un claro ejemplo de esto es que las personas privadas de su libertad que reciben educación reducen drásticamente el porcentaje de reincidencia. Un estudio realizado por la Universidad de Buenos Aires y la Procuración Penitenciaria de la Nación en 2013 dio cuenta de que 8 de cada 10 graduados en programas universitarios en la cárcel no volvieron a ser condenados. La educación otorga capacidades y oportunidades a todos y genera sociedades más integradas y pacíficas.

¿Todo esto solo se trata de una enumeración de buenas intenciones sin posibilidades reales de aplicación? No, de ninguna manera, y no hace falta irse lejos en nuestra historia para comprobarlo. A fines del siglo XIX, la sociedad argentina se encontraba ante un desafío mucho mayor y la ley de Educación 1420 fue el instrumento más eficaz para lograr la igualdad de oportunidades en el país.

Hoy nuestro desafío es generar un ecosistema del conocimiento que trabaje articuladamente. El problema educativo argentino no lo puede afrontar ni una ONG, ni un gremio docente ni un ministro por sí solo. Lo resuelve una sociedad civil, sus instituciones comprometidas y la capacidad transformadora del Estado actuando de manera coordinada.

Así como el conocimiento hace la diferencia en la vida de las personas y entre la pobreza y la riqueza de los países, también hace la diferencia entre enfermedad y salud. En los últimos años, la mortalidad infantil ha disminuido en todos los grupos sociales. Aun las familias muy pobres sufren menos muertes de niños hoy que familias en condiciones semejantes diez años atrás. La razón principal fue el avance del conocimiento que ha hecho posible nuevas drogas y vacunas, mejores prácticas sanitarias, y campañas de salud pública más efectivas.

Conocimiento también significa un ambiente más limpio y, por lo tanto, mejor salud y calidad de vida. No podemos seguir intoxicando el aire, el agua y la tierra como lo estamos haciendo. El Riachuelo que divide el sur de la Ciudad de Buenos Aires con la Provincia de Buenos Aires debe avergonzarnos por haber permitido que la contaminación llegara hasta donde llegó y, a pesar de los adelantos de la tecnología y la conciencia ecológica, no haberla resuelto hasta ahora. Los responsables directos son quienes, con angurria y mezquindad, vierten sus desperdicios al cauce e inspectores y funcionarios que los apañan por desidia, incompetencia o corrupción. Y nosotros que miramos para otro lado y cuando algo huele mal, en vez de trabajar por resolverlo, nos tapamos la nariz.

La sociedad basada en el conocimiento promueve el bienestar general, ya que incluye factores claves para el desarrollo humano de una nación. Es indispensable contar con una infraestructura

adecuada para una sociedad compleja y moderna, y así los argentinos no nos tengamos que morir fatalmente en las rutas, las inundaciones no arrasen nuestras casas, tengamos agua potable y cloacas en todos los hogares en pleno siglo XXI. Un sistema productivo que incorpore a los cerebros innovadores, creativos y preparados. ¿No es este un futuro que todos deseamos?

Casi como inmersos en un efecto de estrés postraumático, el hecho de haber atravesado crisis tras crisis nos lleva a conformarnos con bastante poco, sin trabajar como un equipo con una mirada a largo plazo. Vivimos hablando del presente (inflación, inseguridad, etc.) sin considerar entre nuestras prioridades la construcción de un país mejor. Las comunidades pueden y deben imaginar su destino y actuar en consecuencia. En ese futuro imaginado y deseado está el principal fundamento de nuestra construcción común.

No es posible concebir una sociedad del conocimiento con una comunidad desorganizada, atomizada o desconectada. El Estado tiene la responsabilidad de asegurar la igualdad de oportunidades, la capacidad para transformar y el potencial para ubicar a la Argentina entre los países más desarrollados del mundo como soñaron nuestros fundadores. Pero solo si la sociedad civil se organiza en torno a una propuesta de largo plazo podremos impulsar las acciones políticas necesarias y garantizar su continuidad. Podemos recuperar nuestro liderazgo como país, pero debemos hacerlo en equipo y con el compromiso de todos.

Brasil, Chile, Colombia, México y otros países de la región ya cuentan con experiencias originadas desde la sociedad civil que reconocen la preponderancia del conocimiento. Varias organizaciones de la región ya generan impacto concreto ubicando al conocimiento como prioridad pública y se espera que su impacto crezca aún más en los próximos años.

Como los argentinos exigimos democracia en los 80, hoy reclamemos conocimiento y generemos así un nuevo clima de época. Esta es la mejor manera para cuidar y hacer madurar esta democracia. El conocimiento y la democracia interactúan en un círculo virtuoso. Aquellos países con los más altos niveles de escolarización muestran mayor apoyo por las reglas democráticas y en los niveles de participación. A su vez, las democracias invierten más en educación y presentan mayores tasas de escolarización.

Asimismo, las sociedades que invierten en conocimiento son más prósperas (la UNESCO informó que, en promedio, un año de educación se traduce en un salario un 10% superior) y presentan menores niveles de tolerancia con la corrupción. Las personas que entienden que los logros se consiguen con esfuerzo y reglas de juego no aceptan la corrupción. La educación enseña que la corrupción es un crimen y que el corrupto es un delincuente, y que la frase "roba pero hace" no es más que una coartada inmoral. Porque, en tal caso, sus acciones siempre van a privilegiar el beneficio propio en desmedro del de la comunidad. No puede haber progreso sin justicia. Esto requiere de la sanción social y de una justicia adecuada, imparcial y eficiente. Debemos considerar, más bien, que los más eminentes próceres de nuestra historia fueron líderes que no tomaron atajos. La Argentina de la viveza criolla se vuelve dramáticamente representada desde hace décadas en el despilfarro, en la evasión de impuestos, en el uso clientelar del Estado, en la vista gorda a la corrupción cuando hay un veranito económico, en el hambre en un país que genera alimentos para diez Argentinas, en el desmedro de la excelencia, del esfuerzo, del conocimiento. El atajo, el individualismo y la trampa debilitan la construcción de una sociedad civil solidaria y equitativa. Es una inmoralidad y una torpeza, aún más siendo un país pobre, descuidar las reglas del juego, trampear las leyes y falsear las estadísticas.

La educación también favorece el conocimiento del otro y eso promueve la tolerancia hacia otras culturas, religiones y grupos étnicos. La xenofobia y la discriminación no son solo síntomas del fundamentalista sino también del ignorante.

Desde mediados de 1990, nuestro país goza de una ventana de oportunidad demográfica única y no planificada: los habitantes de la población económicamente activa superan en cantidad a los niños y adultos mayores. Esto permite crecer más rápidamente y acumular capital para el futuro. Sin embargo, esta oportunidad solo existiría en nuestro país hasta el 2035 ya que cambiaría el diagrama demográfico. Por eso, debemos trabajar de manera articulada para lograr que la Argentina se desarrolle fuertemente en los próximos años a través de la inversión, la generación de empleos de calidad y de la educación. Cuando los gobiernos, las empresas, los centros de investigación y la sociedad civil se unen para impulsar la causa del

conocimiento, el progreso social y económico es inexorable. Es decisión y es método.

La velocidad a la que crecen los avances tecnológicos se está acelerando exponencialmente. La primera computadora con fines científicos de la Argentina se llamó Clementina y se utilizó entre 1961 y 1971. En el último tiempo, el desarrollo y crecimiento de las llamadas TIC (Tecnologías de la Información y la Comunicación) tuvo un gran impacto en nuestra vida. Según el Informe sobre acceso y uso de tecnologías de la información y la comunicación de la Encuesta Permanente de Hogares de 2018 del INDEC, el 63% de los hogares urbanos tiene acceso a una computadora y el 80% accede a internet. Es imprescindible que toda la población pueda disponer de las nuevas tecnologías porque brindan la oportunidad de comunicarnos, acceder a la información, compartir conocimiento e interactuar con los demás. Por eso, invertir en desarrollo tecnológico es también avanzar hacia una sociedad más justa y desarrollada.

La habilidad de distribuir y explotar el conocimiento se ha transformado en una ventaja competitiva y ha mejorado la calidad de vida de millones de personas alrededor del mundo. Si los gobiernos quieren sacar una ventaja de estos avances, deben ser flexibles y reaccionar rápidamente para cambiar sus políticas y prioridades. El Consejo Asesor de Ciencia de la Secretaría General de Naciones Unidas está compuesto por 26 reconocidos científicos de todo el mundo. Este Consejo recomendó a los países invertir al menos el 3,5% de su Producto Bruto Interno en ciencia y tecnología. En América Latina, el promedio de inversión en 2007 fue de 0,7%. En nuestro país, cumplir con esta recomendación llevaría al fortalecimiento profesional, a una mayor producción científica de las Instituciones de Educación Superior y Centros Públicos de Investigación y al fomento de la transferencia del conocimiento creado. El desarrollo de la ciencia se logra promoviendo la calidad de la investigación hacia la excelencia e incrementando los vínculos internacionales. Hoy los equipos científicos de todo el mundo trabajan interconectados. Esa es una verdadera integración con el mundo.

El contexto es crucial para la creatividad y el aprendizaje. Son las sociedades las que brindan el estímulo para que surjan talentos

creativos. Los talentos creativos se transforman así en emblemas de esas sociedades y, a su vez, se vuelven modelos que inspiran a que se desarrollen nuevos creativos. La denominada "economía creativa", que incluye tanto el arte, el entretenimiento, el diseño y la arquitectura, como la informática, la robótica, la educación, la investigación y el desarrollo de alta tecnología, representa un importante factor de progreso.

Los argentinos nos enorgullecemos por ser reconocidos en el mundo por nuestros vinos, por la carne y por la producción agrícola; también por haber generado grandes figuras del deporte admiradas internacionalmente y talentosos artistas, que son embajadores de nuestra cultura; y porque nuestro país tiene paisajes bellísimos, que son centros de atracción turística. Ahora bien, necesitamos que se nos conozca también por la capacidad de los desarrollos y producciones de profesionales altamente calificados que puedan ofrecer proyectos de ingeniería y arquitectura, servicios de informática, de tecnología en medicina, productos audiovisuales y avances en la investigación científica. Argentina no puede darse el lujo de no promover la investigación científica. Ese razonamiento de relegar lo importante por lo urgente es como un perro que se muerde la cola: es porque existen necesidades que debemos pensar en las causas que llevaron a esa realidad y atacarlas desde el vamos. Por supuesto que, al mismo tiempo, deben paliarse esas necesidades. Es la única manera de crecer en forma sostenida, de capitalizarse cuando hay viento de cola para capearla cuando el impulso se da vuelta. Como el ajedrecista, pensar cada jugada adelantándose a las próximas.

¿Por qué esto que resulta tan sencillo de entender fue tan difícil de hacerlo hasta ahora? Una de las cualidades de la especie humana está en su capacidad de ver más allá de lo inmediato: poder imaginar escenarios futuros y actuar en consecuencia. Este es un elemento fundamental para conseguir eficacia en la táctica y en la estrategia. Muchas veces, lo que conspira contra esta cualidad es la imperiosa búsqueda de la satisfacción inmediata. Uno de nuestros problemas es que estamos permanentemente pensando en el presente, en la coyuntura, y no en el largo plazo. Los argentinos a veces parecemos tener miopía del futuro. Tomamos decisiones que gratifican en lo inmediato pero que tienen un impacto negativo

posterior. Es muy frustrante para las personas y también para las sociedades no perseguir un sueño y estar todo el tiempo chapuceando. Nuestro desafío es debatir qué país queremos ser más allá de lo inmediato. Tenemos que pensarnos como nación: una comunidad con un pasado y un presente pero sobre todo con un destino común.

Una nación puede definirse de diversas maneras: como símbolo, como territorio, pero como mejor puede pensarse es como comunidad. Tenemos que empezar a trabajar como si todos los argentinos estuviéramos conectados como una familia. Si un chico en el tercer cordón del conurbano hoy no puede comer, debemos actuar como si fuera nuestro hijo; si hay un desocupado en el frío sur argentino, ese desocupado debe ser nuestro hermano; si un jubilado no puede pagar su medicación en Jujuy, nos debe importar como si fuera nuestro padre. Hay una Argentina que debe mirar al futuro común de todos los argentinos.

Focalicémonos en resolver los problemas de nuestro país y buscar oportunidades en vez de pelear todo el tiempo. Quizás para las estrategias políticas la confrontación permanente sea buena, pero esto no mejora el mundo de miles de ciudadanos. Es más, muy probablemente lo empeora. Necesitamos una comunidad que piense el futuro y que vaya hacia allá sin tener que enfrentarnos a cada paso. Eso no significa que pensemos todos de la misma manera. Las diferencias entre las personas que integran una sociedad no son un defecto, más bien pueden considerarse una virtud. El problema es qué hacemos con eso. El gran desafío no es que seamos iguales, sino que logremos acuerdos que nos permitan emprender el camino hacia una misma dirección. Y eso se logra con convicciones y con diálogo. La gracia de la armonía es lograrla no solo cuando tenemos ideas comunes, que resulta siempre más confortable y menos estimulante, sino también cuando tenemos posiciones divergentes. La cualidad empática está en conseguir hacer de la diferencia una virtud.

Necesitamos un país en el que no estemos todo el tiempo inventando la rueda, el camino, el mapa y hasta la brújula. No es posible andar así. Para esto algo podemos aprender de la ciencia. Un científico no empieza de cero. No reniega de las experiencias previas. Por el contrario, se basa en ellas aunque no le agrade la

persona que la hizo. Toma lo bueno y desecha los errores para trazar el camino a seguir. Luego consigue los recursos, realiza la investigación en equipo, comunica sus resultados y los pone en discusión con la comunidad. El conocimiento es un bien compartido.

Los argentinos nos reconocemos como un pueblo solidario y claro que lo somos. Pero esta idea de solidaridad también puede ser entendida de varias maneras. Cuando se produce una catástrofe, es fundamental dar un reparo inmediato a las personas que perdieron todo. Antes que eso, se debería haber tenido una estrategia eficaz que permita estar unos pasos antes de que la desgracia suceda. Una gran obra de infraestructura para que nuestras ciudades no se inunden es un acto de responsabilidad política, pero también es un modo inteligente de cooperación, ya que con las contribuciones que todos realizamos se logra organizar, planificar y realizar la obra para así intentar que la catástrofe no suceda. El bienestar público no puede quedar sometido únicamente a las buenas intenciones individuales una vez que ocurren las tragedias. Solo a través de la planificación y la inteligencia colectiva se puede lograr un poderoso sistema de cooperación y solidaridad de gran alcance.

Las grandes instituciones como los Estados cuentan en su haber con liderazgos que encauzan los deseos colectivos. Los esquemas mentales de las sociedades condicionan el tipo de liderazgo que entienden como propio. ¿Qué tipo de líder elegimos? Esto es importante en sí, pero mucho más en un momento de grandes transformaciones, búsquedas y construcciones de nuevos liderazgos en nuestro país. Las teorías sociológicas clásicas consideraban al carisma excepcional como una virtud para ejercer un tipo de autoridad. Así los buenos líderes eran capaces de utilizar sus talentos innatos para decirles qué hacer a sus seguidores. Esto puede ser virtud si el líder logra enamorar para la búsqueda del bien común. Pero en Argentina a veces confundimos carisma con viveza para trampear, para decir una cosa y hacer otra. Nuestros nuevos líderes deben tener voz pero también oídos, ser el ejemplo, inspirar y motivar a nuestra sociedad. ¿Qué ley universal indica que ser líder es imponer las ideas, subestimar o despreciar al que piensa distinto? El liderazgo que necesitamos debe estar basado en la cooperación y el apoyo colectivo y no de un exclusivo proceso de

arriba hacia abajo. La pregunta que puede surgirnos es si nosotros terminaremos aceptando esta relación entre líder y sociedad en nuestra comunidad.

El pensamiento crítico es una herramienta provechosa contra los falsos dilemas o las fatalidades que se utilizan para restringir el surgimiento de una mejor opción. Muchas veces la política, la dirigencia en general, los consultores profesionales e, inclusive, los periodistas tienen ideas ancladas en el pasado sobre los tipos de liderazgo y les cuesta (o sencillamente no les conviene) ver los cambios del presente e imaginar el futuro. Una frase extendida es que las sociedades tienen los dirigentes que se merecen. Debemos cuestionar esto como verdad revelada. En diversos casos, los intereses de las sociedades están desacoplados de las potencialidades de sus líderes. Otras veces, el líder solo navega el presente y las sociedades se quedan sin deseos.

La política actual se podría resumir en la idea de "campaña permanente", en donde todo es una elección y nuestros líderes siempre son candidatos a algo, más allá de que exista o no una elección próxima. Pero la política no es únicamente ser votado, es construir, administrar, plantear objetivos y horizontes colectivos. La política es una herramienta muy poderosa de transformación social para que quede en manos de intereses sectoriales, mezquinos o espurios. Ni para plantearse como un campo minado, hecha de divisiones y falsas batallas. La batalla debe ser contra la ignorancia, el hambre, la pobreza, la violencia, la corrupción, la desigualdad de oportunidades.

Debemos forjar nuevos líderes que sean creativos, inteligentes y audaces. Un líder debe tener la capacidad de entender las necesidades de su pueblo. Pero también debe saber anticiparse al futuro y no tener miedo. Y si creemos que todo esto es muy difícil, recordemos que un día en nuestro país Domingo Faustino Sarmiento llevó adelante una transformación social basada en la educación que fue pilar fundamental de la nación Argentina. Y que si a Sarmiento un plantel de consultores o asesores timoratos le hubiesen aconsejado que no arriesgara tanto, él seguramente habría marchado igual hacia el futuro.

El concepto de "comunidad" puede ser entendido en función de tradiciones pasadas, presentes pasajeros o destinos comunes. Esto

último es lo que permite un mayor acercamiento y labor conjunta de uno con otro. Es más, es lo que da razón de ser a la comunidad, la forja en proyección, la sustenta. Si hablamos de la "comunidad argentina", sin ir más lejos, quizá lleguemos a pensar que el pasado o el presente nos ha dividido entre unos y otros.

Pero la construcción de una nación cada vez más unida es posible si pensamos que el futuro común es una nueva oportunidad. Definamos qué país queremos y marchemos en esa dirección.

El desarrollo humano debe ser nuestra obsesión. Esto es mucho más que un mero indicador de crecimiento económico. Se trata de una evolución sustentable, integral y profunda de la sociedad argentina. Debemos modificar nuestros esquemas mentales que nos impiden trabajar en equipo y mirar el largo plazo. No podemos seguir esperando con la excusa de que hay temas más importantes para esta etapa. La educación debe ser prioridad de la agenda pública. Claro que sería fundamental que los gobiernos por sí solos elevaran esta bandera, pero es la sociedad civil (somos nosotros) la que debe luchar para esto. Una sociedad civil comprometida con la educación pública de calidad es la que puede lograrlo. Hoy estamos viviendo en Argentina varias décadas de una democracia plena. Con sus defectos, pero plena. Esto es algo por lo que debemos sentirnos orgullosos. La sociedad argentina es la responsable de haberla conseguido y somos sus principales guardianes. Ahora debemos exigir y lograr una sociedad basada en el conocimiento que nos permita de una vez por todas dejar de vivir por debajo de nuestras posibilidades. Para esto no debemos ser mezquinos ni tener una visión de corto plazo, porque quizás no vayamos a ver ese futuro próspero nosotros mismos. Eso no es importante. No es por ver el fruto que el fruto llegará, sino por la responsabilidad cotidiana de arar la tierra, plantar la semilla y cuidar que esos brotes no se sequen, no se quemen, no se ahoguen. Se trata de una verdadera revolución. La revolución del conocimiento en Argentina es imprescindible. Una revolución de la que debemos ser protagonistas.